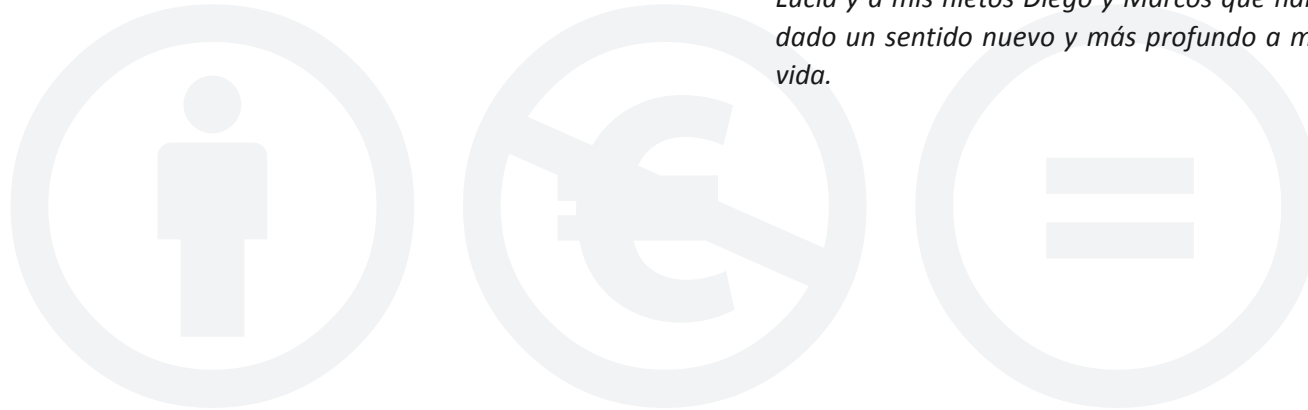


Dedicatoria

A mis hijas Sara, Elena y Susana, y a mis hijos José Manuel y Marcos. Y a mis nietas Mara y Lucía y a mis nietos Diego y Marcos que han dado un sentido nuevo y más profundo a mi vida.



Índice

	Págs.		Págs.
Introducción: LA FRUSTRACIÓN HUMANA. LAS RAÍCES DE LA ANGUSTIA	3	Capítulo 15: DIOS Y EL PROBLEMA DEL BIEN Y DEL MAL (2)	58
Capítulo 1: ECLESIASTÉS: ARGUMENTO Y SENTIDO TEOLÓGICO DEL LIBRO	13	Capítulo 16: TIEMPO DE MORIR	62
Capítulo 2: VANIDAD DE VANIDADES	16	Capítulo 17: LAS DESIGUALDADES DE LA VIDA: LA INJUSTICIA SOCIAL Y LA PROSPERIDAD DE LOS IMPÍOS	66
Capítulo 3: TEOLOGÍA, CIENCIA Y REVELACIÓN	18	Capítulo 18: EL DESPOTISMO DIVINO	70
Capítulo 4: EL SENTIDO DE LA VIDA	21	Capítulo 19: LA EXALTACIÓN DE LA MEDIOCRIDAD COMO META	75
Capítulo 5: NADA NUEVO DEBAJO DEL SOL	24	Capítulo 20: LA CERTIDUMBRE DE LO INCIERTO (1)	81
Capítulo 6: PARAÍOS ARTIFICIALES	27	Capítulo 21: LA CERTIDUMBRE DE LO INCIERTO (2)	86
Capítulo 7: EL TIEMPO, DIOS Y EL HOMBRE	31	Capítulo 22: EL DESTINO DEL HOMBRE	91
Capítulo 8: INMANENCIA Y TRASCENDENCIA DEL HOMBRE	34	Epílogo: LA REVOLUCIÓN PENDIENTE (Una reflexión después de dos mil años de cristianismo)	96
Capítulo 9: SOCIOLOGÍA DE LA REALIDAD	38	RELACIÓN DE LAS DIVERSAS VERSIONES DE LA BIBLIA UTILIZADAS	99
Capítulo 10: EL TRABAJO COMO MEDIO DE REALIZACIÓN DEL SER HUMANO	41	RELACIÓN Y SIGNIFICADO DE NOMBRES Y TÉRMINOS PROPIOS O TÉCNICOS USADOS EN ESTA OBRA	100
Capítulo 11: LA GRACIA BARATA	45	NOTAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	104
Capítulo 12: DIOS Y LAS RIQUEZAS	48	OTRA BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA	109
Capítulo 13: DIOS Y LA ESFERA DE LA INTIMIDAD	52		
Capítulo 14: DIOS Y EL PROBLEMA DEL BIEN Y DEL MAL (1)	55		

A manera de Introducción

Antes de adentrarnos en la consideración del texto de ECLESIASTÉS, he considerado oportuno dedicar la primera parte de este trabajo a dos realidades del devenir humano, que entiendo que nos ayudarán luego a comprender mejor este libro. Son la **frustración** y la **angustia**. Se trata, pues, de una Introducción a una introducción, que es mi aportación al estudio de esta singular obra de Salomón, con el deseo de colaborar en el esclarecimiento de las comprometidas y comprometedoras enseñanzas que contiene y que, en mi opinión, cobran día a día una más rabiosa actualidad.

La frustración humana

De todos los sentimientos que los seres humanos podemos experimentar en nuestro devenir existencial, el de la frustración es panantropológico y panhistórico; es decir, se ha dado en todos los hombres y en todos los tiempos. Se podría decir de él que es consustancial a la especie humana desde sus albores ontogenéticos. Para acercarnos a su sentido más profundo y trascendental, empezaremos matizando el sentido etimológico de este sentimiento.

Según el Diccionario de la Lengua Española, el término *frustración* significa: *No obtener lo que se espera. Fallido, vano, infructuoso.*

Dicho término se deriva del verbo *frustrar*, que a su vez tiene los siguientes significados: *Privar a alguien de lo que*

esperaba o deseaba. Dejar sin efecto un propósito contra la intención de quien quería llevarlo a cabo.

La frustración es, pues, un ingrediente muy importante de la forma como el ser humano vivencia su propia vida y se vivencia a sí mismo¹. Para estudiar la frustración es necesario tener en cuenta que ésta constituye un fenómeno que se da en el hombre, y éste, como dijera Alexis Carrel, *sigue siendo una incógnita*. No obstante, hay que preguntarse acerca de él, como ya lo hicieran el rey David y el patriarca Job. Esta interrogación antropológica está registrada en sus obras en estos términos: *¿Qué es el hombre?*².

La respuesta a esta pregunta, que ha gravitado en el pensamiento de la humanidad a través de todos los tiempos, constituye un punto de partida fundamental para llegar a esclarecer el sentido de la frustración humana. Dado que ésta se verifica, es decir **se da**, en el hombre, resulta totalmente imprescindible conocerle antropológica y existencialmente de la manera más profunda posible.

A la pregunta *¿Qué es el hombre?*, consideramos que hasta el momento histórico actual se han adelantado tres respuestas. El **hombre** es:

- Imagen y semejanza de Dios.
- Adán.
- Una carga para sí mismo.

Imagen y semejanza de Dios

*¿Qué se quiere significar con esta aportación teológica?*³. Ya que esta definición implica **un rechazo** a los clásicos conceptos antropológicos, se hace necesario detenernos en el análisis exegético de algunos vocablos bíblicos.

El primero de ellos es el que se refiere al Ser Supremo, Dios. La palabra en el hebreo es *Elohim*, cuyo significado literal

es *Uno en el que hay Varios*. Ya que ésta es, en el sentido bíblico, la definición más auténtica del Ser divino, resulta evidente que Dios es **una Persona colectiva**.⁴

Entonces, si el hombre se define bíblicamente como *imagen y semejanza de Dios*, tiene que serlo de esa **Persona colectiva**. Efectivamente, bajo el punto de vista teológico, así es. Vayamos paso a paso.

El término *adán* en hebreo es *adamah*, que significa *tomado de la tierra*: concepto interesante para estudiar los posibles puntos de encuentro entre las teorías evolucionistas y creacionistas enfrentadas dialécticamente hasta el momento presente. Según el relato del GÉNESIS, Adán significa *el Hombre*, y en el principio supone un sustantivo colectivo para los diversos individuos que podían llegar a constituir la Humanidad⁵. En este sentido, la **realización del hombre** se produciría deviniéndose de forma colectiva; lo que nunca supone, en el sentido de la Revelación cristiana, una realización dentro del marco de cualquier colectivismo autoritario y dictatorial que reprima los derechos inalienables de las personas. Se han dado diversas experiencias históricas de realización colectiva que han permanecido más o menos productivas durante periodos de tiempo diferentes, pero que a la postre han avocado al fracaso de convivencias comunitarias; y esto, seguramente, debido a que el egoísmo del hombre se impone como elemento antagonista a su realización comunitaria. Del mismo corazón humano nace la conciencia de convivir comunitariamente y los elementos que lo impiden. Por eso, el ser humano se deviene intrapsíquicamente, en la esfera de su intimidad, como un ser contradictorio. Y la insolidaridad humana es una fuente permanente de frustraciones.

En consecuencia, tenemos que matizar que hay una relación entre **frustración** y **falta de esperanza**. Esta falta de es-

peranza vendría definida en el contexto sociológico y antropológico que venimos analizando como **desesperación**.⁶

La esperanza tiene como infraestructura la **fe**, y la fe es, según el autor de HEBREOS, *“la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”*⁷. En el hebreo, el término que se emplea para fe es *emunah*, y significa *certidumbre*. La esperanza es, pues, vivir el **ya, pero todavía no** del teólogo Oscar Cullman⁸; es la realización vivencial y existencial, en el aquí y ahora, de la proyección escatológica de la fe. Y la fe es **la certidumbre de lo incierto**.

Para que toda esta realidad pneumática (espiritual) pueda ser vivenciada como proceso integrador, por el hombre, es imprescindible que se efectúe **un cambio** profundo en las estructuras anímicas del ser humano. El *hombre viejo*—según la terminología paulina—, el *adámico*, debe ser *transformado* por la acción de Dios en un *hombre nuevo*. En este sentido, la transformación del hombre no dependerá tanto de los cambios sociológicos, culturales, económicos y políticos que se verifiquen en su entorno (su **peristasis**, o medio en el que vive y se relaciona), sino más bien de una transformación **desde dentro** de sí mismo. Este hombre nuevo, que ha sido transformado desde la esfera de su intimidad, podrá ahora verter en su medio los nuevos contenidos de su conciencia liberada, para que la libertad, la igualdad y la fraternidad sean posibles.

La historia de la humanidad es la historia del ser humano vivenciándose como un ser frustrado tanto a nivel individual como colectivo. Cuando en algunos momentos más optimistas de esta historia el hombre pensaba que estaba empezando a establecer el Paraíso Terrenal tan anhelado, la realidad venía siempre a dar al traste con sus aspiraciones. La llamada **bella época** que precedió al estallido de la primera conflagración mundial, así como los movimientos de fraternidad universal

(la Internacional Obrera), con sus ideales de igualdad, solidaridad, paz, fraternidad y libertad, se vieron cercenados por la Guerra de 1914 al 1918, que supuso la primacía de intereses insolidarios de individuos y pueblos sobre los más universales de todos los hombres. Posteriormente, la Guerra Civil española (1936-1939) vino a poner de manifiesto que no sólo el egoísmo insolidario y la dureza de corazón podían levantarse como barrera entre los pueblos, sino que en el seno de una misma familia se generaban abismos de incomunicación y de desamor que todavía no han sido superados. Finalmente, la II Guerra Mundial puso de manifiesto, con su barbarie, que el ser humano almacena en lo más profundo de su corazón las razones básicas de sus frustraciones y de la creación de su mundo insolidario. Por otro lado, quedaba demostrado de forma patética y flagrante que el hombre **solo**, con sus propios recursos individuales y sociales, no está capacitado para superar sus frustraciones, y especialmente la existencial, y que necesita de **alguien** fuera de él que le ayude de forma generosa y graciable a elevarse por encima de su miseria.

Adán

Además de las consideraciones que llevamos hechas, que-remos seguir aportando algunas otras.

Una de las causas de la frustración humana es la **disociación** establecida entre el hombre y la naturaleza. El socialismo científico (el marxismo) criticó, a través de uno de sus más egregios expositores –F. Engels– la ideología del cristianismo del siglo XIX (su antítesis, o dualismo, entre el espíritu y la materia, el hombre y la naturaleza, el alma y el cuerpo). Pero el socialismo científico, al favorecer la industrialización de los pueblos como medio de realización social y colectiva, cayó en el mismo error que criticaba⁹.

El libro del GÉNESIS, en sus primeros capítulos nos pone de manifiesto la **relación** primitiva, o primaria, del hombre con la tierra¹⁰, y que podríamos sintetizarla en los siguientes aspectos:

- Propiedad comunitaria de la tierra.
- No parcelamiento de dicha propiedad.
- Descanso semanal.
- El hombre, dueño de los medio de producción.
- Ni explotadores ni explotados.
- Ni dueños ni esclavos.

En este primer estadio de la Revelación bíblica, **el trabajo** aparece como un medio de realización al servicio del hombre. Bajo el punto de vista teológico, estamos ubicados en una situación preamártica (recordemos que el término griego *amartia* significa *pecado, fracaso y frustración*); es decir, en un periodo de tiempo que precede al momento histórico –en el sentido de la Historia de la Salvación– conocido como **la caída** del hombre. Posteriormente, el trabajo vino a constituirse en un elemento importante de la alienación humana. Si bien el concepto científico-filosófico de alienación no empezó a ser clarificado hasta los siglos XVIII y XIX¹¹, fue gestado a lo largo de toda la experiencia histórico-laboral de los seres humanos; y esto hasta tal punto que, en el día de hoy, se han distorsionado tanto las condiciones básicas idóneas para que el trabajo sea un medio de realización del ser humano, que no sólo hablamos de la patología del trabajo, sino de la del paro y la jubilación.

El análisis etimológico del término *alienación* nos lleva a descubrir que esta palabra es una variante culta de *enajenar*, que a su vez deriva de *ajeno*. Alienación procede del latín

alienus, término derivado de la voz *alius*, que significa *otro*. En este último sentido, se aplica a las enfermedades mentales: *hacerse otro en la locura, o ser extraño a uno mismo*. Los trastornos mentales se utilizan frecuentemente como mecanismo de defensa ante la angustia, y en este sentido descubrimos delirios de identificación con la Naturaleza de tipo místico-religioso, y otros). Eric Fromm, realizando un estudio transhistórico del hombre en relación con la alienación y la frustración, distingue las siguientes etapas evolutivas:

- Homo faber.
- Homo sapiens.
- Homo consumens.

El último tipo de hombre descrito pone de manifiesto que eso que denominamos sabiduría humana no ha sido capaz de resolver el problema de la frustración y de la alienación de la humanidad; antes al contrario, el desarrollo tecnológico y científico ha favorecido que el hombre haya caído en la trampa de su propio progreso. Con la invención del cambio, el dinero, objeto creado por el hombre, cobra un poder independiente del hombre mismo y domina sobre él. En este sentido y desde la perspectiva de la alternativa que el cristianismo ofrece a la humanidad, el enfrentamiento dialéctico entre Dios y el dinero explicitado en el Sermón de la Montaña por Jesús de Nazaret¹² sigue teniendo plena vigencia.

Una carga pasa sí mismo

El trabajo aliena, cuando no es un medio de realización. En mi criterio, el libro de ECLESIASTÉS CONSTITUYE el mejor estudio que se ha realizado sobre la frustración humana. En el mismo se pone de manifiesto la manera como el hombre

debajo del cielo, es decir en la Tierra, vivencia su propia experiencia existencial. En sus páginas se expresa y confirma el contenido de la tesis de la que el autor parte: “*Vanidad de vanidades, todo es vanidad. Todo ello es vanidad y aflicción de espíritu*”¹³.

La segunda frase de este texto, traducida literalmente, quedaría así: “*Todo es variedad y correr tras el viento*”. Resulta obvio que la vivenciación de tal contenido anímico produce una experiencia de frustración y de vacío; es decir, alienante. En otro lugar de su libro, Salomón dice que “*Dios ha puesto en el corazón del hombre* (es decir, en la esfera de su intimidad, e incluso en niveles inconscientes de sus instancias psíquicas y espirituales) *el deseo vehemente por la eternidad, sin que el hombre alcance a entender lo que Dios ha hecho desde el principio*”¹⁴. Ese *deseo de eternidad* se enfrenta con la realidad existencial de la muerte, que viene a truncarlo. Cualquier experiencia devenida por el hombre a lo largo de su existencia (la sabiduría, los placeres, las riquezas, el trabajo, etc.) no puede gratificar los deseos profundos de eternizarse que alberga en su propio corazón, dado que las experiencias posibles son temporales y no pueden satisfacerle de forma trascendente.

La frustración humana constituye, pues, un ingrediente fundamental del patrimonio espiritual de los seres humanos. La experiencia de **la no realización** se impone de manera cotidiana en la constatación alienante de un mundo que agoniza en cada instante.

Existen multitud de factores que hacen que se profundice más y más esa experiencia agónica; y uno de los que más influye sobre la conciencia colectiva de las naciones ha sido, y sigue siendo, la amenaza nuclear. Los hombres están preocupados por la posibilidad de una guerra nuclear, y se reúnen para llegar a posibles acuerdos sobre desarme, que no siempre

aparecen como viables. Mientras, como testimoniara Delibes hace ya algunos años, “los ingenios nucleares están ahí, fabricados por unos hombres y esperando ser utilizados contra otros. La suprema aspiración de los humanos estriba en que sigan ahí, quietos, en los arsenales; es decir, que no lleguen a emplearse. Pero en este caso, y aun en el más positivo de que se llegase a un acuerdo de desarme general y completo, ¿qué hacer con ellos?, ¿qué hacer con estos elementos devastadores, cuidadosamente embotellados a lo largo de más de medio siglo? ¿Lanzarlos al mar? ¿Enterrarlos? ¿Es que desconocemos, acaso, las propiedades letales de los isótopos radiactivos? ¿No sabemos que el aire, el agua y la tierra contaminados envuelven un riesgo para la vida? En Hanford, estado de Washington, en las proximidades del río Columbia, hay enterrados más de 124 tanques de acero y hormigón que contienen más de 200 millones de litros de desechos radiactivos, cantidad que, al ritmo del crecimiento actual, puede multiplicarse por ciento en el año 2000*. Estos tanques y sus posibles filtraciones son celosamente vigilados, pero, a juicio de geólogos norteamericanos, tal vez bastaría un terremoto de las modestas proporciones del de 1918, conocido como el terremoto de Corfú, para agrietar esos recipientes y liberar la radioactividad que contienen. Los efectos de esa avería, en opinión de científicos competentes, serían tan desastrosos como los que podría ocasionar una guerra nuclear en la que se empleasen todas las reservas atómicas actuales, ya que la radioactividad que almacena uno solo de esos tanques equivale, según Sheldon Novice, a la producida por todas las armas nucleares probadas desde 1945. Esta es nuestra situación en la Paz Atómica de nuestros días”¹⁵

Asimismo, la humanidad está amenazada por los peligros terroríficos de una guerra bacteriológica. Señalaré algunos estremecedores ejemplos: Tratándose del virus de la *psitacosis*, el número de ellos necesario para destruir toda la vida de nuestro planeta cabe en una docena de huevos de gallina; o el de la *brucelosis letal*, resistente a cualquier tipo de vacuna, y que puede concentrarse en una pasta a razón de 2.500 millones de bacterias por gramo: los científicos están totalmente seguros de que bastarían sólo 50 gramos para borrar al hombre de la Tierra.

Así que, las circunstancias en las que el hombre tiene que desarrollar su existencia histórico-biográfica no favorecen su realización aquí y ahora; antes bien, constituyen elementos perturbadores que la interfieren. A todo lo anteriormente apuntado me gustaría añadir, para ir cerrando esta primera parte de mi Introducción, algunas consideraciones que me sugiere el libro de George Orwell “1984”.

Últimamente, he leído a diversos comentaristas que critican la obra de este autor con el argumento de que se equivocó sensiblemente en sus narraciones proféticas para 1984. No comparto esas opiniones, porque creo que el análisis desapasionado y libre de prejuicios ideológicos de la realidad actual le confiere a Orwell, en su obra “1984” una más que sobrada razón. Porque, en definitiva, lo que viene a decirnos es que los sistemas sociopolíticos, socioeconómicos, socioculturales, sociolaborales y psicosociales del futuro no constituirían otros tantos medios al servicio del hombre y de sus necesidades anímicas y espirituales, sino que se volverían contra él, transformados en sistemas opresores de su conciencia y de su libertad: más que nunca, el hombre se encontrará preso en la trampa del progreso y de la mal llamada **civilización**. Y es que el don más sublime e inefable que Dios ha concedido

* Desde el 2000 hasta la actualidad se mantiene el ritmo.

al hombre, la libertad, será pisoteado por aquellos que detentan el poder político y social. El hombre no podrá sentirse seguro de sí mismo: tendrá la sensación creciente de que la sociedad en la que tiene que vivir, y sobre todo las superestructuras de la misma, inciden sobre el campo de su conciencia personal para desestructurarla; en definitiva, para convertirlo en un ser frustrado.

Mirar el mundo en el que vivimos con un optimismo dependiente de lo que el esfuerzo humano pueda conseguir para liberar a la humanidad oprimida, supone una visión subjetivista del futuro que la realidad desmiente cada día.

Después de miles de años de civilización y de desarrollo de “la Ciencia del Bien y del Mal”¹⁶ —es decir, de desarrollo de la teoría del conocimiento científico—, los hombres somos más, pero no somos mejores. El amor ha pasado a ser un término que no refleja la comunión fraternal entre los seres humanos: su sentido **moderno** se acantona en la descripción de un acto físico y placentero. La paz se encuentra más lejos del corazón humano que nunca; antes al contrario: desde que algunos pueblos de la Tierra fundaron la Sociedad de las Naciones Unidas este mundo no ha conocido ni un solo día sin guerra. La fraternidad es un tópico que se instrumentaliza al servicio de los intereses más mezquinos. Para confirmarnos en esta apreciación, sólo tenemos que abrir nuestra pequeña ventana al mundo —prensa, radio, televisión— para cuestionar el **paraíso terrenal** soñado por los hombres.

Existe, pese a todo, un futuro esperanzador. Yo creo en él, y lo espero. Pero dicho futuro no será implantado en este mundo por los hombres, sino por la decisión y la intervención soberana de Dios.

Ante una realidad humana tan poco gratificadora, uno siente deseos vehementes de gritar, con aquel cantante

americano: “¡Que paren la Tierra, que quiero apearme!”. Por consiguiente, mi concepción personal sobre la frustración humana supone una concientización de aquel Ser Trascendente y su introyección en la esfera de la intimidad, para que se opere la profunda transformación que el hombre necesita para superar todas sus frustraciones, para volver a sentirse persona y para obtener una respuesta válida para gratificar los deseos de trascendencia y eternidad que anidan en lo más profundo de su corazón.

En la segunda parte de esta Introducción abordaremos, aunque sólo sea someramente, la problemática de la **angustia**.

Las raíces de la angustia

Si tuviéramos que destacar una alteración que caracterizase a la humanidad en su realidad actual, desde el punto de vista sociológico, psicológico y existencial, tendríamos que hablar necesariamente de la **angustia**. Esta realidad psicopatológica constituye hoy el síntoma paradigmático más frecuente como expresión del sufrimiento humano.

La angustia es un problema existencial que acompaña a todo el devenir antropológico de la especie humana. Ontológicamente, nace en la esfera de la intimidad del hombre y se deviene con múltiples expresiones psicopatológicas a lo largo de su vida.

Desde el punto de vista etimológico, el término *angustia* corresponde a una transliteración del vocablo latino *angustia*, que significa *angostura* y *dificultad*. La problemática de la angustia ha constituido un hondo motivo de preocupación para los estudiosos del decurso existencial del hombre y del cosmos en su expresión más agónica. Destacamos aquí los trabajos del

llamado padre de la filosofía existencial Sören Kierkegaard¹⁷, y los de Heidegger, los de Sigmund Freud, Jean Paul Sartre, Miguel de Unamuno¹⁸ y Friederich Nietzsche¹⁹; y entre los autores españoles más modernos merece la pena destacar algunos de los trabajos realizados, con una visión ecológico-existencial, por el escritor vallisoletano Miguel Delibes, ya citado anteriormente.

Asimismo, desde el punto de vista bíblico es necesario tener muy en cuenta la visión que sobre esta problemática nos ofrecen en las páginas del Antiguo Testamento los libros de JOB y ECLESIASTÉS; y en el Nuevo Testamento, algunos de los escritos del apóstol Pablo, especialmente en su SEGUNDA CARTA A LOS CORINTIOS.

Conectando con el sentido etimológico y filológico de la angustia, queremos hacer referencia a la obra del gran psicoanalista Oto Rank *“El trauma del nacimiento”*. En ella, el autor pone de manifiesto cómo el sentimiento vivenciado como angustia constituye una experiencia primaria de los seres humanos en el momento mismo de nacer. La interpretación psicoanalítica tiene en múltiples ocasiones carácter simbólico y, por consiguiente, emplea símbolos para expresar fenomenológicamente los contenidos psíquicos vivenciados en la esfera de la intimidad. En este sentido, Rank, en *“El trauma del nacimiento”* sostiene la siguiente interpretación analítico-existencial como infraestructura psicodinámica del sentimiento de angustia vivido por cada nuevo ser que emerge a la vida extrauterina y relacional:

“Al seno materno correspondería la ubicación y **situación paradisíaca** en la que el embrión feto se encuentra, y la cual no quiere abandonar. Las leyes de la naturaleza y de la vida se imponen, y tiene que emprender su **éxodo** a través del dificultoso y angosto canal del parto; tiene que pasar por

la angostura, por la estrechez, por la dificultad. La salida al mundo exterior le supone enfrentarse a **la adversidad** de respirar por sí mismo, y es en ese instante cuando, desde el punto de vista existencial, se vivencia el sentimiento de **angustia**, sentimiento que se expresa por el “grito” y las lágrimas que el recién nacido emite al penetrar, por primera vez, el aire en sus pulmones a través de sus vías respiratorias”.

En esta confrontación con la realidad, se ponen de manifiesto dos principios revelados por el psicoanálisis y que van a presidir todo el devenir de un ser humano: el **principio del Placer** y el **principio de la Realidad**. Por ser ambos opuestos y antagónicos, constituyen una importante contradicción en la vida del hombre.

Pudiera parecer que lo expuesto es una mera elucubración del autor, que, narcisísticamente, pretende realizar una exhibición de sus conocimientos científicos. Nada más lejos de la realidad. La Biblia misma sustenta, expone y revela los conceptos anteriormente apuntados. En diversos lugares del libro de JOB, pero de una manera muy especial en todo su capítulo 3, se ponen de manifiesto los sentimientos de la angustia existencial padecida por Job en relación con el hecho de su nacimiento: *“Abrió Job su boca y maldijo su día, y dijo: Perezca el día en que yo nací, y la noche en que se dijo: Varón es concebido. ¿Por qué no morí yo en la matriz o expiré al salir de vientre? ¿Por qué me recibieron las rodillas? ¿y a qué los pechos para que mamase? Pues ahora estaría yo muerto, y reposaría; dormiría, y entonces tendría descanso. ¿Por qué no fui escondido como abortivo, como los pequeños que nunca vieron la luz? ¿Por qué se da a luz al trabajado y vida a los de ánimo amargado, que esperan la muerte y ella no llega, aunque la buscan más que tesoros, que se alegran sobremanera, y se gozan cuando hallan el sepulcro? ¿Por qué se da vida al*

hombre que no sabe por dónde ha de ir, y a quien Dios ha encerrado?”²⁰.

En este mismo libro se realizan afirmaciones muy claras en relación con la angustia existencial que conlleva el hecho de advenir a la vida; así, por ejemplo, esta frase tan contundente: *“Pero como las chispas se levantan para volar por el aire; así el hombre nace para la aflicción”²¹*; podemos decir *versus* para la angustia.

En relación con todo lo dicho anteriormente, tenemos que manifestar que muchas enfermedades psíquicas, o mentales, suponen una desestructuración de la personalidad (alteración del yo) como expresión clínica de su infraestructura psicodinámica; pero, en definitiva, los mecanismos psicopatológicos que se dan en dichas alteraciones mentales constituyen otras tantas muestras de atavismo ontogenético: de vuelta atrás. Ese atavismo sería la expresión clara de una **nostalgia del Paraíso perdido**. Así, en muchas enfermedades psíquicas y psicorgánicas (esquizofrenias, neurosis, demencias) se produce, por la involución que conllevan, **una regresión a la infancia** y, desde el punto de vista psicobiológico, una regresión a la situación somática fetal.

Desde una perspectiva fenomenológica –especialmente en su dimensión humana, sociológica y científica–, se dan una serie de manifestaciones que expresan de forma clara la realidad que hemos denominado **nostalgia del Paraíso**. Esta nostalgia supone los intentos de reproducción vivencial, existencial y experiencial de la situación preamártica del ser humano; es decir, la anterior a su **caída**.

El capítulo 3 de GÉNESIS nos relata la situación del hombre (varón y varona) antes de esa caída. En ese **momento** de la historia de la humanidad el hombre presentaba un buen equilibrio –u homeostasis interna–, tanto desde el punto de

vista de la esfera de la intimidad bioquímica y somática como de la esfera de la intimidad psicológica y penumática. Con la nueva situación “amártica” se origina una desestructuración integral del hombre; es decir, se produce una desestructuración de su *soma* (cuerpo), de su *psique* (alma) y de su *pneuma* (espíritu). Como consecuencia, la conciencia que el hombre tiene de Dios se distorsiona, y en la esfera de su intimidad psico-neumática se genera **una instancia nueva** que se va a devenir a nivel **inconsciente**. La **Imago Dei** es expulsada del campo de su conciencia, de su **yo**, reprimiéndose y albergándose en las profundidades de la esfera inconsciente de su corazón. Y esa represión de la Imagen de Dios crea las condiciones indispensables para que los deseos conscientes de eternidad²² queden frustrados, insatisfechos, y la angustia ascienda al campo yoico, dando lugar a una experiencia de disestar y sufrimiento humano que, a su vez, genera la angustia existencial. Esta misma realidad que describimos ya la puso de manifiesto el eminente psiquiatra Víctor Frank en su obra *“La presencia ignorada de Dios”*.

La lucha contra la muerte

Desde el punto de vista de la realización histórica de la Ciencia del Bien y del Mal, el devenir de la humanidad se caracteriza por la investigación científica de los principios genéricos esenciales que informan la vida; así como de aquellas causas desencadenantes de la muerte. Se ha recorrido un largo periplo desde las vivencias míticas que empujaban a los hombres, en su deseo de inmortalidad, a buscar la Fuente de la Vida, pasando por las experiencias demonológicas de vender el alma al diablo para conservar la eterna juventud, hasta las realidades científicas de nuestros siglos XX y XXI de los trasplantes de órganos y de la manipulación genética: con la

finalidad de conseguir, si no la inmortalidad, al menos la **emortalidad**. De lo que se trata es de que el hombre viva tantos siglos, que su miedo a la muerte se vaya haciendo poco significativo y que sus deseos atávicos de inmortalidad se vean satisfechos de manera casi absoluta y definitiva.

La lucha por los derechos de la mujer

En su situación preamártica, el varón y la varona²³ se encontraban en una relación de igualdad desde el punto de vista que hoy consideraríamos jurídico y sociológico. Por el hecho de **la caída** se desestructuró el *antropos*; es decir, el hombre integral en sus componentes individuales (como varón y como varona) y como ente, o ser colectivo; así, quedó alterada la comunicación entre ambos, o expresado de otra manera: se produjo un profundo cambio en el ámbito del ser humano en la interrelación del individuo masculino con el femenino. Desde el punto de vista teológico, el hombre que Dios creó a su imagen y semejanza estaba construido por ish (varón) e ishshah (varona), según encontramos en el texto hebreo de Gn 2:23. La nueva situación amártica (bajo la ley del pecado y de la muerte) establece para la mujer una dependencia y sumisión respecto a su marido: *"A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores de tus preñeces, con dolor darás a luz a tus hijos, y tu deseo –o tu voluntad– será sujeto a tu marido, y él se enseñoreará de tí"*²⁴.

Todos los esfuerzos que las mujeres han realizado –y no pocos hombres con ellas– a lo largo de la historia para defender sus derechos como personas se han plasmado en las luchas de sus movimientos emancipadores, y tienen como finalidad trascender aquel momento histórico-amártico en el que empezaron a ser consideradas esclavas. Jesucristo ha venido a devolver a la mujer su dignidad original, y con ella todos los

derechos inalienables que Dios le había concedido al crearla como **la dimensión femenina del hombre**.

El retorno a la naturaleza: el ecologismo

La situación ecológica preamártica –recordémoslo de nuevo: la anterior a la entrada del pecado en el cosmos– era de una armonía extraordinaria. La nueva situación amártica, no sólo produjo una desestructuración a nivel antropológico, sino que su incidencia tuvo una dimensión cósmica: afectó a toda la Creación. Como consecuencia, *"la creación fue sujeta a vanidad (a frustración, error y fracaso), no por su propia voluntad, sino por causa de aquel que la sujetó en esperanza, porque también la creación misma será liberada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios"*²⁵.

En la medida que las consecuencias que se siguen a partir del momento en que el hombre ha tomado del árbol de la Ciencia del Bien y del Mal se van deviniendo en la historia, el propio sistema científico y tecnológico va contribuyendo –hasta nuestros días– a que se produzcan graves y serios problemas de contaminación medioambiental, que avocan a un desequilibrio ecológico manifiesto, con el consiguiente peligro de una agonía biológica y cósmica progresiva. A nuestro criterio, **la nostalgia del Paraíso** informa el ser y el estar de la mayoría de los movimientos ecologistas de nuestro mundo, aunque en ocasiones este proceso se verifique de manera inconsciente. Existe en el ser humano un sentimiento atávico-ecológico que le impulsa a desear retornar a situaciones naturales preamárticas.

La búsqueda de experiencias místicas

Los siglos XIX, XX y XXI constituyen testigos de excepción que avalan, con su experiencia acumulada, esta búsqueda

masiva de experiencias psicodélicas e eidéticas por parte de los seres humanos. La mayoría de los hombres y mujeres que hoy viven en la Tierra experimentan en la esfera de su intimidad profundas vivencias de frustración y vacío existencial. Todo el desarrollo de la ciencia, de la tecnología y de la cultura no ha sido capaz de satisfacer la sed de trascendencia que se demanda desde lo más profundo de nuestro ser. Ante esa experiencia universal de **cansancio de la vida**, el hombre se interroga más que nunca acerca del sentido primario y último de su existencia; y es la falta de respuestas satisfactorias lo que origina una crisis existencial que termina desembocando en una experiencia de frustración y de vacío.

Para vencer esta crisis anímica y espiritual, los seres humanos recurren a medios de diversa naturaleza que les favorezcan la vivenciación de experiencias místico-religiosas, que a su vez les ofrezcan la posibilidad de concienciar **lo trascendente** en la esfera de su intimidad. Ésta es quizás una de las razones que explican el florecimiento en los últimos tiempos de la revitalización y revivificación de las llamadas experiencias esotéricas, y del uso masivo de sustancias psicoactivas –drogas– que, actuando sobre las estructuras encefálicas, produzcan una alteración de la conciencia, es decir, una modificación del yo, que permita a los seres humanos vivenciarse a sí mismos y a su realidad entornante, peristática, de una forma que les libere de la angustia existencial en la que viven inmersos. En este sentido se encuadra el uso de las llamadas *drogas sagradas, o psicodélicas*, tales como la mescalina, la psilocibina y sobre todo el LSD.

Tal como hemos venido comentando, por el hecho de su **caída** el hombre rompió su comunión con Dios y se fue alejando progresivamente de la posibilidad de vivenciarlo en la esfera de su intimidad como un Ser Inefable y Trascendente.

De esta manera, Dios se fue convirtiendo, para el hombre, en un ser primero hostil, después lejano y en los últimos tiempos **alguien** que ha muerto. Esta realidad que explicitamos ofrece una concreción paradigmática en las palabras de dos personajes muy influyentes en las últimas décadas del siglo pasado: Jean-Paul Sartre, premio Nobel y maestro del existencialismo moderno –quien dijo hace más de treinta y cinco años, en un intento de remediar la tragedia existencial humana: “¡Dios ha muerto; alegría, lágrimas de alegría!”–, y Timothy Leer, el científico de la Universidad de Harvard que se erigió en líder del movimiento del LSD, y que, en respuesta a la afirmación del filósofo, dijo más o menos: “Dios no ha muerto; para encontrarlo, sólo es necesario ingerir una pastilla de LSD”.

Las consideraciones que seguirán en los capítulos sobre ECLESIASTÉS espero que ayuden al lector a comprender mejor la ontogénesis de nuestros sentimientos de frustración y angustia, y, sobre todo, a **descubrir** el camino y los recursos para su trascendencia y superación.

Capítulo 1

Eclesiastés: Argumento y sentido teológico del libro

Los judíos dividían los treinta y nueve libros que componen lo que nosotros denominamos Antiguo Testamento en tres apartados: La Ley, los Profetas (que correspondía a los libros proféticos y a los históricos) y Los Hagiógrafos, o libros Poéticos. Jesús mismo admitió esta estructuración literaria e histórico-didáctica cuando, después de su resurrección y hablando del devenir histórico-salvífico de su persona, dice a sus discípulos: *“Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos”*²⁶. El libro de ECLESIASTÉS pertenece al ámbito de los Hagiográficos, poéticos o salmos. A partir de aquí, y capítulo a capítulo, nos acercaremos a su texto; y la razón que sustenta esta decisión es que considero este libro como uno de los más importantes, dentro de la Revelación bíblica, por la riqueza y oportunidad de sus enseñanzas para los tiempos que actualmente vivimos.

Antes de entrar en su contenido teológico, es necesario realizar algunas matizaciones previas. La primera de ellas es

que a muchos lectores, incluso a bastantes exégetas, este libro les parece que tiene un sentido enigmático y oscuro, cuando no contradictorio, ni filosófica, ni teológica ni existencialmente consideramos que esto sea así. Llegados a este punto es necesario que nos planteemos un interrogante fundamental y básico: ¿Qué nos enseña ECLESIASTÉS?

Su título mismo ya merece nuestra consideración. La palabra *eclasiastés* es un término griego que se corresponde a la traducción de su título genérico en hebreo: QOHELETH, que se puede *traducir por Predicador*. El término hebreo denota la posibilidad de *juntar/congregar*; y algunos le han dado el sentido de *un predicador en asamblea pública*. Así que lo que ese título intentaría transmitirnos es la idea de *alguien que quiere comunicarnos algo*.

Pero volviendo a nuestro interrogante: ¿Qué nos enseña este libro? ¿Se trata, como ya hemos anotado que algunos creen, de una enseñanza negativa? Es esencial tener en cuenta que la fundamentación de las conclusiones de su autor pivota alrededor de una frase que se repite varias veces: *“Todo es vanidad”*²⁷. El escritor usa esa frase como lema, tema y texto básico a desarrollar y demostrar. Consideramos la aseveración *todo es vanidad* como cierta en el devenir histórico, en cuanto que lo que el hombre intenta conseguir para su realización inmanente y trascendente, lo intenta al margen de Dios. Nuestro autor insiste: *“Miré todas las obras que se hacen debajo del sol; y he aquí, todo ello es vanidad y aflicción de espíritu”*²⁸. La segunda parte de este texto se puede traducir literalmente así: *“todo es variedad y correr tras el viento”*, literalizando el texto de esta forma, conforme al original hebreo, nos transmite la impresión de que toda la experiencia existencial en la que el ser humano se deviene y realiza sobre la Tierra —*“debajo del Cielo”*²⁹— le conduce, indefectiblemente,

a una vivenciación de inestabilidad psicoemocional, de frustración existencial y de falta de esperanza y trascendencia metafísica. Y es así siempre que sus intentos de realización se devengan en el marco meramente antropológico; es decir, dependiendo exclusivamente de recursos humanos y dejando aparte las oportunidades de trascendencia que nos brindan los tesoros incomparables de la economía divina³⁰.

Para comprender de una manera más adecuada la frase “*todo es vanidad*” es necesario leer y meditar profundamente todo el libro, a fin de conocer de manera más correcta a qué se refiere ese “*todo*”. Naturalmente, fuera de ese **todo** queda la actividad existencial (espiritual) dirigida y orientada metafísicamente hacia la Suprema Deidad.

Por otra parte, el libro de ECLESIASTÉS ofrece el mejor y más profundo estudio que jamás se haya realizado sobre el concepto del **tiempo** y de la **temporalidad**. La temporalidad constituye la posibilidad de cómo el hombre vive o vivencia el tiempo. En las últimas décadas, los científicos más eminentes centran sus investigaciones en el problema del tiempo como elemento fundamental a partir del cual se puede llegar a comprender la génesis, el sentido y el destino del Cosmos, del hombre y de la misma realidad esencial u ontológica de Dios. Esta tarea investigadora, llevada a cabo de manera particular por los astrofísicos, está dando al traste con toda la historia de confrontaciones dialécticas entre la Ciencia y la Biblia. Lo que durante cinco siglos supuso criterios de enfrentamientos divergentes está dejando de serlo: tanto la investigación científica como la teológica apuntan hoy hacia una posibilidad de convergencia entre la realidad del espíritu y la de la materia, que se conoce como *metarrealismo*, donde la Revelación bíblica y la investigación científica llegan a coincidencias que apuntan hacia la existencia de Dios como única posibilidad

trascendente, y a partir de la cual se explica el sentido y la esencia del universo y del hombre.

En su libro, Qoheleth (que, sin entrar en consideraciones lingüísticas ni semánticas, considero que fue el rey Salomón³¹) toma contacto con las realidades cósmicas, biológicas, antropológicas, y aun diría que teológicas, de los capítulos 1 a 3 de GÉNESIS. (Cito algunos ejemplos en las notas finales, que sería oportuno leer antes de seguir adelante.)³² Si partimos de la experiencia intrapsíquica que se recoge en esos pasajes, especialmente Ecl 7:29, el hombre se encontraba en ese momento antropológico, existencial, temporal y espacial con el anhelo en su corazón de desarrollar el conocimiento de la Ciencia del Bien y del Mal. Supongamos ahora que, realizando un gran esfuerzo de abstracción, nos evadimos del tiempo y de la historia (el espacio es el mismo: el escenario cósmico no ha variado) y conectamos estos dos pasajes: “*Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable y para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella*” (Gn 3:4-6), con Ecl 1:1, 12 a 14: “*Palabras del Predicador, hijo de David; rey en Jerusalén... Yo, el Predicador, fui rey sobre Israel en Jerusalén. Y di mi corazón a inquirir y a buscar con sabiduría sobre todo lo que se hace debajo del cielo; este penoso trabajo dio Dios a los hijos de los hombres, para que se ocupen en él. Miré todas las obras que se hacen debajo del sol; y he aquí, todo ello es vanidad y aflicción de espíritu*”.

¿Qué es lo que nos encontramos? Sencillamente, **a Adán (varón-varona) realizando los deseos que Satanás inculcó en**

su corazón y poniendo así en marcha la teoría del conocimiento, de la evolución hacia el superhombre, hacia su propia deificación; para conseguir lo cual tendrá que romper las cadenas inexorables del tiempo y del espacio. Este libro del sabio Salomón, como suprema y auténtica filosofía de Dios, nos va a enseñar el verdadero sentido de la existencia: desde la inmanencia frustradora en el hombre a la trascendencia infante y realizadora en Dios.



Capítulo 2

Vanidad de vanidades

Como se puede apreciar, tanto por la lectura de los textos citados en el capítulo anterior como por otros que el lector descubrirá fácilmente, la expresión *vanidad de vanidades* se encuentra explicitada a lo largo de todo el libro del Predicador. Esta expresión traduce el hebreo *habel habalim*; y no se trata de un superlativo intensivo, como “Santo de los santos”³³, sino extensivo, como “por generación de generaciones”³⁴, que **significa por todas las generaciones sin excepción**. Es en este último sentido que se debe entender, teológicamente, la frase “*vanidad de vanidades*”.

Como ya decíamos en el primer capítulo, el autor toma esta frase como lema, tema y texto básico a desarrollar y a demostrar a lo largo y ancho de toda su investigación y argumentación doctoral. *Vanidad de vanidades* encierra el contenido esencial de la tesis que supone ECLESIASTÉS. Con esta frase emblemática, el autor viene a decirnos y ratificarlos que esa tesis sigue teniendo validez, y es susceptible de verificarse siempre y en cualquier época de la experiencia o devenir humano. El término hebreo *habel*, tomado de manera más literal, significa *soplo, ráfaga, aliento, vapor y niebla*. Se usa en el Antiguo Testamento unas setenta veces y, traducido al castellano, su sentido se acerca al del término *vanagloria*.

La palabra *vanidad* se usa al menos en dos sentidos en ECLESIASTÉS: simbólicamente, hablando de lo fugaz de la existencia humana, o de la vida³⁵, y real, cuando se refiere a la experiencia interna del hombre por la vivencia en el tiempo de todo lo que pueda experimentarse debajo del sol. En consecuencia, *vanidad de vanidades* constituye un hebraísmo que implica *vanidad absoluta*. Algunos autores opinan que este término llega a tener el sentido que estaría muy cerca de lo que constituiría una *vivenciación de la nada*; pero no debemos olvidar que el concepto de la nada no es bíblico-canónico, sino apócrifo. (2ª Macabeos 7:28).

El libro, y la tesis que en él se mantiene, ha desencadenado en muchos seres humanos –un gran número de ellos cristianos– una gran decepción, por considerar que su mensaje conlleva contenidos muy negativos y pesimistas desde el punto de vista de la realización de los mismos en el tiempo y en el espacio. A semejante conclusión sólo se puede llegar cuando el estudio exegético y teológico del libro se realiza desde posiciones que no captan la realidad hermenéutica de la existencia humana debajo del sol que en el mismo se sostiene.

Evidentemente, puede resultar muy duro para el hombre encontrarse con la afirmación de que cualquier actividad que emprenda, ya sea de carácter científico, filosófico, laboral, social, económico, político, sentimental, hedonístico o lúdico, va a abocarle a esa experiencia de vanidad y frustración existencial.

Si tenemos en cuenta que ECLESIASTÉS constituye una explicitación exegética a la vez que una interpretación hermenéutica del GÉNESIS, CAPÍTULOS 1, 2, Y 3, nos encontraremos en la situación adecuada para poder comprender su sentido teológico y su mensaje existencial. Este libro nos ayuda a asimilar mejor la trascendencia de uno de los textos básicos y

fundamentales en la teología paulina y en toda la enseñanza bíblica: “*El pecado entró en el mundo por un hombre*”³⁶.

Ya comentamos que la desestructuración amártica que se relata en el capítulo 3 de GÉNESIS no sólo tuvo trascendencia antropológica, sino también cósmica: afectó a los cielos y a la Tierra. Esta desestructuración se consolidó en una experiencia de frustración universalizada, originada por la ley del pecado y de la muerte (gr. *tanatos*), como claramente explica el apóstol Pablo: “*Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte*”³⁷.

Es precisamente la experiencia tanática (de muerte) la que da al traste con todos los deseos de inmortalidad y trascendencia que se devienen en la esfera de la intimidad del hombre, en lo más profundo de su corazón (Ecl 3:11); y, por consiguiente, el sentimiento de frustración expresado con la frase “*vanidad de vanidades*” surge como experiencia existencial en el tiempo y en el espacio.

No estamos diciendo que los esfuerzos más nobles que el hombre pueda realizar en los diversos ámbitos (científico, filosófico, afectivo, etc.) carezcan de sentido y no tengan valoración existencial y positiva alguna. El propio Salomón dice en su libro: “*Y he visto que la sabiduría sobrepasa a la necesidad como la luz a las tinieblas*”³⁸. En realidad, de lo que se trata es de verificar hasta qué punto las experiencias que el hombre puede devenir a lo largo de su existencia debajo del sol le capacitan para liberarse y trascender esa *ley del pecado y de la muerte*.

En definitiva, resulta obvio que ni el conocimiento científico, ni la sabiduría filosófica, ni la experiencia de poder, ni la acumulación de bienes materiales, ni la realización del principio del placer son capaces de darle al ser humano una experiencia vivenciable de inmortalidad y de trascendencia me-

tafísica; y es aquí donde la frase “*todo ello es vanidad y aflicción de espíritu*” se convierte en una realidad existencial y humana conforme al sentido más literal de la misma: “*todo es variedad y correr tras el viento*”. Y aun cuando se argumenta que, cuando muere, el hombre **pervive** en sus obras o en el recuerdo de los que le aman, la propia experiencia tanática de los que se van y de los que se quedan esperándola no amortigua el desconuelo frente a lo inevitable.

Como venimos sosteniendo, de ese *todo* quedaría excluida la experiencia de la relación con la Trascendencia, de la relación con Dios mismo.

Capítulo 3

Teología, ciencia y revelación

En mi intento, ya confesado, de procurar herramientas para entender lo más correctamente posible este fundamental libro de Salomón, pretendo en este capítulo dejar constancia de la estricta y rigurosa metodología científica que el autor emplea en el desarrollo de su tesis,

Para ilustrar nuestra visión de esta extraordinaria obra, conviene que centremos nuestras consideraciones exegéticas y nuestra interpretación hermenéutica en sus últimos textos: “Y cuanto más sabio fue el Predicador, tanto más enseñó sabiduría al pueblo e hizo **escuchar**, e hizo **escudriñar**, y **compuso** muchos proverbios. Procuró el Predicador hallar palabras agradables, y escribir rectamente palabras de verdad. Las palabras de los sabios son como agujijones; y como clavos hincados son las de los maestros de las congregaciones dadas por un Pastor”³⁹.

Desde el principio mismo de su obra se especifica que estamos ante las “palabras del Predicador”. El término *palabras* se puede traducir por *dichos, enseñanzas y razones*. La traducción por *dichos* quiere acentuar el carácter dividido y fragmentario de la recopilación: se trata de dichos que se entregan en un montón a la consideración de los demás. Los dichos serían “*las estacas plantadas*” (clavos hincados) acá y allá que sirven de señal, de hito y hasta de estímulo que agujijonea a la reflexión.

Y en los versos del capítulo 12 que hemos citado se nos describen algunas de las características y cualidades del autor. Para hablar de su persona y de sus bastísimos conocimientos se emplea el término hebreo *weyoter*, que destaca su carácter como *pensador*; pero no sólo como pensador, sino como *psicopedagogo*, y como *enseñador*. Generalmente, *weyoter* se traduce por *además de, no solamente*. Así que, del pasaje leído podríamos sacar como conclusión que aunque el autor era un filósofo, actuaba no de forma meramente especulativa, sino con auténtico espíritu científico. Dicho de otra manera: Qoheleth utilizó un auténtico método epistemológico para proceder a la composición y redacción de su obra. Se trata del sentido que se describe en un término empleado por Santiago en su EPÍSTOLA UNIVERSAL: “¿Quién es sabio y entendido entre vosotros?”⁴⁰. El vocablo “*entendido*” se corresponde con el término griego *epistemón*, que tendría que ser traducido al castellano, más bien transliterado, por la palabra *epistemología*.

Volviendo a nuestro texto (12:9), y más específicamente a su segunda parte, conviene tener en cuenta las distintas traducciones que del mismo pueden realizarse. Aquí, el exégeta francés André Barucq⁴¹ destaca que la enseñanza del QOHELETH está basada en *tres principios*, que abarcan una misma actitud; y conforme a este criterio, traduce “e hizo *escuchar* e hizo *escudriñar*, y *compuso*” por “*pesado, examinado, rectificado*”. El *pesar* corresponde al ejercicio de las posibilidades de la personalidad del creyente; el *examinado*, a la verificación científica, y, como consecuencia, el *rectificado* a la grandeza y humildad del sabio.

El término *hizo escuchar*, como aparece en RV60, significa literalmente *pesó*: que también es reivindicado por los autores Jamieson, Fausset y Brown, (Comentario Exegético del

Antiguo Testamento). Por su parte, la Versión Moderna (VM) traduce: “y puso atención”. Así que aunque en RV se dice que el QOHELETH “hizo escuchar, hizo escudriñar (se entiende que a otros)”, parece que el sentido más auténtico es que el texto no está describiendo la metodología del autor para otros, sino para sí mismo.. De ahí que la Biblia Comentada de los Profesores de Salamanca (BCPS) lo traduzca así: “estudió, investigó y compuso muchas sentencias”.

Este método de investigación científica aplicado al estudio teológico es el mismo que encontramos en otros autores de las Sagradas Escrituras. En este sentido, hemos de destacar la metodología rigurosamente epistemológica seguida por autores como Esdras⁴² y Lucas⁴³. En definitiva, lo que esta traducción del texto nos enseña es que el libro del ECLESIASTÉS fue confeccionado con arreglo a las exigencias metodológicas y científicas más rigurosas. Primero se recogió todo el material posible, al que, en segundo lugar, se le sometió a un minucioso proceso de investigación, y posteriormente, con todo el material útil y verificado, se compuso la extraordinaria obra que, por la voluntad de Dios, ha llegado a nuestro conocimiento.

El término “compuso” es traducido así por diversos autores, entre los cuales destacamos a Reina-Valera, a quienes elaboraron la VM, a la Traducción de los Jesuitas (TJ), a M. J. Lear y a la ya mencionada BCPS. Sólo el teólogo Barucq traduce el término por *rectificado*, que, como resulta obvio, tiene también una posibilidad hermenéutica muy interesante.

Siguiendo con los textos que estamos analizando, nos encontramos con un término de la máxima importancia: la palabra *Pastor* (el correspondiente término hebreo es el vocablo *ehad*). Se nos plantea si hemos de entenderlo en sentido indeterminado, como *un pastor*, o en sentido fuerte, y traducir

un solo Pastor. En este segundo caso, el sentido referencial sería a Dios mismo, y así lo entienden algunos de los autores que hemos mencionado anteriormente.

La BCPS lo traduce de la siguiente manera: “Las palabras del sabio son como agujones y como clavos hincados de que cuelgan provisiones, y todas son dadas por *un solo pastor*”. Teniendo en cuenta esta traducción, Salomón aparecería como pastor único. El término hebreo que se utiliza para *único* se puede traducir por *uno*, *primero* y *único*. Según la preferencia de los traductores, la referencia podría ser a Dios, como Pastor único, a Salomón o a cualquier pastor indeterminado de cualquier congregación. El estudio detenido de las enseñanzas de este texto debiera de despertar en nosotros el sentido de responsabilidad que supone la elaboración de mensajes destinados a los demás, y la responsabilidad que comporta el seguir una metodología epistemológica rigurosa en la composición de los mismos.

Para terminar este capítulo, quiero llamar la atención hacia el mensaje y la enseñanza que encontramos en estos últimos textos: “*Ahora, hijo mío, a más de esto, sé amonestado. No hay fin de hacer muchos libros; y el mucho estudio es fatiga de la carne. El fin de todo el discurso oído es éste: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala*”⁴⁴. La BJ traduce así el v. 12: “De escribir muchos libros no se ve el fin y el mucho leer aflige la carne”; y comenta que “el sabio anónimo exhorta a su hijo a leer este libro y a preferir sus enseñanzas a todos los demás; parece que el *mucho leer* se puede traducir por *musitar*, que significa el modo ordinario de leer de los que no están habituados a la lectura”. C. G. Gillis, comentando este texto, dice: “El hacer muchos libros y

el estudiar mucho no puede hacerle a uno más sabio, aparte de la sabiduría que Dios proporciona”. Y Andre Barucq deduce de él lo siguiente: “¡También convendría saber que el mucho escribir y el mucho estudiar es fatiga y labor indefinida!”.

Finalmente, en los dos versos siguientes se nos presenta la recomendación más importante de todo el libro, como una experiencia vivida y a la que aboca el autor después de haber realizado un minucioso y profundo estudio de la realidad: *“Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre”*. Los diversos autores ya mencionados traducen la última parte de este texto de las siguientes maneras: “un hombre entero” (J. M. Lear), “suma del deber humano” (VM), “el ideal mismo del hombre” (Jamieson, Fauste y Brown) y “porque eso es el hombre entero” (BCPS).

Estos últimos autores, comentando su traducción de este texto, nos aseguran que hay algo que **no es vanidad**: el temor de Dios. El sentido antropológico del hombre se pierde si el punto de vista del mismo, sus más altas aspiraciones e ideales, no están en Dios o son Dios. En este sentido, terminamos nuestras consideraciones trayendo a la memoria un dicho de Epicteto de extraordinaria profundidad y enjundia, y que considero recoge lo esencial del pensamiento desarrollado este capítulo: **“No es digno del nombre de ser humano el que no es amante de la virtud”**.

Capítulo 4

El sentido de la vida

En los capítulos anteriores hemos venido analizando el sentido teológico del libro del ECLESIASTÉS, su relación con la Ciencia y con la Revelación de Dios; y, finalmente, hemos realizado un análisis exegético y hermenéutico de la frase más paradigmática que contiene: “*Vanidad de vanidades*”.

En éste, queremos abordar una cuestión fundamental que ha mantenido, y sigue manteniendo, divididos a los diversos estudiosos e investigadores del pensamiento de Qoheleth.

Una de las mayores dificultades con que el estudioso se encuentra a la hora de emprender la búsqueda del sentido de esta original obra de la literatura hebrea, es aquella que pone de manifiesto la dificultad de realizar una traducción de los originales a los distintos idiomas que sea clara, coherente y que mantenga el sentido primordial del discurso y del pensamiento de su autor. Es precisamente debido a esta ineludible dificultad que la lectura de esta obra, aunque se realice de manera reiterativa, puede dejar en el lector la sensación pesimista de que el mensaje de Qoheleth se podría encerrar en esta frase: “*La vida del hombre no tiene sentido*”. Muchos autores creen encontrar en el libro argumentos textuales y exegéticos que apoyan esta impresión. Pero –lo dijimos en otro momento– un estudio más profundo y enjundioso, que incluya aquellos textos que pudieran resultar más problemáticos, viene a demostrarnos todo lo contrario; es decir, que el men-

saje que contiene ECLESIASTÉS anuncia “**un sentido inmanente y trascendente de la vida**”.

Por otro lado, ya hemos considerado que esta obra constituye una interpretación del GÉNESIS, principalmente de sus primeros capítulos. En este sentido, H. W. Hertzberg dice: “No hay duda: el libro de Qoheleth está escrito con GÉNESIS 1-4, ante los ojos del autor; la concepción que de la vida tiene Qoheleth, se conforma a la historia de la Creación”⁴⁵. Si esto fuera así, su mensaje tendría que contener necesariamente un sentido positivo de la vida. R. Gordis nos recuerda que *La Misná-Yadayin*, 3:5 dice que “*todos los escritos santos vuelven impuras las manos*”⁴⁶; y R. Simeón ven Menasia dice en su *Teosefta Yad 2:14* que “*el CANTAR DE LOS CANTARES mancha las manos, porque fue dicho por el Espíritu Santo; QOHELETH no mancha las manos, porque es (sólo) sabiduría de Salomón*”. Pero La Misná descalificó a ese autor y a los que coincidían con su pensamiento al aceptar QOHELETH como “un libro que mancha las manos”.

A pesar de ese reconocimiento, aparece situado en el último lugar del Canon veterotestamentario que fue aceptado en el judaísmo. La Comunidad de Qumrán lo leía como *Sagrada Escritura*; y debemos de hacer constar que los fragmentos del ECLESIASTÉS encontrados en aquellos lugares son sustancialmente idénticos al texto hebreo: el denominado texto masorético. La lectura de esta obra de Salomón en el judaísmo estaba, y está hasta hoy, ligada a la Fiesta de los Tabernáculos, o *Sukkot*. En el marco del cristianismo, fue aceptado como libro perteneciente al canon del Antiguo Testamento, y sólo se alzó una voz discrepante: la de Teodoro de Mopsuestia en el siglo V (350-428 dC).

De todo lo anteriormente expuesto, podríamos sacar la conclusión de que QOHELETH constituye una actitud de

búsqueda permanente del **sentido de la vida**. Su autor tiene plena conciencia de lo que es investigable para el hombre y de lo que no lo es: **¡Dios no es investigable, Dios es lo impenetrable, el misterio!**. Qoheleth dice en voz alta lo que la mayoría silenciosa piensa; no le satisface la enseñanza tradicional (templo, sinagoga, etc.). Por otro lado, el contraste entre 8:12-13 y 8:14 pone de manifiesto lo que el autor, como creyente en la Economía de Dios, piensa respecto de la justicia de Dios y lo que paradójicamente, a nivel existencial, ve que se deviene en la experiencia terrena.

Como hemos venido reiterando, la aseveración “todo es vanidad y caza de viento” (1:12) impregna todo el sentido y la conciencia de todos aquellos que no encuentran en el mensaje del libro más que un sentido negativo y derrotista de la existencia. Por eso, al analizar lo frustrador de las distintas experiencias en las que el ser humano puede devenirse “*debajo del sol*”, llegan a la conclusión de que este libro no le da más salida al hombre para su realización inmanente —es decir, aquí y ahora— que aquella que se desprende de un mero devenir hedonístico.

Los exegetas que así piensan apuntan, como apoyatura de sus conclusiones hermenéuticas, distintos textos que salpican ECLESIASTÉS. Concretamente, su análisis exegético se fundamenta en 2:24 “*No hay cosa mejor para el hombre sino que coma y beba, y que su alma se alegre en su trabajo. También he visto que esto es de la mano de Dios*”; 3:12-13 “*Yo he conocido que no hay para ellos cosa mejor que alegrarse, y hacer bien en su vida; y también que es don de Dios que todo hombre coma y beba, y goce el bien de toda su labor*”; 5:18 “*He aquí, pues, el bien que yo he visto: que lo bueno es comer y beber, y gozar uno del bien de todo su trabajo con que se fatiga debajo del sol, todos los días de su vida que Dios le ha*

dado; porque esta es su parte”; 8:15 “*Por tanto, alabé yo la alegría; que no tiene el hombre bien debajo del sol, sino que coma y beba y se alegre; y que esto le quede de su trabajo los días de su vida que Dios le concede debajo del sol*”, y 9:7-9 “*Anda, y come tu pan con gozo, y bebe tu vino con alegre corazón; porque tus obras ya son agradables a Dios. En todo tiempo sean blancos tus vestidos, y nunca falte unguento sobre tu cabeza. Goza de la vida con la mujer que amas, todos los días de la vida de tu vanidad que te son dados debajo del sol, todos los días de tu vanidad; porque esta es tu parte en la vida, y en tu trabajo con que te afanas debajo del sol*”.

Es muy importante analizar a fondo estos textos porque, necesariamente, tenemos que preguntarnos si son la respuesta, en el libro de Qoheleth, a la búsqueda del sentido de la vida. Se hace necesario recordar aquí que, más que un mensaje, esta obra es el testimonio de la experiencia personal de su autor; y, por eso precisamente, constituye un análisis crítico de la realidad. Es en este sentido que describe la infelicidad humana, el desamparo, el ser-para-la-muerte, el ser arrojado. Aunque fue escrito hace más de 2.500 años, su actualidad es incuestionable.

El autor se pregunta por el sentido de la vida: “*¿Qué tiene el hombre (o “qué hay para el hombre”) de todo su trabajo y de la fatiga de su corazón (lit. “preocupación de su corazón”), con que se afana debajo del sol?*”⁴⁷. Y su respuesta parece que viene inmediatamente: “*Porque todos sus días no son sino dolores; y su tarea, frustración. Ni aun de noche reposa su corazón. Esto también es vanidad*”⁴⁸. Por tanto, “*no hay cosa mejor para el hombre que coma y beba, y que su alma se alegre en su trabajo. También he visto que esto es de la mano de Dios*”⁴⁹.

El caballo de batalla de todo lo que venimos dilucidando se encuentra, sin duda, en el sentido y el contenido de este

último texto. Muchos ven en él, ante lo que suponen un análisis derrotista de la realidad por parte de Qoheleth, una invitación a realizarse según la máxima filosófica hedonística y epicureísta *Comamos y bebamos porque mañana moriremos*. “Y he aquí gozo y alegría, matando vacas y degollando ovejas, comiendo carne y bebiendo vino, diciendo: Comamos y bebamos, porque mañana moriremos” (Isaías 22:13). “Si como hombre batallé en Efeso contra fieras, ¿qué me aprovecha? Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, porque mañana moriremos” (1ª Corintios 15:32) San Pablo. Realizar una exégesis y una interpretación de este texto conforme a la traducción que se refleja en RV60, supone hacer una clara violencia a su sentido literal en el texto hebreo, que reza: “No es bueno al hombre comer y beber, y hacer que su alma vea el bien (o “manifestar su alma, en sí, alegre”). J. F. Brown traduce este texto, teniendo en cuenta su sentido original-literal hebreo, de la siguiente manera: “No es bueno que el hombre banquetee o que aparente estar falsamente alegre en su alma”⁵⁰.

Por consiguiente, Qoheleth no apunta, como única salida de realización para el hombre, la gratificación hedonística de la búsqueda del principio del placer; antes al contrario, denuncia el autoengaño y lo fútil e intrascendente de la falsa pretensión de felicidad adquirida por uno mismo. En cualquier caso, se llega a la conclusión de que los placeres efímeros de la *carne* no satisfacen las necesidades trascendentes y trascendentales del hombre.

Así que este texto, y los demás transcritos anteriormente, no suponen una apología materialista de la vida, sino todo lo contrario: condena semejante filosofía de la existencia, y parece indicar que lo que da felicidad al hombre sólo Dios lo puede proporcionar. La vida tiene un sentido, y todo el libro

del ECLESIASTÉS pone de manifiesto que todo ese sentido se encuentra encerrado en la realidad inefable del Dios eterno.

Capítulo 5

Nada nuevo debajo del sol

“Palabras del Predicador, hijo de David, rey en Jerusalén. Vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad. ¿Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol? Generación va, y generación viene; mas la tierra siempre permanece. Sale el sol, y se pone el sol, y se apresura a volver al lugar de donde se levanta. El viento tira hacia el sur, y rodea al norte; va girando de continuo, y a sus giros vuelve el viento de nuevo. Los ríos todos van al mar, y el mar no se llena; al lugar de donde los ríos vinieron, allí vuelven para correr de nuevo. Todas las cosas son fatigosas más de lo que el hombre puede expresar; nunca se sacia el ojo de ver, ni el oído de oír. ¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol. ¿Hay algo de que se puede decir: He aquí esto es nuevo? Ya fue en los siglos que nos han precedido. No hay memoria de lo que precedió, ni tampoco de lo que sucederá habrá memoria en los que serán después”

(Eclesiastés 1:1-11).

En el presente capítulo pretendo realizar un análisis pluridimensional de una de las frases más conocidas, paradigmáticas y características del Qoheleth: *“¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol”*⁵¹. Es obvio que la afirmación de que *“nada hay nuevo debajo del sol”* resulta difícil de asumir cuando se la considera desde el punto de vista de los avances científico-tecnológicos que el desarrollo de la teoría del conocimiento, o lo que sociológicamente denominamos civilización, ha puesto a disposición de los seres humanos. Distinta consideración sería aquella que abordase la cuestión que yo voy a plantear desde la visión de la filosofía, de la psicología y, de manera más concreta y precisa, desde los ámbitos de una investigación teológica enjundiosa y seria.

En los últimos tiempos, y sobre todo en diversos medios de comunicación social, esta aseveración salomónica ha sido sacada a colación y presentada como interrogante a algunas de las mentes más preclaras y con una erudición científica de la mayor credibilidad: filósofos, físicos, biólogos, etc.

En realidad, la afirmación del autor del ECLESIASTÉS ha venido siendo cuestionada desde que, en el siglo XVI, comenzó lo que se puede considerar como el inicio de la época científica en la historia humana. Hoy en día, esta máxima se considera superada, desfasada y obsoleta. Son muchos los que piensan que sólo la más crasa ignorancia puede seguir manteniendo un presupuesto filosófico o científico semejante. Pero quienes dejan discurrir su pensamiento por estos derroteros, están olvidando la Historia, la realidad de la estructura y el fundamento cósmico del Universo, el sistema que mantiene el equilibrio ecológico de la Tierra y que constituye el fundamento biológico de la vida, así como la realidad

antropológica, anímica y pneumática que se deviene en el corazón de los seres humanos.

En su libro, el autor se interroga a sí mismo y a los demás de la siguiente manera: “¿Hay algo de lo que se pueda decir: *He aquí esto es nuevo?*”; y la respuesta a su propio planteamiento es radical y lapidaria: “*Ya fue en los siglos que nos han precedido*”⁵².

Para poder hacer un análisis correcto de la frase y *nada hay nuevo debajo del sol*, desde el punto de vista científico y teológico, es necesario tener en cuenta una cuestión fundamental: Tanto desde el punto de vista teológico como científico, para verificar la verdad de una afirmación es necesario tomar en consideración dos principios básicos. El primero es tomar en cuenta el contexto teológico o científico-natural en que la aseveración se encuentra; y el segundo, considerar el fondo doctrinal científico o teológico que está más allá de la cuestión puntual que se plantea. Creo que resulta evidente que el análisis científico —ya sea en el campo de la Teología o en el de la Ciencia— debe de responder al método epistemológico que mantiene que **una parte siempre debe de ser vista y analizada a la luz del todo**; y nunca se debe de proceder a una extrapolación de la misma para presentar una conclusión instrumentalizada al servicio de determinados prejuicios o intereses ideológicos concretos.

Cuando se nos quiere hacer entender que sí que hay cosas nuevas debajo del sol, no se puede recurrir al resultado de la aplicación al campo de la tecnología de principios científicos **descubiertos**. No es necesario ser un pensador digno de recibir el premio Nobel para entender que los descubrimientos científicos, desde los más sencillos y elementales hasta los más grandiosos y trascendentes, son sólo eso: **descubrimientos**. Dicho de otra manera: la investigación fundamentada en

el método científico más exigente y riguroso sólo puede aspirar, en el mejor de los casos, a descubrir las leyes y principios que rigen el funcionamiento del Universo y de la vida. Los descubrimientos de los grandes sabios y científicos de la historia de la Humanidad sólo han sido, y continúan siéndolo, el resultado de lo que el ser humano **descubre** cuando se inclina sobre la materia o intenta investigar y conocer la realidad y los contenidos del espíritu humano.

Así, pues, el descubrimiento de la ley de la gravedad, de las leyes que rigen la herencia y la genética, de la inmensidad cósmica del mundo galáctico, del funcionamiento del cuerpo humano, del conocimiento de la psicología profunda, de la estructura del átomo y de los principios de la electrónica y de la informática, sólo han sido posibles cuando los investigadores han podido ir penetrando, con grandes dificultades y contradicciones, en las leyes y principios que el Creador del Universo, de la Vida y del Hombre dejó plasmados, estructural y dinámicamente, en la gran Obra de la Creación.

De manera más concreta, y volviendo a la frase que estamos tratando en este capítulo (*nada hay nuevo debajo del sol*), es necesario poner de manifiesto que cuando se quiere obtener una interpretación hermenéutica correcta de la misma hay que proceder, en primer lugar, a realizar un análisis exegético consecuente con su contexto, como ya señalamos más arriba. Resulta clarísimo, si así se procede, que (desde 1:4 hasta el 11) el autor está tratando un tema general que tiene que ver con leyes cósmicas, biológicas y principios vivenciales y anímicos que están ahí desde que la Creación existe, y que siguen funcionando y realizándose de acuerdo con las nuevas realidades que empezaron a devenirse a nivel cósmico, biológico, antropológico, existencial y anímico a partir del momento de lo que teológicamente, como hemos

estado considerando, se conoce como la desestructuración amártica del hombre, o su caída

Es evidente que las leyes que rigen el funcionamiento de nuestro sistema solar, los principios que informan los movimientos del viento o aquellos que regulan los ciclos vitales del agua en la naturaleza siguen siendo los mismos de siempre; y es en este contexto, y no en otro, donde hay que hacer una interpretación y un análisis correcto de nuestra frase salomónica: *“y nada hay nuevo debajo del sol”*. Una afirmación, por otra parte, que constituye el resultado de todo un proceso de investigación rigurosa realizado por uno de los hombres más sabios que han vivido en esta Tierra en cualquier momento de nuestra Historia.

Interpretar la afirmación de Salomón como hacen quienes no se acercan con respeto y rigor al texto bíblico, resulta tan fuera de lugar como pretender que el continente americano comenzó su existencia cuando aquel marinero gritó: “¡Tierra!”. Sólo fue un **descubrimiento**, le demos la importancia histórica que le queramos dar.

Capítulo 6

Paraísos artificiales

“Dije yo en mi corazón: Ven ahora, te probaré con alegría, y gozarás de bienes. Mas he aquí esto también era vanidad. A la risa dije: Enloqueces; y al placer: ¿De qué sirve esto? Propuse en mi corazón agasajar mi carne con vino, y que anduviese mi corazón en sabiduría, con retención de la necedad, hasta ver cuál fuese el bien de los hijos de los hombres, en el cual se ocuparan debajo del cielo todos los días de su vida. Engrandecí mis obras, edificué para mí casas, planté para mí viñas; y me hice huertos y jardines, y planté en ellos árboles de todo fruto. Me hice estanques de aguas, para regar de ellos el bosque donde crecían los árboles. Compré siervos y siervas, y tuve siervos nacidos en casa; también tuve posesión grande de vacas y de ovejas, más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén. Me amontoné también plata y oro, y tesoros preciados de reyes y de provincias; me hice de cantores y cantoras, de los deleites de los hijos de los hombres, y de toda clase de instrumentos de música. Y fui engrandecido y aumentado más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén; a más de esto, conservé conmigo sabiduría. No negué

a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno, porque mi corazón gozó de todo mi trabajo; y esta fue mi parte de toda mi faena. Miré yo luego todas las obras que habían hecho mis manos, y el trabajo que tomé para hacerlas; y he aquí, todo era vanidad y aflicción de espíritu, y sin provecho debajo del sol”
(Eclesiastés 2:1-11).

Los estudios psicológicos que más han profundizado en poner de relieve los contenidos del corazón humano son aquellos que investigan los estratos más recónditos y oscuros de la esfera de la intimidad. Jesús de Nazaret nos enseñó que *lo que contamina al hombre* no lo constituyen tanto las influencias peristáticas del medio en el que vive, sino las tendencias y deseos que nacen en los niveles más profundos de su propio corazón⁵³.

Como ya pusimos de manifiesto, la tesis fundamental que se investiga y explicita en ECLESIASTÉS aboca a una conclusión que expresa cómo la búsqueda de la felicidad y de la realización del ser humano, debajo del sol, nos conduce siempre a una experiencia de frustración que da al traste con los deseos más trascendentes que anidan en el inconsciente del hombre.

Desde el punto de vista de la psicología profunda, podemos hablar de un inconsciente individual o idiosincrático (cuyos contenidos pertenecen a la experiencia propia de cada persona) y de un inconsciente colectivo (cuyos contenidos son comunes a todos los seres humanos pertenecientes a todas las etnias y periodos de la Historia). Los contenidos del inconsciente colectivo han sido estudiados y descritos de manera magistral por el gran psicólogo suizo C. G. Jung⁵⁴, que los denominó como contenidos **arquetípicos** del alma humana. Uno

de los contenidos arquetípicos más importantes, y que actúa con más influencia en la vida y comportamiento de las personas, es aquel que hace referencia a los **deseos atávicos** que, surgiendo desde lo más profundo de la esfera de la intimidad, impulsan a los hombres a la búsqueda del **Paraíso perdido**.

De este aspecto psicodinámico que se deviene en la misma interioridad del inconsciente se han ocupado filósofos, poetas, prosistas, pintores, psicólogos, psiquiatras y científicos de los más diversos ámbitos del saber. El término **atavismo** tiene el sentido de **vuelta atrás**; es decir, los sentimientos atávicos actúan, desde la esfera de la intimidad, desencadenando en el ser humano los deseos de retroceder en el tiempo, para encontrar la situación existencial y primigenia en la que alcanzó mayores cotas de equilibrio psicoemocional y de felicidad.

En el presente capítulo nos ocuparemos de estos sentimientos atávicos que los hombres vivenciaron cuando devenían su existencia en la realidad espacio-temporal que la Escritura describe como **paradisiaca o edénica**.

En su afán de investigación de la realidad, nuestro autor decide realizar una experiencia existencial propia que le permita situarse, experimentalmente, en una situación anímica semejante a la que pudo tener el hombre en el Paraíso antes de que, por su transgresión de los límites que Dios le había impuesto, fue expulsado del mismo: para encontrarse en la misma realidad en la que actualmente vive y sufre.

Una de las fuerzas instintivas más poderosas que actúan condicionando la conducta humana es aquella que, psicoanalíticamente, se conoce como el **principio del placer**, al que ya hicimos referencia en otro lugar. Es precisamente la realización de este principio la que subyace en el comportamiento de todos los seres humanos; pero en más de una cuarta parte de la humanidad, la realización del principio del placer intenta

su consumación por la vía de la experiencia toxicomanígena: Es decir, el **yo** experimenta una sensación de malestar, y de disestar, al comprobar que el medio psicosociocultural en el que vive inmerso no le aporta soluciones a los deseos más profundos, ni satisfacciones a las tendencias más pujantes y angustiosas que emergen a su **conciencia** desde la esfera más íntima, o **inconsciente**, de su propio ser.

El ECLESIASTÉS nos enseña que en esta búsqueda angustiosa y anhelante de la felicidad, su autor tomó la siguiente determinación: *“Propuse en mi corazón agasajar mi carne con vino, y que anduviese mi corazón en sabiduría, con retención de la necedad, hasta ver cuál fuese el bien de los hijos de los hombres, en el cual se ocuparan debajo del cielo todos los días de su vida. Engrandecí mis obras, y edificué para mí casas (heb. Paraísos), y planté en ellos árboles de todo fruto. Me hice estanques de aguas, para regar de ellos el bosque donde crecían los árboles... No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno”⁵⁵*.

Cuando llegamos, en nuestra consideración, a la experiencia que se describe en el primer verso del pasaje que hemos transcrito, nos encontramos con algo que no sólo nos sorprende, sino que desborda cualquier consideración que hubiésemos podido tener o imaginar sobre la vida de su autor: el investigador va a realizar una experiencia importantísima en su propia persona, a la manera como luego, a lo largo de la historia humana, tantos investigadores han sido capaces de probar en sus propios cuerpos la posible idoneidad de su nuevo descubrimiento.

Estas palabras de Salomón contienen las enseñanzas más importantes y avanzadas que hoy conocemos científicamente acerca de los mecanismos más íntimos que acontecen en el

entronque psicosomático del ser humano, y que se devienen en el **punto** que une el **soma** (cuerpo) con la **psique** (alma); es decir, aquellos trastornos bioquímicos que se producen bajo los efectos de sustancias tóxicas, o drogas, que actúan distorsionando el funcionamiento bioquímico cerebral de las personas, y que constituye la razón de ser de por qué una persona que consuma una o varias drogas, durante un tiempo determinado, puede llegar a establecer una dependencia psicológica y física –bioquímica– de las mismas.

En este sentido, llegamos a la conclusión de que el autor de nuestro libro –en su calidad de investigador y experimentador– no solamente comprobó en sí mismo los efectos de las bebidas alcohólicas, sino que **llegó a establecer una dependencia psíquica y biológica de las mismas**. Es una frase que puede resultar para muchos dura y cuestionable, pero que, a la luz del análisis objetivo y desapasionado de los contenidos teológicos revelados en este texto, nos lleva a la conclusión de que el escritor, por decisión propia y meditada, **abocó a una experiencia clínica y psicopatológica de alcoholización**. Como afirmación tan fuerte sobre un personaje de esta entidad –que para mí se pudiera tratar del rey Salomón– no se puede ni se debe de realizar de forma apriorística y gratuita, pasamos al análisis exegético y a la interpretación hermenéutica del texto.

“*Propuse en mi corazón...*” Esta frase nos habla de la determinación consciente del autor de experimentar en su propia persona el efecto toxicomanígeno y hedonístico que se pudiese desprender del consumo, reiterativo y continuado, de bebidas alcohólicas (vino). Desde hace muchísimo tiempo, los diversos investigadores en el campo de las toxicomanías han puesto de relieve que existen drogas que se consumen con la finalidad de alcanzar experiencias de **realización inte-**

lectual (drogas psicoestimulantes: anfetaminas, cocaína, etc.), **afectiva** (derivados de la *cannabis sativa*, tales como la marihuana, el kiffi y la grifa) y **mística o religiosa** (LSD, diversos tipos de *ácidos* y, sobre todo, el alcohol). El alcohol, se diga lo que se diga en una sociedad como la nuestra, es una de las drogas más consumidas por los seres humanos desde las épocas o períodos más antiguos de la Historia. El alcohol etílico, o **etanol**, que todas las bebidas alcohólicas contienen en mayor o menor proporción, se consume con finalidades toxicomanígenas (alienantes), para conseguir estados de mayor inspiración intelectual y también como falsa solución terapéutica a estados afectivos y depresivos, y **para alcanzar una realización espiritual o mística que no se logra en un estado de conciencia vigil**.

La frase “*agasajar mi carne con vino*” refleja la realidad más profunda de los mecanismos bioquímicos subyacentes que se producen para que una persona quede dependiente –**enganchada**– físicamente al alcohol. La traducción más literal del hebreo sería: “Propuse en mi corazón **arrastrar mi carne** (cuerpo) **al vino**”. De entrada, puede parecernos increíble, pero –como ya intenté demostrar en mi obra *ECONOMÍA DE LA MUERTE*⁵⁶ – las obras del rey Salomón que conservamos en la Revelación de Dios (PROVERBIOS y ECLESIASTÉS) constituyen los primeros escritos en la historia de la humanidad que nos descubren, o ponen de manifiesto, que el consumo reiterativo y en determinada cantidad (80 g/día para los varones y 40 g/día para las mujeres) de bebidas alcohólicas puede convertir a un ser humano en un **enfermo alcohólico**, con una dependencia psicológica y bioquímica (somática) a la droga que, por excelencia, se utiliza en el mundo occidental: el alcohol.

Salomón nos expresa en este mismo texto que, al mismo tiempo que las alteraciones bioquímicas que el alcohol iba

produciendo en su cerebro, se devenía en la esfera de su intimidad anímica (en su corazón) una confrontación dialéctica entre la sabiduría y la necesidad (hb. *locura*). La búsqueda de la felicidad por la vía de la realización toxicomanígena no le estaba ayudando a resolver el problema de su gran frustración existencial; dicho de otra manera, la **realización del principio del placer** por medio del consumo de bebidas alcohólicas no le ubicaba sino en el centro de la experiencia ansiosa y dramática de una contradicción que le sumía en el profundo y tenebroso mundo de los trastornos mentales, de la locura. La experiencia que devino en tan peligroso **experimento** consigo mismo, no le sirvió para superar los deseos de felicidad y trascendencia que se demandaban desde los estratos más profundos de su ser; sino que, antes al contrario, concienció su experiencia hedonística-toxicomanígena como una posibilidad de autodestrucción, o de autólisis. Y así lo expresó en alguno de los textos que contiene su profunda obra: *“A la risa dije. Enloqueces; y al placer: ¿De qué sirve esto?”*⁵⁷. *“Y alabé a los finados (según la traducción de algunos eruditos; felicité a los muertos), los que ya murieron, más que a los vivientes, los que viven todavía”*⁵⁸.

Desde mi punto de vista, resulta claro y notorio que la búsqueda atávica del Paraíso perdido no se puede conseguir por la vía del consumo de sustancias toxicomanígenas que, al producir una alteración del estado de la conciencia, permiten que emerja a la misma la vivenciación de paraísos artificiales, en los que se viven y experimentan sensaciones placenteras transitorias, efímeras y alienantes. En realidad, el sentimiento atávico que impulsa a que uno de cada cuatro seres humanos busque el consumo de drogas para repetir en su vida la experiencia que en su día realizara el autor del ECLESIASTÉS –con resultados de frustración moral y espiritual–, no conduce a un

Paraíso verdadero, donde el hombre encuentre respuesta y satisfacción a los interrogantes y demandas más profundos de su ser, sino a la vivenciación de una experiencia tanática que sume al hombre en la concientización que contiene uno de los dichos más populares y trágicos de la experiencia toxicomanígena de los heroínómanos: **¡La esperanza ha muerto!**

Resumámoslo: El consumo de bebidas alcohólicas, y la consiguiente alcoholización de un individuo, no constituye el camino de retorno al Paraíso perdido, sino más bien lleva al caminante a la vivencia autodestructiva del infierno.

Capítulo 7

El tiempo, Dios y el hombre

Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora.

Tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado;

tiempo de matar, y tiempo de curar; tiempo de destruir, y tiempo de edificar;

tiempo de llorar, y tiempo de reír; tiempo de endechar, y tiempo de bailar;

tiempo de esparcir piedras, y tiempo de juntar piedras; tiempo de abrazar, y tiempo de abstenerse de abrazar;

tiempo de buscar, y tiempo de perder; tiempo de guardar, y tiempo de desechar;

tiempo de romper, y tiempo de coser; tiempo de callar, y tiempo de hablar;

tiempo de amar, y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra, y tiempo de paz.

¿Qué provecho tiene el que trabaja, de aquello en que se afana?

Yo he visto el trabajo que Dios ha dado a los hijos de los hombres para que se ocupen en él.

Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y ha puesto eternidad en el corazón de ellos, sin que alcance el

hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin” .

(3:1 a 11)

Hace mucho tiempo que el insigne filósofo español, y rector de la Universidad de Salamanca, Don Miguel de Unamuno afirmó que el libro del ECLESIASTÉS constituía la obra literaria más difícil que se hubiera escrito a través de toda la historia de la humanidad⁵⁹. No sé si estaba en lo cierto tan admirado maestro de la sabiduría, pero mi propia experiencia personal me lleva a pensar que, entre los libros de toda la Revelación de Dios, hay dos que destacan por su profundidad y complejidad: el de JOB y el que estamos estudiando. Por consiguiente —y debo insistir de nuevo en ello—, la exégesis y hermenéutica de ambas obras requiere un gran esfuerzo intelectual, y una ayuda singular y eficiente del Espíritu de Dios, para poder acercarnos al sentido más profundo y auténtico que dichos libros contienen.

Volviendo a centrarnos en nuestras disquisiciones sobre el QOHELET, queremos comenzar manifestando que, de entre los doce capítulos de esta magistral obra, es necesario destacar su capítulo 3. Resultaría muy difícil, por no decir imposible, llegar a realizar una exégesis adecuada y una hermenéutica con sentido teológico si antes no podemos entender sus primeros once versos, con los que hemos abierto nuestro capítulo. Este pasaje constituye un ejemplo extraordinario de la gran erudición, y de maestría en el manejo de la lengua hebrea, que su autor poseía. Aquí se nos revelan, desde la perspectiva de Dios, los más sublimes conceptos sobre **el tiempo, la temporalidad, el hombre y su Creador**.

A través de toda la Escritura se nos va desvelando lo que, hasta la época actual, constituye una de las incógnitas que

han intentado despejar todos los pensadores y científicos que en el mundo han sido: el sentido del tiempo y la trascendencia que su conocimiento pudiera tener para acercarnos a la realidad ontológica y trascendente de la vida.

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento se nos presentan dos aspectos del tiempo: el primero corresponde a su concepción cronológica, y el segundo a una dimensión del tiempo que, aun siendo temporal, no es cronológica. Los términos griegos que corresponden a esta realidad que apuntamos se expresan por los vocablos **kronos** (tiempo cronológico, tiempo histórico) y **kairós** (momento oportuno que se deviene sobre y en el tiempo histórico y metahistórico). En 3:1 nos encontramos precisamente con esa doble concepción temporal: “*Todo tiene su tiempo* (en heb. *eth*: tiempo cronológico), *y todo lo que se quiere debajo del sol tiene su hora* (en heb. *zemán*: momento propicio).

Los eruditos y estudiosos en el campo de la Teología siguen discutiendo si los vocablos **eth** y **zemán** tienen que ser traducidos como lo estamos haciendo nosotros, o justamente al revés. Yo me permito el atrevimiento de mantener la traducción tal y como la he expuesto y, por consiguiente, relacionar **eth** con **kronos** y **zemán** con **kairós**. De esta manera, considero que la exégesis y hermenéutica del tiempo adquieren un sentido teológico más coherente y enjundioso. Que yo conozca, solamente Qoheleth –el predicador– y el gran líder del socialismo científico (*versus* marxismo) chino Mao-Tse Tung⁶⁰ fueron los únicos que, partiendo de experiencias históricas y presupuestos científicos, filosóficos y políticos tan distantes y diferentes, llegaron a la misma conclusión: la vida del hombre se deviene en la Tierra, debajo del sol, como **un conjunto de contradicciones** que constituyen la esencia, inmanencia y trascendencia de la misma. Los versos 2 a 8 expresan,

de forma extraordinariamente clara y paradigmática, ese sentido contradictorio en el que la vida del hombre se realiza desde el punto de vista histórico, biológico, existencial y trascendente.

En estos textos se nos presenta todo el devenir humano vivenciado y enmarcado en sus diversas contradicciones. Se trata de poner de manifiesto los distintos tiempos (un total de catorce) que, con sus antagónicos consiguientes (otros catorce), constituyen la experiencia humana y existencial en la que se deviene nuestra propia realidad. El autor enmarca la vida del ser humano entre *el tiempo de nacer* y *el tiempo de morir*. Sin lugar a dudas, estos dos tiempos constituyen la contradicción básica, fundamental y más importante del devenir existencial de los seres humanos. Entre ambos tiempos, se van ubicando los distintos tiempos que se especifican en este pasaje. Resultaría largo, y prolijo, analizar las diversas contradicciones que se encuentran expresadas en el marco de esta visión temporal que experimentamos, vivenciamos y sufrimos en nuestro devenir histórico, tanto desde el punto de vista biológico como existencial, moral y espiritual.

El concepto de **tiempo** tiene que ver con el concepto de **temporalidad**, en el sentido de que la temporalidad constituye la experiencia existencial de cómo el hombre vivencia sus tiempos a través de las diversas circunstancias y experiencias existenciales de su vida.

Nuestro sabio autor, después de estudiar las distintas contradicciones que constituyen los principales ingredientes y contenidos del devenir histórico, biológico y psicosomático del hombre, llega a la conclusión de que **el ser humano no puede alcanzar una experiencia realizadora y trascendente** por muchos esfuerzos que pudiera hacer para conseguirlo. La dificultad para alcanzarla estriba en que, para lograrla, le es

necesario resolver y trascender la contradicción más importante de este pasaje: *tiempo de nacer y tiempo de morir*. La muerte da al traste con las posibilidades del ser humano para superar de manera realizadora esta contradicción, y la experiencia existencial que el hombre deviene debajo del sol (su experiencia vital) se plasma en la realidad de una confrontación dialéctica entre el instinto de **la vida** (*eros*) y el instinto de **la muerte** (*tanatos*); realidad que le aboca a vivenciar el sentimiento de frustración del que venimos hablando, como un elemento existencialmente ineludible que se acompaña de ansiedad y angustia y, en algunos casos, de verdadera desesperación ante la impotencia para resolver esa contradicción básica y fundamental de la vida humana.

La resolución de esta contradicción **vida-muerte** sólo es posible desde la perspectiva teológica, que nos revela que el sentido último y trascendente de la vida del hombre se esconde en la misma realidad inefable de su Creador.

Capítulo 8

Inmanencia y trascendencia del hombre

Dije en mi corazón: Es así, por causa de los hijos de los hombres, para que Dios los pruebe, y para que vean que ellos mismos son semejantes a las bestias.

Porque lo que sucede a los hijos de los hombres, y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia; porque todo es vanidad.

Todo va a un mismo lugar; todo es hecho del polvo, y todo volverá al mismo polvo.

¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres sube arriba, y que el espíritu del animal desciende abajo a la tierra?

Así, pues, he visto que no hay cosa mejor para el hombre que alegrarse en su trabajo, porque esta es su parte; porque ¿quién lo llevará para que vea lo que ha de ser después de él (3:18 a 22).

Para recoger con mayor exactitud y profundidad el sentido teológico de este pasaje, resulta conveniente ampliar la sección a los versos 16 y 17: *“Vi más debajo del sol: en lugar del juicio, allí impiedad; y en lugar de la justicia, allí iniquidad. Y*

dije yo en mi corazón: Al justo y al impío juzgará Dios; porque allí hay un tiempo para todo lo que se quiere y para todo lo que se hace”.

El libro del ECLESIASTÉS se puede considerar, desde el punto de vista de la Revelación de Dios, como estructurado en tres aspectos, o dimensiones, que de dicha Revelación se explicitan en el mismo: la revelación **psicológica**, la **biológica** y la **sociológica**. De la primera, ya expusimos nuestro pensamiento teológico en capítulos anteriores (**Vanidad de vanidades, Paraísos artificiales y El tiempo, Dios y el hombre**); de la tercera nos ocuparemos en posteriores capítulos. En éste vamos a centrar nuestro pensamiento en lo que, a la luz de la Palabra de Dios, hemos denominado **revelación biológica**.

Al estudiar esta perícopa vemos, una vez más, que el autor vuelve a realizar una hermenéutica de los dos primeros capítulos del GÉNESIS, para hacer una aguda reflexión sobre la realidad circundante y para darnos una gran lección de antropología bíblica. Cuando Qoheleth hace ese análisis crítico de la realidad (insisto: ya sea ésta existencial, biológica, laboral, política, social, jurídica o espiritual), llega a conclusiones parecidas o semejantes, en sus últimas consecuencias⁶¹.

Algunos autores piensan que los versos 16 a 22 forman en sí una pequeña **unidad**. Así, el teólogo Vilchez traduce el 16 de esta manera: *“Otra (lit. “y además”) cosa he observado bajo el sol: en el lugar del derecho, allí la iniquidad; en el lugar de la justicia, allí la iniquidad”*⁶². Por su parte, el exégeta André Barucq lo vierte así: *“Yo he visto también (esto) bajo el sol: En el lugar (donde se sienta) del tribunal, está la maldad; y en el lugar (donde se administra la justicia), el malo”.* Como de pasada, exponemos que estas declaraciones recaen sobre un tema nuevo: **la injusticia arrellenada, en las relaciones humanas**.

Para entrar a realizar con mayor coherencia y rigor bíblico el estudio exegético y la interpretación hermenéutica de nuestro pasaje, donde se trata de la problemática existencial y metafísica de los seres humanos —es decir, su inmanencia y trascendencia—, me parece necesario realizar antes un análisis pormenorizado de los versos 16 y 17.

En el primero, se nos enseña que la magistratura de los tribunales es detentada por los malvados. La frase “*hay un tiempo para todo asunto*” del verso siguiente nos recuerda las afirmaciones fundamentales que en este libro se explicitan en los primeros ocho versos de este capítulo 3. El término “*allí*” del verso 17 corresponde al vocablo hebreo *sam*, y se puede traducir por *también* y por *lugar*; de tal manera que su segunda parte rezaría: “*Hay un tiempo para todo suceso y toda acción ¡allá!*”, como explica R. Gordis⁶³. Por consiguiente, el sentido más coherente de este texto sería: “Pues hay un tiempo para cada asunto, y para cada acción un lugar”. Si el término hebreo *sam* hiciese una referencia al *otro mundo*, el juicio del que se nos habla tendría trascendencia escatológica, y se devendría en una realidad espacio-temporal metafísica. En consecuencia, el juicio de Dios, del que aquí se trataría, podría ser:

a) **Inmanente**, y realizarse en la Historia: en el **devenir** existencial de los seres humanos, antes de la muerte. Para el creyente, Dios es siempre el Señor de la Historia.

b) **Escatológico**: Se trataría, entonces, de un juicio metafísico a realizar en el más allá, y que supone en Qoheleth una fe muy firme en la justicia divina, a pesar de todas las contradicciones que encuentra en su investigación pluridimensional de la vida aquí y ahora.

Una vez esclarecidas estas premisas previas sobre la realidad de la justicia divina, tenga ésta una verificación inmanente

o una expectación trascendente, nos encontramos en condiciones de poder analizar el texto que sigue. Según RV60, lo que se nos revela en 18 a 22 estaría en función de lo que se describe en los dos versos anteriores, que ya hemos considerado; no obstante, cambiaría su sentido si se admitiera la traducción del exégeta Vilchez: “Pensé acerca de los hombres: Dios los prueba y les hace ver que ellos por sí mismos son animales (es decir, seres animados por un alma)”. Si la traducción más exacta del texto fuese ésta, los versos 16 y 17 tratarían el tema de la injusticia social, y el 18 y siguientes el de la relación hombre-bestias.

En 18 y 20 se rebaja el orgullo del hombre al compararlo con los animales, que en la escala filogenética son descritos como **animales superiores**, o seres vivos animados por un alma, y como más cercanos a la realidad antropológica, biológica, vital y existencial del hombre.

Llegados a este punto de nuestro análisis, conviene recordar y tener en cuenta los contenidos del Salmo 8; al mismo tiempo que, desde el punto de vista material y biológico, podríamos hacernos la siguiente pregunta: ¿Cuánto vale un hombre? La respuesta que podríamos dar, a la luz de las palabras de Qoheleth, sería que el valor biológico y material de los seres humanos no estaría por encima de aquel que podrían alcanzar otros seres vivos más cercanos al hombre en la escala filogenética de la vida. ECLESIASTÉS es el único libro de la Revelación de Dios que profundiza en la relación hombre-animal, teniendo en cuenta aspectos morfológicos, estructurales, biológicos y existenciales.

Es el momento de releer nuestro texto: “*Dije en mi corazón: es así, por causa de los hijos de los hombres, para que Dios los pruebe y para que vean que ellos mismos son semejantes a las bestias* (lit. “les hace ver que son animales”). *Porque lo*

que sucede a los hijos de los hombres (en heb. “hijos de Adán”), y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma respiración tienen todos, ni tiene más el hombre que la bestia; porque todo es vanidad”. (En la VM: “ninguna preeminencia tiene el hombre sobre la bestia”; en la NM: “no hay superioridad del hombre sobre la bestia”, y en la BJ: “en nada aventaja el hombre a la bestia”).

Después, leemos que “todo va a un mismo lugar; todo es hecho del polvo, y todo volverá al polvo”. En GÉNESIS se dice del hombre que se convirtió en un ser vivo (*nefesh hyyah*)⁶⁴, exactamente lo mismo que se dice de los animales⁶⁵. Y la misma identidad entre ambos cuando se dice que el hombre tiene aliento de vida (*eshamah hyyim*)⁶⁶ igual que el animal⁶⁷.

A la luz de estos textos, se podría pensar que la Revelación de Dios no sólo no estaría en contra de la Teoría de la Evolución, sino que, por el contrario, la confirma. Personalmente, yo no tendría ningún prejuicio en contra de dicha teoría (o teorías diversas) si se diesen, en relación con la misma, al menos dos presupuestos fundamentales:

1) Que la investigación científica hubiese demostrado, sin lugar a la más mínima duda, que dicha teoría es cierta, y verificable en el devenir filogenético y existencial de todos los seres vivos.

2) Que el estudio teológico de la Revelación bíblica apoyase los descubrimientos verificados en el campo científico.

Hoy en día, desde los conocimientos científicos y teológicos más honestos y rigurosos, no se da ninguno de los dos presupuestos. La Teoría de la Evolución, desde que fue más conocida y divulgada a partir de la publicación, en 1859, de la obra de Charles Darwin *EL ORIGEN DE LAS ESPECIES*, y todas las ulteriores modificaciones que dicha teoría ha experimen-

tado, no han servido más que para demostrar que no constituyen más que **otra** teoría, entre las muchas que se elaboran en el ámbito del estudio científico del origen del ser humano.

El estudio exegético y teológico del capítulo 1 del GÉNESIS descarta la posibilidad de una creación del hombre que se ajuste al sentido y a los argumentos de las teorías clásicas de la evolución de las especies. En ese pasaje encontramos un término hebreo (*bara*) que se traduce por el verbo castellano **crear**⁶⁸. Según el consenso de eruditos, teólogos y lingüistas, *bara* significa que Dios *crea por primera vez algo nuevo y maravilloso*. Por su ubicación en ese primer capítulo de la Biblia, el término no permite, desde el punto de vista exegético y hermenéutico, admitir la posibilidad de una **solución de continuidad** entre los elementos materiales —o cósmicos— desprovistos de vida, la vida en su sentido más primario o vegetativo, la vida manifestada a nivel de los seres vivos llamados **superiores**, en el orden filogenético, y la manifestación extraordinaria, específica y sublime de **la vida del hombre** creado a imagen y semejanza de Dios.

El término hebreo *bara* corresponde a un verbo que tiene el sentido de **cortar la materia**; en consecuencia, no existe ninguna posibilidad de una consideración, desde el punto de vista teológico, que nos permitiese admitir con sentido coherente la denominada Teoría de la Evolución.

No obstante todo lo anteriormente manifestado, resulta evidente que debemos de desprendernos de cualquier actitud fanática que, en nombre de la Revelación divina, pretenda ignorar lo que ella nos enseña; y es evidente que en el pasaje que estamos considerando, Ecl. 3:18-20, Qoheleth establece unas analogías y semejanzas muy serias entre la vida de los animales superiores y la de los seres humanos. Así que, cuando los estudios de anatomía comparada de las diversas

especies nos ponen de manifiesto la existencia de diversas semejanzas entre las mismas y el hombre, esos estudios científicos no están más que confirmando lo que está escrito en la Revelación de Dios desde hace más de 2.500 años.

Si tuviésemos que contestar de una manera clara y concisa al por qué se dan semejanzas anatómicas y fisiológicas, a pesar de que la Teoría de la Evolución no resulta confirmada ni científica ni teológicamente, podríamos responder de una manera obvia, sencilla y clara: **tanto los animales, las bestias o los seres biológicos superiores como el hombre han sido creados de la misma materia, el polvo de la Tierra.** Por consiguiente, si todos han sido hechos de esos mismos elementos materiales, no tiene por qué resultarnos extraño, antilógico e irracional que se manifiesten semejanzas morfológicas y funcionales (fisiológicas).

Hasta aquí hemos estudiado las analogías y semejanzas entre el hombre y los animales; pero nuestro autor plantea el gran problema de la trascendencia del uno y de la intrascendencia de los otros: “¿Quién sabe que el espíritu (en heb *ruah*) de los hijos de los hombres (en heb. *Adam*) sube arriba, y que el espíritu (también *ruah*) del animal desciende abajo a la tierra?”⁶⁹. La palabra *ruah*, que se traduce por **espíritu**, corresponde en griego al término *pneuma*, y en latín al vocablo *spíritus*. Originalmente, ese término hebreo puede traducirse por **viento**, y tiene el sentido del aire que se respira y mediante el cual se aporta a los organismos vivos el oxígeno imprescindible para su vida biológica.

Como Qoheleth explica más adelante, cuando se refiere al principio vital de los animales tiene un sentido inmanente; es decir, que el *ruah* de los animales se agota con su muerte biológica; pero cuando se aplica al hombre, se le da un sentido metafísico y trascendente que no se agota con su muerte bio-

lógica: “No hay hombre que tenga potestad sobre el espíritu para retener el espíritu, ni potestad sobre el día de la muerte; y no valen armas en tal guerra, ni la impiedad librerá al que la posee”⁷⁰; y “... y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio”⁷¹.

En definitiva, los animales y el hombre, como seres donde la vida se manifiesta de manera más elaborada, comparten la inmanencia; pero sólo el hombre, hecho a imagen y semejanza de su Creador, puede vivir y experimentar la trascendencia: “porque el hombre va a su morada eterna”⁷²

Como pensó y escribió André Barucq, “el hombre va hacia su casa de eternidad”⁷³.

Capítulo 9

Sociología de la realidad

La Revelación de Dios se puede contemplar, de forma un tanto reduccionista, como aquel conjunto de conocimientos que nos ponen de manifiesto que el hombre se puede vivenciar a sí mismo proyectándose en dos dimensiones: una vertical, que le permite relacionarse espiritualmente con lo trascendente (Dios), y otra horizontal, en la que deviene dinámicamente su experiencia inmanente (social y humana).

El capítulo 4 del ECLESIASTÉS –al que vamos a introducirnos en este capítulo y que examinaremos más detalladamente en el próximo, en el que transcribiremos todo el pasaje– se ocupa de manera preferente de las diversas circunstancias sociológicas en que el ser humano vive inmerso aquí y ahora. Los textos que vamos a considerar nos ponen de relieve las diversas situaciones laborales, económicas, sociopolíticas y existenciales en las que nos devenimos históricamente

Resulta impresionante que nuestro autor pudiera tener, hace más de 2.500 años, una visión de la realidad tan coincidente con la que se vive en la mayor parte de la Tierra en la época actual.

Qoheleth comienza diciendo: *“Me volví y vi todas las violencias (en heb. opresiones) que se hacen debajo del sol; y he aquí las lagrimas de los oprimidos sin tener quien les consuele;*

y la fuerza estaba en la mano de sus opresores, y para ellos no había consolador”⁷⁴.

La lectura de este texto no puede por menos que traer a nuestra memoria el denominado MANIFIESTO COMUNISTA que Carlos Marx, fundador del Socialismo Científico conjuntamente con Friederich Engel, publicó en 1848. En múltiples ocasiones he venido insistiendo, tanto en mis conferencias como en mis escritos⁷⁵, en que la Revelación de Dios contenía anticipadamente los elementos básicos que han constituido la infraestructura ideológica de los diferentes sistemas, tanto filosóficos como sociopolíticos, que se han venido desarrollando a lo largo de la Historia. Si el pueblo de Dios se hubiera realizado históricamente con una voluntad decidida de plasmar en la praxis los deseos de Dios contenidos en su Revelación, la historia del mundo hubiera sido otra. De manera muy especial, el Cristianismo tuvo la gran oportunidad de poner en práctica contenidos fundamentales del Reino de Dios, pero las diversas influencias peristáticas (el medio sociocultural, socioeconómico, sociorreligioso y psicosocial) le desviaron de su verdadera vocación.

La religiosidad, en su sentido más peyorativo, ocupó y sigue ocupando el centro de atención de las iglesias. Se espiritualiza el Evangelio, y se ofrece a los seres humanos una salvación que opera exclusivamente en el ámbito de lo anímico y pneumático. De manera más concreta, en el marco del campo evangélico español –que es para mí el más cercano y, por tanto, el que más me duele– se está produciendo una evolución ideológica más que preocupante.

Durante más de cien años, y a partir de lo que se conoce en España como la *Segunda Reforma*, nos hemos venido denominando **cristianos evangélicos**, con la intención de diferenciarnos de otras denominaciones que también asumen,

cada una a su manera, el nombre de cristianas. Nos hemos distanciado de manera clarísima de la Iglesia Católica Romana y también, en el ámbito de las denominaciones más importantes, del cristianismo protestante (reformado). Hoy en día, cuando vamos tomando conciencia de nuestra falta de **sentido de identidad**, y, con el pretexto de recuperar la personalidad perdida como pueblo de Dios, estamos empezando a reconsiderar cuál debe de ser, desde el punto de vista semántico, nuestra denominación.

Tengo la impresión de que muchos consideran que, ante el escándalo y desprestigio que las actuaciones de algunos colectivos evangélicos están dando del verdadero cristianismo, sería mejor presentarnos ante nuestra sociedad como protestantes; de esta manera, se piensa que podremos recuperar el sentido de nuestra identidad histórica y volver a las verdaderas fuentes de nuestro origen. Bueno sería que, de una vez por todas, dejásemos a un lado la fantasía elucubradora de que nuestras iglesias suponen un **continuum** ideológico y doctrinal con las comunidades y asambleas novotestamentarias.

Sin duda alguna, somos hijos de la Reforma del siglo XVI; pero si asumir esta realidad histórica se concretiza exclusivamente en levantar nuestro estandarte con el nombre de **Protestantes**, sin romper con el sentido de religiosidad y de tradicionalismo que han ido suplantando a lo largo de tiempo la verdadera doctrina del Evangelio, no habremos hecho más que dar un paso que nos definirá, en la Historia y ante Dios, como un **pueblo religioso** que ha invalidado con sus tradiciones la verdadera Palabra de Dios.

Volviendo al tema del capítulo 4, debiéramos de tomar conciencia de que nuestro compromiso –como creyentes– ante el mundo debe de trascender lo anímico y espiritual, para devolverle al Evangelio la gran dimensión social que sus

contenidos fundamentales conllevan. El apóstol Pablo nos enseña que *“somos hechura suya (lit. cosa de su hacer), creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”*⁷⁶. En este sentido, conviene que volvamos a considerar la traducción de 4:1 en algunas otras versiones. Por ejemplo, La versión Nuevo Mundo (NM) lo traduce así: “Y yo mismo me volví para poder ver **todos los actos de opresión** que se están haciendo bajo el sol, y ¡mira! las lágrimas de los que están siendo **oprimidos**, pero que no tenían consolador; y de parte de sus **opresores** había **poder**, de modo que no tenían consolador”. Asimismo, resulta interesante la traducción de André Barucq: “He aquí para las lágrimas de los oprimidos no hay consolador; y **para el poder de sus poderosos opresores no hay liberador**”.

Sin duda alguna, desde el punto de vista de este texto, la visión sociolaboral y existencial de los seres humanos es pesimista. ¡Como que no hay esperanza!

La Historia es testigo fiel de que los diversos movimientos ideológicos redentores; es decir, **liberadores y gestores de la emancipación de los oprimidos** (“¡proletarios del mundo entero, uníos!”), han terminado convertidos en sistemas totalitarios y esclavizadores; y su devenir ideológico se orienta en nuestros días hacia una conversión descarada a los principios alienantes y materialistas del denominado neoliberalismo capitalista. Dicho en otras palabras: en el mundo, los ricos y poderosos aumentarán su riqueza y su poder en la medida que van expropiando a la mayor parte de la humanidad, que vive en la indigencia y en la penuria económica y social más precaria y alienante.

Es quizá por este hecho histórico e incontrovertible que nuestro autor plasma en las páginas de su extraordinaria obra

lo siguiente: *“Y alabé yo a los finados, (lit.= felicité a los muertos) los que ya murieron, más que a los vivientes, los que viven todavía. Y tuve por más feliz que unos y otros al que no ha sido aún, que no ha visto las malas obras que debajo del sol se hacen”*⁷⁷. En consecuencia, Qoheleth, al analizar la realidad psicosocial, socioeconómica y sociolaboral de los seres humanos, y tomar conciencia de que la mayoría de los mismos viven bajo la opresión y la explotación más abyecta y degradante, termina proclamando una vez más lo que es la tesis fundamental de su obra: *“Todo esto es vanidad y aflicción de espíritu”*

Lo que resta de este capítulo 4 se refiere a posibles soluciones que resuelvan la pobreza en la Tierra de esa mayoría de seres oprimidos que malviven en una situación de flagrante injusticia, desposeídos de los más elementales derechos humanos.

Como en su momento comentaremos, sólo el establecimiento pleno del Reino de Dios sobre las naciones permitirá que *“los pobres sean juzgados con justicia”*⁷⁸. Nos resta ahora que todos los cristianos, que vivimos esperando la manifestación gloriosa de aquel que dijo: *“Volveré otra vez”*⁷⁹, hemos de concienciarnos de que nosotros ya vivimos en el marco del Reino de Dios, y de que la voluntad salvífica del Señor es que nuestro servicio y vocación cristiana colabore, en la medida de nuestras posibilidades, a que ese **ya, pero todavía no** del eminente teólogo Oscar Cullman⁸⁰ se vaya plasmando en nuestro testimonio cotidiano.

Capítulo 10

El trabajo como medio de realización del ser humano

“Me volví y vi todas las violencias que se hacen debajo del sol; y he aquí las lágrimas de los oprimidos, sin tener quien los consuele; y la fuerza estaba en las manos de sus opresores, y para ellos no había consolador. Y alabé yo a los finados, los que ya murieron, más que a los vivientes, los que viven todavía.

Y tuve por más feliz que unos y otros al que no ha sido aún, que no ha visto las malas obras que debajo del sol se hacen.

He visto asimismo que todo trabajo y toda excelencia de obras despierta la envidia del hombre contra su prójimo. También esto es vanidad y aflicción de espíritu.

El necio cruza sus manos y come su misma carne.

Más vale un puño lleno con descanso, que ambos puños llenos con trabajo y aflicción de espíritu.

Yo me volví otra vez, y vi vanidad debajo del sol.

Está un hombre solo y sin sucesor, que no tiene ni hijos ni hermanos; pero nunca cesa de trabajar,

ni sus ojos se sacian de sus riquezas, ni se pregunta: ¿Para quién trabajo yo, y defraudo mi alma del bien? También esto es vanidad y duro trabajo.

Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante.

También si dos durmieren juntos, se calentarán mutuamente; mas ¿cómo se calentará uno solo?

Y si alguno prevaleciere contra uno, dos le resistirán; y cordón de tres dobleces no se rompe pronto.

Mejor es el muchacho pobre y sabio, que el rey viejo y necio que no admite consejos;

porque de la cárcel salió para reinar, aunque en su reino nació pobre. Vi a todos los que viven debajo del sol caminando con el muchacho sucesor, que estará en lugar de aquél.

No tenía fin la muchedumbre del pueblo que le seguía; sin embargo, los que vengan después tampoco estarán contentos de él. Y esto es también vanidad y aflicción de espíritu.

(4:1 a 16).

El tema del trabajo constituye una problemática fundamental en el devenir existencial e histórico de los seres humanos. Desde GÉNESIS a APOCALIPSIS, toda la Revelación de Dios se ocupa de la problemática sociolaboral como un elemento de la mayor importancia en la vida de los hombres. Desde las primeras páginas de la Biblia hasta las últimas, nos vamos encontrando la visión de Dios sobre el trabajo como medio de subsistencia, de realización o de alienación de la humanidad.

El libro del ECLESIASTÉS es de los que más se preocupa, de manera primordial y fundamental, de la importancia que este tema tiene en el quehacer biográfico de la experiencia humana e intrahistórica que se da en la experiencia existencial de los hombres. En su capítulo 4 nos presenta, de manera magistralmente expuestas, las realidades socioeconómicas, sociolaborales, sociopolíticas y psicosociales que se relacionan con el trabajo. Realizando una exposición esquemática de su contenido, abocamos a la conclusión de que en la historia laboral de los seres humanos se han ido produciendo y concientizando varias fases evolutivas:

Primera fase: *Opresores y oprimidos.*

Segunda: *La competitividad por el éxito, y la envidia que genera.*

Tercera: *Dos posturas ante el trabajo: la vagancia y la ansiedad.* (Ver también Pr. 6:6 a 11 y 24:30 a 34.)

Cuarta: *La solidaridad de los trabajadores.*

Quinta: *La evolución y el cambio del sistema político.*

En el capítulo anterior, ya expuse mi análisis exegético y mi interpretación hermenéutica sobre la primera de estas fases; y no voy a ir más allá. Nos vamos a ocupar ahora de las otras cuatro.

En cuanto a la segunda, leemos: *“He visto asimismo que todo trabajo y toda excelencia de obras despierta la envidia del hombre contra su prójimo. También esto es vanidad y aflicción de espíritu”*⁸¹. La competitividad en el trabajo es una realidad insoslayable que se da en las interrelaciones de los seres humanos en sus actuaciones sociolaborales. Hoy más que nunca, los diversos sistemas educativos en lo que se viene llamando **primer mundo**, no están elaborados y orientados para favorecer una relación fraternal y solidaria entre los trabajadores; sino, más bien, tienen como meta y finali-

dad formar a los hombres y a las mujeres **para que sean competitivos**; o dicho de otra manera, se les forma para que vean en el otro al competidor al que es preciso superar y derrotar en la lucha agónica por la subsistencia cotidiana. Así, el hombre ha dejado de ser un amigo para el hombre, y se ha convertido en un depredador social cuya realización consiste en alcanzar las cotas de bienestar socioeconómico más elevadas, **caiga quien caiga**. Se dice que, entre todos los pecados más frecuentes de los españoles, la envidia ocupa el primer lugar.

En relación a la tercera fase, conviene matizar algunos aspectos de la misma. En primer lugar, resulta conveniente recordar el texto mismo: *“El necio cruza sus manos y come su misma carne (en heb, se devora a sí mismo). Más vale un puño lleno con descanso que ambos puños llenos con trabajo y aflicción de espíritu. Yo me volví otra vez, y vi vanidad bajo el sol. Está un hombre solo y sin sucesor (en heb. lit, sin segundo), que no tiene hijo ni hermanos; pero nunca deja de trabajar, ni sus ojos se sacian de sus riquezas, ni se pregunta: ¿Para quién trabajo yo, y defraudo mi alma del bien? También esto es vanidad, y duro trabajo”*⁸².

Llegados a este punto, nos conviene tener en cuenta que el término **trabajo** se encuentra citado varias veces en el ECLESIASTÉS y en algunos libros del Nuevo Testamento. En 1:3 y 3:9, este vocablo hebreo se puede traducir por *fatiga* (RV77), por *afán* (VM) o por *fatigoso afán* (BJ). La Septuaginta utiliza el mismo verbo griego para *trabajo* y *afán*; y tiene los significados siguientes: *afanarse, trabajar, fatigarse, atormentarse, padecer y sufrir, o soportar penosamente* (abarcando el concepto de miseria y pena, cárceles, etc.). En su acepción de *sufrir*, el término hebreo-griego que se utiliza para *trabajo* también se puede llegar a traducir por *ansiedad*.

En definitiva, la Biblia en general, y el libro de nuestro Qoheleth en particular, nos llevan a la siguiente conclusión: **No se aprueba ni la vagancia ni la drogadicción al trabajo.**

Hoy en día, a la consulta de los especialistas en el campo de la salud mental acuden dos tipos de personas que presentan un síndrome depresivo: están aquellas que padecen una depresión por la falta de trabajo (lo que podríamos interpretar como una de las consecuencias psicopatológicas más importantes del paro laboral) y aquellas que la presentan porque han establecido una dependencia psicológicamente patológica en relación con su trabajo; dicho de otra manera, para estas personas el trabajo se ha convertido en una droga, han establecido una dependencia mental y biológica (bioquímica o física) del mismo. Se trata, en fin, de unos seres humanos que **no trabajan para vivir, sino que viven para trabajar.**

EL resultado de cualquiera de las dos posiciones conduce a los seres humanos a una situación de alienación, angustia, ansiedad y frustración existencial. La consecuencia última de todo este devenir psicopatológico es aquella que nos lleva a vivir una experiencia existencial de **no realización.**

La cuarta fase queda explicitada en los siguientes versos: *“Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo (en heb lit, sucesor) que lo levante. También si dos durmieren juntos, se calentarán mutuamente; mas ¿cómo se calentará uno solo? Y si alguno prevaleciera contra uno, dos le resistirán; y cordón de tres dobleces no se rompe pronto”⁸³.*

Estos textos vienen a hablarnos de la solidaridad necesaria que se debe de dar entre los trabajadores, frente a aquellos para los que trabajan. Resulta sorprendente que, tantos siglos antes de Jesucristo, el autor de nuestro libro pudiese tener

una visión de la realidad socioeconómica y sociolaboral, no solamente de la época en la que vivió, sino de la que, en el futuro, se iba a ir deviniendo en la historia de los seres humanos en relación con el trabajo.

Considero que estos textos contienen los elementos esenciales que en el siglo XIX, y como consecuencia de la aparición, primero, del Socialismo Utópico (movimiento sociopolítico y sociolaboral que se dio, principalmente, en Francia e Inglaterra, y cuyos autores eran en su mayoría cristianos que partieron de presupuestos bíblicos para la elaboración de su ideología), y posteriormente del Socialismo Científico (marxismo), dieron lugar a la organización sindical de la clase trabajadora (Unión Sindical), para defender sus derechos inalienables —concedidos por Dios a los seres humanos para dignificarlos— frente a la explotación capitalista que trajo como consecuencia la denominada Revolución Industrial. Dicha revolución fue llevada adelante en el marco de una política liberal que, traicionando los principios básicos de la Revolución Francesa (1789) en los que se apoyaba —libertad, igualdad y fraternidad—, terminó conculcando los más elementales derechos humanos de la clase trabajadora, dando lugar a la creación del *proletariado*, que tenía que devenir su existencia vital en unas condiciones infrahumanas. La explotación del sistema capitalista abarcaba a niños, adolescentes y mujeres.

Fue así como se fueron creando los barrios marginales en las afueras de las principales ciudades, y las grandes bolsas de pobreza en las que vivían inmersos la mayoría de los seres humanos. En este marco, la contraseña ideológica —fundamentada en los principios del Socialismo Marxista— “¡Proletarios del mundo entero, uníos!” pretendía llevar a la realidad social, económica, moral y espiritual el famoso dicho *La unión hace la fuerza.*

Finalmente, la quinta fase pone de relieve las consecuencias inevitables que provoca un sistema totalitario, autocrático y oligárquico, tanto en el terreno sociolaboral como socioeconómico y sociopolítico. La única alternativa que le queda a “*las lágrimas de los oprimidos*”⁸⁴ es la **acción revolucionaria**, con la finalidad de cambiar el sistema político hegemónico y deponer sus superestructuras. Esta realidad sociohistórica es la que se menciona en los últimos versos de este capítulo 4: *“Mejor es el muchacho pobre y sabio, que el rey viejo y necio que no admite consejos; porque de la cárcel salió (en heb, aunque haya salido) para reinar, aunque en su reino nació pobre. Vi a todos los que viven debajo de sol caminando con el muchacho sucesor (en heb, sheni, término que designa al segundo del reino, al aspirante al trono), que estará en lugar de aquél. No tenía fin la muchedumbre del pueblo que le seguía; sin embargo, los que vengan después tampoco estarán contentos con él. Y esto es también vanidad y aflicción de espíritu”*.

A la luz de los acontecimientos sociopolíticos, sociolaborales, socioeconómicos y psicosociales que se han venido viniendo a lo largo de la historia humana, no podemos ser muy optimistas, en el sentido de confiar en los diversos sistemas y filosofías de gobierno que los hombres han venido elaborando, e intentando poner en práctica, para transformar un sistema social injusto, arbitrario y alienante en otro donde la justicia social, la fraternidad, la libertad y la igualdad constituyesen los principios inalienables que permitiesen a los seres humanos conseguir una verdadera realización a nivel personal, familiar y social. La conclusión de todo lo anteriormente expuesto brota inevitable: **“El poder corrompe, y los oprimidos pueden convertirse en opresores”**.

Todo el capítulo 4 nos recuerda, de manera muy especial, la historia del proletariado, de la revolución industrial del

siglo XIX, del nacimiento del socialismo utópico y del científico, de las diversas revoluciones sociopolíticas acontecidas con posterioridad y de la degradación ideológica y praxica de la Utopía.

Los seres humanos hemos ensayado todos los sistemas posibles de carácter político, social, moral y espiritual, y hemos fracasado en nuestro intento de transformar un mundo desestructurado por el pecado en un paraíso donde nuestra realización individual y colectiva fuera posible. Tomando una frase de la filosofía yonqui, y aplicándola a la realidad en la cual vivimos inmersos, tendríamos que decir que *“la esperanza ha muerto”*, años 60 a 70. Sólo queda una esperanza posible: el establecimiento pleno sobre esta Tierra, y a nivel cósmico, del Reino de Dios en la segunda venida del Señor Jesucristo. Hasta que no venga el verdadero Libertador⁸⁵, los hombres, las familias, los pueblos y las naciones no podrán disfrutar ni de libertad ni de liberación.

En definitiva, el cristianismo sigue siendo la alternativa, la esperanza y la última y definitiva Revolución pendiente.

Capítulo 11

La gracia barata

“Cuando fueres a la casa de Dios, guarda tu pie; y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no saben que hacen mal.

No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras.

Porque de la mucha ocupación viene el sueño, y de la multitud de las palabras la voz del necio.

Quando a Dios haces promesa, no tardes en cumplirla; porque él no se complace en los insensatos. Cumple lo que prometes.

Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas.

No dejes que tu boca te haga pecar, ni digas delante del ángel, que fue ignorancia. ¿Por qué harás que Dios se enoje a causa de tu voz, y que destruya la obra de tus manos?

Donde abundan los sueños, también abundan las vanidades y las muchas palabras; más tú, teme a Dios

(5:1 a 7).

Con estas enseñanzas, el Predicador pudiera dar la impresión de que se está posicionando en una actitud legalista de carácter radical; pero a lo largo del libro no podemos encontrar base alguna para afirmar que esté pensando en una justificación del ser humano delante de Dios por medio del cumplimiento de las obras de la Ley (los Diez Mandamientos).

El texto masorético, la BJ y la NBE colocan el primer verso de este capítulo 5 como el último del anterior; y asimismo ocurre con la traducción que del hebreo realiza André Barucq. Ante este hecho lingüístico, que se conforma a los textos originales más antiguos, no podemos eludir el siguiente interrogante: ¿Por qué: quizás era debido al hecho de que, al no encontrar solución humana a su realización inmanente, los pensamientos del hombre le conducen a buscarla en Dios?

El porqué, que se desprende de los textos anteriores, ¿es una amonestación a las superestructuras de poder que acuden al Templo de Dios a lavar las manchas que ensucian su conciencia? En realidad, los versos que hemos transcrito en este capítulo constituyen un serio llamamiento al compromiso que cada uno de nosotros adquiere cuando decide seguir al Señor Jesucristo de tal manera que se vaya realizando, en el devenir práctico de nuestra vida, la voluntad de Dios. Fue Jesús de Nazaret quien, haciendo referencia a lo que se demanda como contenidos vinculantes de nuestra vocación cristiana, afirmó: *“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame”*⁸⁶.

La enseñanza de Qoheleth y la de Jesús de Nazaret coinciden en que entender la vivenciación –y la consiguiente realización práctica– de nuestra relación con Dios como un sistema religioso constituye un verdadero obstáculo, no sólo para nuestra realización trascendente, sino también para impedirle en el aquí y ahora de nuestra vida cotidiana.

La concepción del cristianismo como un sistema ideológico, en el marco del cual se nos ofrece **una salvación** “por pura gracia”, ha abocado en el discurrir de la Historia a realizar una proclamación kerygmática del Evangelio meramente teórica y espiritualizada. Dicho de otra manera: en la mayoría de las iglesias se predica una salvación exclusivamente para las almas de las personas, y no para las personas en todos los aspectos estructurales, vivenciales y dinámicos de la globalidad antropológica de su ser. Por consiguiente; este tipo de predicación reduccionista presenta, en tantas ocasiones, una salvación anímica que secuestra al Evangelio del Reino gran parte de sus contenidos más esenciales: su dimensión humana, social, económica, laboral y política. El carpintero de Nazaret, como el Hijo de Dios hecho hombre, apareció en un momento decisivo y decisorio de nuestra Historia para revelar a los hombres los contenidos del Reino de Dios, que suponen la única alternativa posible, no sólo para la salvación integral de cada persona, sino para la solución radical y definitiva de todos los problemas de las familias, de los pueblos y de las diferentes etnias y nacionalidades, así como de la desestructuración amártica del Universo.

André Barucq traduce la última parte de 5:1 de la siguiente manera: “Los necios que no saben más que hacer el mal”, traducción que nos acerca con un sentido más crítico a la verdadera enseñanza que encontramos en nuestro texto.

Podríamos decir que en la concepción de nuestro autor se daba, y se debiera de seguir dando, una verdadera correspondencia y corresponsabilidad entre el culto sincero a Dios y nuestra participación en la vida real, en medio de la comunidad cristiana a la que pertenecemos y también de la sociedad en la que vivimos inmersos. Hoy, más que nunca, se necesitan hombres y mujeres que, habiendo concientizado lo

que supone nuestro compromiso cristiano, levanten sus voces en medio del pueblo de Dios para denunciar proféticamente los sacrificios y holocaustos vanos, y para poner de manifiesto —o de relieve— todas clase de pecados e injusticias que se pretenden ocultar con una falsa religiosidad, que sólo sirve a los intereses egoístas y ególatras de los hombres que, con sus actitudes, “*detienen (gr, reprimen) con injusticia la verdad*”⁸⁷.

El devenir kerygmático de esta religiosidad morbosa, represora y oscurantista convierte el testimonio cristiano en una realidad teórica que nada aporta para ayudar a los seres humanos en sus múltiples y acuciantes necesidades. Fue el gran teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer quien puso de manifiesto —en mi criterio personal, de manera más clara que ninguna persona a lo largo de la historia de la Iglesia— la inutilidad de predicar un Evangelio que sólo tiende a provocar experiencias emocionales e intimistas, y que carece de capacidad alguna para modificar la realidad sociohistórica, socioeconómica y psicosocial de los seres humanos. “**La gracia barata es el enemigo mortal de nuestra Iglesia. Hoy combatimos en favor de la gracia cara**”⁸⁸.

Como correlato a estas palabras de ese insigne hombre de Dios y ministro de Cristo, destacamos las últimas de nuestro pasaje: “*Donde abundan los sueños* (en heb, *ensueños*), *también abundan las vanidades* (en heb, *decepciones, absurdos, etc.*) *y las muchas palabras; mas tú, teme a Dios*”. Es decir, la realización religiosa que se pudiera dar meramente en la esfera de la intimidad de un ser, corre el peligro de ser vivenciada y devenida como una experiencia de vanidad. La **gracia barata** es aquella que estrangula la dimensión inefable de nuestra vocación cristiana. Dios nos salva de pura gracia para que, renunciando a las demandas egolátricas de nuestro yo, permitamos que desde nuestra esfera más íntima asciendan

al campo de nuestra conciencia los deseos de eternidad que Dios mismo colocó en el centro de nuestro corazón⁸⁹.

En palabras y conceptos del gran médico y psiquiatra Victor Frank, “permitamos que la presencia ignorada de Dios, que habita en lo más íntimo de nuestro ser, ascienda al campo de nuestra conciencia, y que todos y cada uno de los contenidos del Reino de Dios tomen posesión de nuestra persona y se refleje en todos y cada uno de los momentos existenciales de nuestra vida”⁹⁰.



Capítulo 12

Dios y las riquezas

Si opresión de pobres y perversión de derecho y de justicia vieres en la provincia, no te maravilles de ello; porque sobre el alto vigila otro más alto, y uno más alto está sobre ellos.

Además, el provecho de la tierra es para todos; el rey mismo está sujeto a los campos.

El que ama el dinero, no se saciará del dinero; y el que ama el mucho tener, no sacará fruto. También esto es vanidad.

Cuando aumentan los bienes, también aumentan los que los consumen. ¿Qué bien, pues, tendrá su dueño, sino verlos con sus ojos?

Dulce es el sueño del trabajador, coma mucho, coma poco; pero al rico no le deja dormir la abundancia.

Hay un mal doloroso que he visto debajo del sol: las riquezas guardadas por sus dueños para su mal; las cuales se pierden en malas ocupaciones, y a los hijos que engendraron, nada les queda en la mano.

Como salió del vientre de su madre, desnudo, así vuelve, yéndose tal como vino; y nada tiene de su trabajo para llevar en su mano.

Este también es un gran mal, que como vino, así haya de volver. ¿Y de qué le aprovechó trabajar en vano?

Además de esto, todos los días de su vida comerá en tinieblas, con mucho afán y dolor y miseria.

He aquí, pues, el bien que yo he visto: que lo bueno es comer y beber, y gozar uno del bien de todo su trabajo con que se fatiga debajo del sol, todos los días de su vida que Dios le ha dado; porque esta es su parte.

Asimismo, a todo hombre a quien Dios da riquezas y bienes, y le da también facultad para que coma de ellas, y tome su parte, y goce de su trabajo, esto es don de Dios. Porque no se acordará mucho de los días de su vida, pues Dios le llenará de alegría el corazón.

(5:8 a 20)

Qoheleth continúa analizando la realidad existencial de los seres humanos, teniendo en cuenta el contexto sociohistórico, sociolaboral, socioeconómico y psicosocial en que la misma se deviene. El contenido y desarrollo argumental de este pasaje nos lleva, inapelablemente, al pensamiento central que el mismo Jesús de Nazaret manifestó en lo que venimos denominando como el Sermón de la Montaña, Mateo capítulos 5,6 y 7, y que en realidad no es otra cosa que el articulado trascendental y trascendente de lo que yo considero los contenidos esenciales del Reino de Dios.

El evangelista Mateo, que es quien nos explicita de manera más amplia dichas enseñanzas, escribe: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín (en gr, herrumbre) corrompen (en gr, desfigurar, oscurecer), y donde ladrones

minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón... Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá (en gr, odiará) al uno y amará al otro, o estimará (en gr, se adherirá) al uno y menospreciará (en gr, desdeñará) al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas (en gr, Mamón: dios de las riquezas)”.

El análisis sociológico de nuestro pasaje pone de manifiesto la estructura y el funcionamiento social de lo que, a partir de la Revolución Industrial del siglo XIX, se conoce como **sistema capitalista**. Dicho sistema aparece en ECLESIASTÉS como estructurado de manera piramidal. El primer verso de nuestro pasaje se traduce, con algunas variaciones, del siguiente modo en otras versiones: “Si vieres la opresión de los pobres y la perversión de juicio y de justicia en alguna provincia, no te turbes a causa de ello; porque sobre el alto otro más alto vigila, y *sobre ellos el Altísimo*” (VM); “... porque por encima del grande hay otro más grande que vela, y encima de ambos otro mayor” (NC); “Si en la región ves la opresión del pobre y la violación del derecho y de la justicia, no te asombres por eso. Se te dirá que una dignidad vigila sobre otra dignidad, y otras más dignas sobre ambas” (BJ).

Queda claro que para que el sistema capitalista funcione es necesario que se den determinadas situaciones sociohistóricas, sociopolíticas y socioeconómicas. En la explicitación que del mismo se nos da en este texto, la punta de la pirámide social la constituye una realidad oligárquica y autocrática en la que se concentra el poder político y económico: son los soberanos despóticos que representan la dictadura del **uno sobre todos los demás**. En los sistemas democráticos actuales, donde el sistema capitalista es hegemónico, el autócrata es

sustituido por un conjunto de personas que, supuestamente elegidas por sufragio universal, acaparan el poder y la riqueza para plasmar en la realidad **la voluntad del pueblo**, dado que en estos sistemas las Constituciones que contienen la Ley Suprema por la que se rigen los gobiernos de las naciones reconocen, en la letra, que **la soberanía reside en el pueblo**.

En el devenir ético-político de la Historia se ha podido constatar que los diversos sistemas políticos, por muy idealistas que en principio pudiesen parecer, terminan corrompiéndose cuando alcanzan el poder; y, entonces, el resultado de su gestión redundará en perjuicio del pueblo al que dicen representar legítimamente, cuando no argumentan que su legitimidad les viene dada por el mismo Dios. **El poder corrompe, y además corrompe siempre**. Los sistemas oligárquicos, monopolistas y autocráticos representan, socioeconómicamente, la explotación del hombre por el hombre y favorecen que la riqueza se concentre en muy pocas manos, mientras que la pobreza se extiende permanentemente hacia los más y tiende a universalizarse. Como dice el verso 10, “*el que ama el dinero, no se saciará de dinero*”.

También en el Nuevo Testamento este problema está claro. *El apóstol Pablo escribe: “Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias (en gr, deseo, apetito, pasión) necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores”*²¹

El verso siguiente de nuestro pasaje (el 9) pone de manifiesto el principio fundamental, establecido por Dios mismo al crear la Tierra, de que **los medios de producción del trabajo constituyen un bien y una propiedad colectiva**. Muchos siglos después, el Socialismo Utópico (anoto, de nuevo, que nació

de principios contenidos en la misma Revelación de Dios) y posteriormente el Socialismo Científico, o marxismo, venían a confirmar la aseveración de las palabras de Qoheleth cuando asentaba un principio socioeconómico y sociopolítico fundamental para que la distribución de la riqueza, generada por la fuerza del trabajo (los brazos de los trabajadores) se realizara de una manera justa y equitativa: **La tierra es para el que la trabaja**. Esta aseveración expresa de forma clara los contenidos del verso 9, porque en él se encuentra el pensamiento de Dios en cuanto a la relación del hombre con los medios de producción. El trabajo genera la riqueza necesaria e imprescindible para que los seres humanos puedan satisfacer sus necesidades básicas e irrenunciables.

En esta relación del hombre con los medios de producción, Qoheleth implica también a las autoridades: *“El provecho de la tierra es para todos, el rey mismo está sujeto a los campos”*. Es más que notoria la última frase, porque a lo largo de la Historia las estructuras de poder, tantas veces aliadas con el poder fáctico-religioso, han venido suponiendo que el rey —o las superestructuras que lo representen— tienen el derecho legítimo de exigir lo contrario de lo que este texto bíblico expresa; esto es, “que es el campo —y por consiguiente la fuerza de trabajo que actúa sobre este medio de producción— el que está al servicio del rey”. La última parte de este verso se traduce de la siguiente manera en la RVA: “Pero en todo es provechoso para un país que el rey esté al servicio del campo”

Para nuestro autor, los que ejercen autoridad tienen que estar bajo autoridad. En los gobiernos de los pueblos, la corrupción comienza en las altas esferas: cuando mayor es la posición, mayor es la tentación a corromperse. Esta aseveración implica, principalmente, a las esferas políticas y religiosas de un país.

Siguiendo con la exégesis de nuestro pasaje, llegamos a los versos 11 a 17, donde se ponen de manifiesto las desastrosas y nefastas consecuencias de la aplicación brutal y depredadora del sistema capitalista, cuando el mismo se aplica sociolaboralmente a las relaciones de producción de los seres humanos. Qoheleth dice aquí, claramente, que *“cuando aumentan los bienes (el capital), también aumentan los que los consumen. ¿Qué bien, pues, tendrá su dueño sino verlo con sus ojos?”*. La fuerza del trabajo genera riqueza, pero los trabajadores reciben sólo una pequeña parte de la misma; el resto de la riqueza generada (la plusvalía) pasa directamente a engrosar las arcas del dueño de los medios de producción: el capitalista. Al aumentar de manera constante el número de las personas en una familia, ocurre que sus medios de subsistencia, dependientes del salario de los que trabajan, siguen siendo los mismos. La consecuencia directa de este hecho indiscutible es la generación de pobreza en el mundo.

Los versos 13 al 15 se suelen interpretar, de manera tradicional, realizando una hermenéutica que viene a llevarnos a la conclusión de que en estos textos se está hablando de la avaricia a nivel individual. Esta interpretación tradicionalista está influida y condicionada por el sistema sociopolítico y socioeconómico dominante: en nuestros días, el capitalista y neocapitalista de los pueblos y de las naciones del denominado **primer mundo o mundo del bienestar**.

A la vista de la realidad sociolaboral en la cual vivimos inmersos, creo que sería conveniente entender que *“las riquezas guardadas por sus dueños para su mal”* no son aquellas que una persona guarda en los lugares más insospechados de manera avariciosa y neuróticamente compulsiva, sino el capital que supone la mayor parte de la plusvalía generada por la clase trabajadora, cuando ese capital no se invierte para

seguir creando riqueza y favorecer así la posibilidad de nuevos puestos de trabajo.

Aunque es a la teología calvinista a la que se achaca, de manera rigurosa e implacable, el haber implantado la estructura ideológica del sistema capitalista, debemos de recordar aquí que en pleno siglo XVI, y desde el púlpito de la Catedral de Ginebra, el gran pensador, teólogo y hermano Juan Calvino clamaba que “constituye una situación injusta, onerosa y denigrante que un ser humano no tenga un puesto de trabajo dignamente retribuido”⁹²

Son estas riquezas guardadas las que descapitalizan “a los hijos que engendraron” y siembran la tierra de pobreza, injusticia y muerte. De esta manera, el *trabajador* (la voz hebrea, *oved*, designa a todo hombre asalariado que está al servicio de otro, y tendría también el sentido de *servidor, esclavo y obrero*) se despide de este mundo en la misma situación de indigencia que tenía el día de su nacimiento, como se explica en los versos 15 y 16.

Las consecuencias que se siguen de una humanidad hambrienta, y sobre la que se ceba la injusticia, la sumergen en una situación “de tinieblas”, en la que irán deviniéndose de manera ansiosa el dolor y la miseria (verso 17). En esas condiciones, los seres humanos pasan a vivenciar su realidad existencial como una experiencia alienante que les conduce a la frustración, al desaliento y, en tantas ocasiones, a la desesperación y al suicidio. Surge entonces, como mecanismo de compensación, la posibilidad de intentar superar la situación de pobreza, indigencia y frustración mediante **la realización hedonística** que se plantea en el verso 18: “*Lo bueno es comer y beber, y gozar uno del bien de todo su trabajo con que se fatiga debajo del sol, todos los días de su vida que Dios le ha dado; porque esta es su parte*”.

Evidentemente, el devenir la existencia bajo la filosofía del *comamos y bebamos, que mañana moriremos* no ayuda al ser humano a superar sus frustraciones, y éste se engaña a sí mismo utilizando como mecanismo de compensación homeostática (equilibrio en los planos material, moral y espiritual) el escapismo, terminando por convencerse a sí mismo, en el marco de su propia alienación, de que dicha realidad hedonística “*es un don de Dios*” (verso 19). Los mecanismos psicodinámicos y toxicomanígenos que subyacen a este intento de superar la frustración existencial mediante la huida de la realidad, terminan abocando a los seres humanos a devenir una **realización tanática**; es decir, a contribuir a su propia destrucción.

Finalmente, podemos concluir, a la luz de la experiencia histórica vivida a lo largo de toda la historia de la humanidad, que los **sistemas redentores** de los hombres no han contribuido a su liberación y realización, sino más bien a su esclavitud. Por eso, a la humanidad sólo le queda una esperanza: Dios, como aquel que no hace acepción de personas y que hace dos mil años, a las afueras de la ciudad de Jerusalén, entregó a su Hijo a la muerte para terminar, desde *ya*, pero fundamentalmente mirando hacia un futuro escatológico, con todas las desigualdades e injusticias que se dan en el sistema que gobierna este mundo.

Capítulo 13

Dios y la esfera de la intimidad

“Hay un mal que he visto debajo del cielo, y muy común entre los hombres:

El del hombre a quien Dios da riquezas y bienes y honra, y nada le falta de todo lo que su alma desea; pero Dios no le da facultad de disfrutar de ello, sino que lo disfrutan los extraños. Esto es vanidad, y mal doloroso.

Aunque el hombre engendrare cien hijos, y viviere muchos años, y los días de su edad fueran numerosos; si su alma no se sació del bien, y también careció de sepultura, yo digo que un abortivo es mejor que él.

Porque éste en vano viene, y a las tinieblas va, y con tinieblas su nombre es cubierto.

Además, no ha visto el sol, ni lo ha conocido; más reposo tiene éste que aquél.

Porque si aquél viviere mil años dos veces, sin gustar del bien, ¿no van todos al mismo lugar?

Todo el trabajo del hombre es para su boca, y con todo eso su deseo no se sacia.

Porque ¿qué más tiene el sabio que el necio? ¿Qué más tiene el pobre que supo caminar entre los vivos?

Más vale vista de ojos que deseo que pasa. Y también esto es vanidad y aflicción de espíritu.

Respecto de lo que es, ya ha mucho que tiene nombre, y se sabe que es hombre y que no puede contender con Aquel que es más poderoso que él. Ciertamente las muchas palabras multiplican la vanidad. ¿Qué más tiene el hombre?

Porque ¿quién sabe cuál es el bien del hombre en la vida, todos los días de la vida de su vanidad, los cuales él pasa como sombra? Porque ¿quién enseñará al hombre qué será después de debajo del sol?

(6:1 a 12)

En términos genéricos, la exégesis y hermenéutica de este capítulo del ECLESIASTÉS no añade elementos o contenidos nuevos a lo revelado en los cinco capítulos anteriores. En éste, su autor nos sigue hablando de la experiencia que se desprende al observar el devenir existencial de los seres humanos, y de su afán por conseguir su realización mediante la puesta en práctica de la filosofía hedonística; realidad que podemos deducir realizando una exégesis de los versos 1, 2, 6 y 9 principalmente. No obstante, considero que el texto fundamental lo constituye el verso 7: *“Todo el trabajo del hombre es para su boca, y con todo eso su deseo no se sacia”*.

Este verso nos introduce, desde el punto de vista antropológico, en el estudio –siempre delicado– de la esfera de la intimidad de los seres humanos. En algunas de mis anteriores consideraciones sobre Qoheleth ya he tratado este texto en relación, fundamentalmente, a la posibilidad de la realización del ser humano mediante el trabajo. Ahora, al volver a considerar un texto tan singular, pretendo ir más allá de lo que he ido hasta ahora.

Para alcanzar este fin, es necesario volver a recordar algunos conceptos ya expuestos sobre estas palabras. Nuestro

texto mantiene una estrecha correlación con Pr. 16:26: “El hambre del obrero trabaja por él, porque su boca lo estimula”. El término *hambre* corresponde la hebreo *nephesh*, y es el mismo que en nuestro verso 7 se traduce como *deseo*. De entre los varios significados que tiene este vocablo hebreo, menciono los más importantes: *aliento vital, garganta, estómago, apetito, ambición* y, sobre todo, *alma*. Sobre ese verso existe una traducción un tanto original: “El hombre con todo su trabajo satisface el hambre, pero no puede satisfacer la codicia (o *el deseo*)”.

En este capítulo 6 nos encontramos con este término *–nephesh–* que, en psicología bíblica, es uno de los que tienen un mayor relieve e importancia, y que traducimos por *alma* (versos 2, 3 y 7). El alma constituye, en antropología y psicología bíblica, uno de los estratos más importantes de lo que yo vengo denominando **la esfera de la intimidad** del hombre.

La Biblia nos revela, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, una verdad en la que entiendo que es necesario volver a insistir: que el ser humano es un ser único e indivisible, constituido por un cuerpo (*gr, soma*), un alma (*gr, psique*) y un espíritu (*gr, pneuma*). Esta tectónica (o estructura de la personalidad) la encontramos revelada a lo largo de toda la Escritura. En el Antiguo Testamento, los conceptos más importantes y clarificadores sobre esa unicidad del hombre se encuentran en GÉNESIS, en el capítulo 17 de JEREMÍAS y, sobre todo, en el LIBRO DE LOS PROVERBIOS DE SALOMÓN⁹³.

A los conceptos desarrollados en la Revelación veterotestamentaria se corresponden los explicitados en el Nuevo Testamento; y entre ellos destacan las aseveraciones de Jesús de Nazaret sobre esa esfera de la intimidad: “*Pero decía, que lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensa-*

mientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre”⁹⁴.

También el apóstol Pablo dejó plasmada la misma enseñanza en algunos de sus escritos: “*Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo*”⁹⁵. En este texto se expresa la relación ontogénica del hombre con Dios: en la medida en que Dios es Uno, el ser humano también es una entidad antropológica única e indivisible. No existen límites precisos que nos permitan trazar una línea antropológica, biológica, química, fisiológica o psicológica que deslinde lo somático de lo psíquico, o esto último de lo espiritual, o pneumático.

Hoy en día, la Ciencia admite esta visión antropológica y psicológica del hombre, y entiende que existe una esfera de la intimidad a nivel somático y bioquímico que constituye **el puente de unión funcional** entre el cuerpo y el alma-espíritu. Desde el punto de vista científico, se define al hombre **como una unidad psicosomática**, o como **una unidad alma-cuerpo**; por consiguiente, se considera que el nexo de unión entre el cuerpo y la esfera de la intimidad trascendente del hombre (alma-espíritu) se ubica a nivel del funcionamiento bioquímico cerebral; es decir, a nivel de lo que hoy se conoce como neurotransmisores cerebrales. Estos neurotransmisores están constituidos por sustancias químicas que favorecen el paso de los impulsos bioeléctricos de una célula cerebral a otra, y vienen a constituir la infraestructura, o soporte orgánico, del psiquismo humano.

Sin embargo, hoy sabemos, no sólo por el conocimiento de la Revelación de Dios en su Palabra, sino también por los

descubrimientos científicos del funcionamiento del cerebro humano, que la entidad no material alma-espíritu no constituye un epifenómeno de la materia, sino que dicha entidad psíquica y pneumática lleva en su propia esencia el sello indeleble e inefable de lo trascendente.

Por consiguiente, constituye un serio error el pensamiento teológico o científico que compara a la esfera anímica y espiritual del ser humano –en relación con su esfera física o corporal– como aquel tipo de relación o vinculación que se da entre la rosa y el rosal. Porque aunque es cierto que la rosa es un fruto producto (o epifenómeno) del rosal, no lo es que la entidad psiconeumática del hombre sea un epifenómeno de su cuerpo, incluida su estructura cerebral. Es decir: el alma (esfera psicoafectiva) y el espíritu (esfera noeticopneumática) no son el resultado de una secreción hormonal del cerebro y, por consiguiente, tampoco son un epifenómeno de la materia.

En este capítulo del ECLESIASTÉS se aborda de una manera holística (es decir, desde el punto de vista integral, o de la totalidad, del ser humano) nuestra realidad antropológica, no sólo considerada en sus aspectos biológicos, sino también en su realidad anímica y espiritual⁹⁶. Esto nos permite –sobre todo a la luz de los versos 7 y 12– adentrarnos en esa realidad que ya describió el profeta Jeremías: *“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso (desesperadamente malo, VM) ¿Quién lo conocerá? (¿Quién podrá conocerlo?, VM). Yo Jehová, que escudriño (investigo) la mente, que pruebo el corazón; para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras”*⁹⁷.

Pues, con la ayuda del Dios que nos conoce y con la luz de su Espíritu Santo, intentaremos en nuevas aportaciones ir desentrañando los entresijos (contenidos) de nuestro corazón, o de la **esfera de nuestra intimidad**.

Capítulo 14

Dios y el problema del bien y del mal (1)

Nos corresponde ahora acercarnos al capítulo 7 del ECLESIASTÉS, la consideración del cual necesitará dos capítulos. En este primero intentaré presentar unas consideraciones generales sobre la importancia, la profundidad y la dificultad que entraña abordar la problemática del Bien y de Mal; y será en el siguiente cuando presentaré mi acercamiento exegético al texto mismo, que –como vengo haciendo– transcribiré al principio.

No me cabe la menor duda de que nos encontramos con una porción de la Revelación de Dios que nos ilumina, teológicamente hablando, sobre una problemática que, si bien ha sido tratada por diversos teólogos a lo largo de la Historia, todavía sigue sin resolver. Naturalmente, se trata del problema del Bien y del Mal y de su relación con Dios.

Considero que la razón fundamental de la falta de esclarecimiento de esta problemática metafísica estriba en el hecho de que, a la hora de acercarse a su estudio en profundidad y de preguntarse por sus raíces ontogénicas, el miedo ha paralizado la posibilidad de realizar un estudio teológico que trascienda las convicciones racionalizadas (tradiciones) que el cristianismo ha ido generando y consolidando –cuando

no fosilizando– a lo largo de todo su devenir exegético y hermenéutico.

Los seres humanos disponemos de unos **mecanismos de defensa** de naturaleza psicológica y de génesis inconsciente, de los que hacemos uso cuando surge en la esfera de nuestra intimidad el problema de **la angustia**. En términos generales, los mecanismos más utilizados son **la racionalización** y **la represión**. Mediante la primera, convertimos en racional y objetivo aquello que en realidad no lo es; y mediante la segunda, desplazamos fuera del campo de nuestra conciencia, enterrándolos en nuestra esfera inconsciente, los contenidos que nos generan a nivel yoico la angustia, la ansiedad y, posteriormente, la frustración.

Todo lo expuesto hasta aquí constituye la infraestructura noética (del pensamiento) que subyace a la racionalización teológica que ha contribuido, y sigue contribuyendo, a que la problemática ontogénica del Bien y del Mal siga encubierta por un denso velo que nos impide percibirla en su realidad más esencial.

La **angustia** ha sido definida por la escuela psicoanalítica freudiana como “el miedo que se genera sin un objeto concreto” que lo justifique. En los últimos tiempos, esta definición ha sufrido diversas modificaciones. Desde el punto de vista de la Revelación de Dios, ese miedo (angustia) surge en relación con la problemática del Bien y del Mal. El capítulo 3 del GÉNESIS nos pone de manifiesto que el primer miedo que fue vivenciado por el ser humano, en la esfera de su intimidad, surgió como consecuencia de los deseos del hombre (varón-varona) de ampliar sus conocimientos sobre el Bien y el Mal; es decir, de ampliar los contenidos del campo de su conciencia.

Aunque el cristianismo pretende, en su proclamación kerigmática, presentar a Dios como un Ser **único y soberano**,

cae en la trampa –quizá por una concepción extremadamente rígida del dogma trinitario– en llevarnos a una visión dicotomizada y dualística de la Deidad considerada ontogénicamente. Esa concepción dualista de la realidad aparece en las narraciones de diversos **libros sagrados** de las religiones más antiguas: iraniana, caldea, etcétera.

Los conceptos teológicos de los denominados Padres de la Iglesia, así como los que han aportado la teología clásica, la natural, la escolástica y la fundamentalista, han contribuido a crear en el pensamiento de los seres humanos, especialmente en el mundo occidental, una idea bastante distorsionada, en mi criterio, sobre la relación que guarda la Persona de Dios con la génesis y el devenir del Bien y del Mal, en cuanto a cómo la Biblia nos la presenta.

En términos generales, y en el marco del cristianismo, a Dios se le relaciona **siempre** con el “**bonum sumun**”, es decir, con el Bien. El Mal, su génesis y devenir sociohistórico, no guardaría relación alguna con Dios. Este planteamiento teológico genera, si es que queremos ser sinceros con la misma Revelación de Dios, una contradicción muy difícil de resolver; y que se nos plantea con el siguiente interrogante: ¿Cómo puede conciliarse la soberanía absoluta de Dios (*despótica*, según la concepción del apóstol Pedro⁹⁸) con el Ser al que se le escapa, en su gobierno sobre el mundo, nada menos que la realidad antropológica, psicológica, sociológica y posiblemente cósmica del Mal?

Esta contradicción, por la inquietud existencial y ética que genera, ha ocupado el pensamiento de algunos de los hombres y mujeres más ilustres de nuestra Historia antigua y contemporánea. C. G. Jung, uno de los médicos, psiquiatras y psicólogos más insignes –y el discípulo suizo más aventajado de Freud–, abordó el tema del Bien y del Mal y de su relación con

Dios en su obra *CONTESTACIÓN A JOB*, poco conocida, pero muy importante para aquellos que deseen profundizar teológicamente en el estudio de la génesis y la realización del Mal en el mundo. En ella, realiza un profundísimo estudio sobre **el sufrimiento humano**, en su deseo de encontrar respuestas a los interrogantes que sobre él plantea el libro de JOB.

Jung pensaba que las profundísimas y complicadísimas elaboraciones teológicas del patriarca Job eran en su mayoría erróneas, porque se sustentaban sobre una visión de la Deidad apoyada en el hecho fundamental de la **teología de la retribución**. Esta teología supone una visión simplista y reduccionista de la existencia, en relación con la problemática del Bien y del Mal y su realización en la experiencia cotidiana de la vida de los seres humanos. En ella se fundamentan, también, los argumentos de los amigos de Job, y con ella pretenden convencerle de sus errores interpretativos sobre la actuación de Dios en el mundo y sobre sus propias circunstancias existenciales.

Así, pues, según esa visión retributiva, se mantiene el presupuesto de que la actuación de Dios en el devenir autobiográfico del ser humano se ajusta al principio incommovible siguiente: **Dios premia el bien y castiga el mal en la experiencia existencial de una vida que se deviene entre el tiempo de nacer y el tiempo de morir**. Por consiguiente: a quien le va bien en esta vida es porque es bueno, y quien sufre y padece es porque recibe la retribución correspondiente a su maldad. C. G. Jung baraja en su libro una concepción de Dios diferente, distinta y diferenciada de la que, en el campo teológico tradicional, ha venido manejándose a lo largo de casi dos mil años de exégesis y hermenéutica cristianas. Para él, Dios, como Ser trascendente y personal, se revelaría a los hombres en dos facetas, o dimensiones,

diferenciadas de una misma y única realidad. En este sentido, y a efectos didácticos que pudieran ayudar a una mejor comprensión del Ser inefable y, por consiguiente, inaccesible a la percepción racional de los seres humanos —e incluso a la percepción de la razón iluminada por el Espíritu Santo—, ese gran psiquiatra, tan preocupado por los problemas metafísicos y trascendentes, nos habla de la Persona de Dios bajo los aspectos del **Dios Fascinum** y del **Dios Tremendum**. Estas dos caras de la única realidad que constituye la esencia de Dios apuntan a que el Ser Supremo, en el ejercicio de su soberanía absoluta, controla y tiene relación con la génesis y el devenir del Bien y del Mal.

Cuando, en el próximo capítulo, reflexionemos teológica y hermenéuticamente en los pensamientos revelados en el capítulo 7 del ECLSIASTÉS, nos encontraremos con todos los aspectos que hemos apuntado hasta aquí. Vamos a intentar que nuestra aportación contribuya a clarificar aquello que, por ahora, debo dejar como un interrogante que dinamice y cree inquietud en el centro mismo de nuestro propio corazón.

Capítulo 15

Dios y el problema del bien y del mal (2)

*Mejor es la buena fama que el buen ungüento;
y mejor el día de la muerte que el día del nacimiento.*

Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete; porque aquello es el fin de todos los hombres, y el que vive lo pondrá en su corazón..

Mejor es el pesar que la risa; porque con la tristeza del rostro se enmendará el corazón.

El corazón de los sabios está en la casa del luto; mas el corazón de los insensatos, en la casa en que hay alegría.

Mejor es oír la reprensión del sabio que la canción de los necios.

Porque la risa del necio es como el estrépito de los espinos debajo de la olla. Y también esto es vanidad.

Ciertamente la opresión hace entontecer al sabio, y las dádivas corrompen el corazón.

Mejor es el fin del negocio que su principio; mejor es el sufrido de espíritu que el altivo de espíritu.

No te apresures en tu espíritu a enojarte; porque el enojo reposa en el seno de los necios.

Nunca digas: ¿Cuál es la causa de que los tiempos pasados fueron mejores que éstos? Porque nunca de esto preguntarás con sabiduría.

Buena es la ciencia con herencia, y provechosa para los que ven el sol.

Porque escudo es la ciencia, y escudo es el dinero; mas la sabiduría excede, en que da vida a sus poseedores.

Mira la obra de Dios; porque ¿quién podrá enderezar lo que él torció?

En el día del bien goza del bien; y en el día de la adversidad considera. Dios hizo tanto lo uno como lo otro, a fin de que el hombre nada halle después de él.

Todo esto he visto en los días de mi vanidad. Justo hay que perece por su justicia, y hay impío que por su maldad alarga sus días.

No seas demasiado justo, ni seas sabio con exceso; ¿por qué habrás de destruirte?

No hagas mucho mal, ni seas insensato; ¿por qué habrás de morir antes de tu tiempo?

Bueno es que tomes esto, y también de aquello no apartes tu mano; porque aquel que a Dios teme, saldrá bien en todo.

La sabiduría fortalece al sabio más que diez poderosos que haya en una ciudad.

Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque.

Tampoco apliques tu corazón a todas las cosas que se hablan, para que no oigas a tu siervo cuando

dice más de ti; porque tu corazón sabe que tú también dijiste mal de otros muchas veces.

Todas estas cosas probé con sabiduría, diciendo: Seré sabio; pero la sabiduría se alejó de mí.

Lejos está lo que fue; y lo muy profundo, ¿quién lo hallará?

Me volví y fije mi corazón para saber y examinar e inquirir la sabiduría y la razón, y para conocer la maldad de la insensatez y el desvarío del error.

Y he hallado más amarga que la muerte a la mujer cuyo corazón es lazos y redes, y sus manos ligaduras. El que agrada a Dios escapará de ella; mas el pecador quedará en ella preso.

He aquí que esto he hallado, dice el Predicador, pesando las cosas una por una para hallar la razón;

lo que aún busca mi alma, y no lo encuentra: un hombre entre mil he hallado, pero mujer entre todas éstas nunca hallé.

He aquí, solamente esto he hallado: que Dios hizo al hombre recto,, pero ellos buscaron muchas perversiones (7:1 a 29).

Si en el capítulo anterior intenté presentar unas consideraciones generales sobre la importancia, la profundidad y la dificultad que entraña abordar la problemática inmanente del Bien y del Mal —y de su confrontación dialéctica en la esferas de la realidad antropológica y cósmica—, en éste intentaré realizar un acercamiento exegético, analizando de manera más pormenorizada algunos de los textos de este capítulo 7.

En el verso 20 encontramos la siguiente aseveración: “Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque”. El análisis pormenorizado de este texto

nos revela la infraestructura antropológica que posibilita la proyección del Mal en el mundo.

Diversos documentos neotestamentarios, pero de manera más específica ROMANOS, estudian y desarrollan —como realidad que demanda “**la acción salvífica de Dios**”— nuestro texto y, como consecuencia, llegan a la conclusión de que la imposibilidad para el hombre de conseguir, en su devenir histórico y personal, una praxis ética impecable se debe a la desestructuración amártica que toda su personalidad experimentó en *la caída*.

Por otra parte, la Biblia enseña que *el pecado* no se generó en el corazón del hombre, sino que fue inoculado en la esfera de su intimidad por la acción peristática (exterior a la primera pareja) de un ser procedente de las esferas celestiales a quien en la Revelación de Dios se le reconoce como *un hijo de Dios*. Concretamente, leemos en JOB que “*un día vinieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios, entre los cuales vino también Satanás*”⁹⁹. El Antiguo Testamento nos presenta al diablo con la denominación *ha-satán*, que tiene que ser traducido necesariamente como *el adversario*.

En las Sagradas Escrituras queda suficientemente clarificado que, desde el punto de vista ontogenético, *el adversario* —como ser existente— surge como consecuencia de la acción creadora del Ser Supremo. Entre otras cosas, se dice de él lo siguiente: “*Tú eras el sello de la perfección (lit, el que sellaba un diseño), lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste... Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste (en el texto masorético*

y LXX a causa de la abundancia de tu comercio te llenaste de violencia y pecaste); por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras de fuego, oh querubín protector. Se enaltecíó tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor... Con la multitud de tus maldades (en heb, errores) y con la iniquidad de tus contrataciones (en heb, artículos de venta) profanaste tu santuario; yo, pues, saqué fuego de en medio de ti, el cual te consumió (en heb, y yo he sacado de ti el mismo fuego que te ha devorado)¹⁰⁰.

Considero que, desde el punto de vista exegético y hermenéutico, se puede llegar a la conclusión de que el pecado como realidad óptica, ética, material y existencial surgió —más allá de la comprensión de nuestra razón y de nuestra capacidad intelectual— en la misma esfera de la intimidad de *el-satán*. Teológicamente hablando, esta conclusión plantea muchos interrogante acerca del origen del Mal; y, necesariamente, Dios —como Realidad Suprema—, queda implicado de alguna manera en la ontogénesis del Mal, así como en el devenir sociohistórico de su acción desestructuradora en el hombre y en el cosmos.

En este sentido, Qoheleth reflexiona, y pregunta: “Mira la obra de Dios; porque ¿quién podrá enderezar lo que él torció? En **el día del bien**, goza del bien; y en **el día de la adversidad** (del mal, en la Septuaginta) considera. Dios hizo tanto lo uno —el bien— como lo otro —el mal—, a fin de que el hombre nada halle después de él”¹⁰¹. Es evidente que estos textos relacionan a Dios con la génesis del mal: cuestión que, teológicamente considerada, no podía presentársenos de otra manera; porque si Dios es Soberano, lo es en el sentido absoluto y, por consiguiente, ninguna realidad puede quedar fuera de su control.

Estos textos de nuestro autor se encuentran corroborados, por la misma Revelación de Dios, en otros libros de la Biblia. Destacamos aquí, por su importancia, unas palabras del profeta Isaías: “Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo porvenir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: **Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero**”¹⁰². Y también estas otras: “Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí. Yo te ceñiré, aunque tú no me conociste, para que se sepa desde el nacimiento del sol, y hasta donde se pone, que no hay más que yo; yo Jehová, y ninguno más que yo, que formo la luz y creo las tinieblas, **que hago la paz y creo la adversidad** (en heb, el mal). Yo **Jehová soy el que hago todo esto**”¹⁰³.

A la vista de todo lo expuesto hasta aquí, me parece evidente que no es posible realizar un estudio cosmogónico (es decir, de la génesis del mundo), ontogénico (es decir, de la génesis del ser) e histórico-existencial sin tener en cuenta a Dios en relación con las realidades del Bien y del Mal y su confrontación dialéctica en la Historia de la Salvación, y en el devenir existencial de la Humanidad. Es por ello que este capítulo 7 empieza diciendo: “Mejor es la buena fama que el buen ungüento; y mejor el día de la muerte que el día del nacimiento. **Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete; porque aquello es el fin de todos los hombres, y el que vive lo pondrá en su corazón. Mejor es el pesar que la risa; porque con la tristeza** (en la Septuaginta, *el mal, el sufrimiento*) **del rostro se enmendará el corazón. El corazón de los sabios está en la casa del luto; mas el corazón de los insensatos** (lit, *faltos de cordura*), **en la casa en que hay alegría** (en la Septuaginta, *gozo, placer*)”¹⁰⁴.

Es evidente que nuestra mente, aun iluminada por la acción del Espíritu Santo, es incapaz de comprender **las profundidades de Dios**; sin embargo, su Revelación tiene una finalidad salvífica y didáctica. El problema de la génesis del Bien y del Mal desborda nuestra capacidad de penetración en **lo más profundo de los arcanos de Dios**, pero no nos autoriza para realizar, desde el punto de vista exegético y hermenéutico, una racionalización de la Palabra de Dios e intentar reducir al ámbito y a las posibilidades de nuestro pensamiento finito todo el contenido de un Ser Infinito, Inefable y Trascendente.

Dios crea y obra según el designio de su voluntad soberana. El Mal, como realidad indiscutible, cumple –desde el punto de vista teológico, filosófico, cosmológico, antropológico y existencial– una función al servicio de la realización salvífica del hombre y del mundo. Por eso, desde la perspectiva del Dios Soberano, se afirma en este capítulo que *“escudo es la ciencia, y escudo es el dinero; mas la sabiduría excede, en que da vida a sus poseedores”*¹⁰⁵.

Esa acción salvífica de Dios utiliza el Mal como un medio al servicio del Bien. Esta conclusión la expresa de manera magistral el apóstol Pablo: *“No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal”*¹⁰⁶.

Capítulo 16

Tiempo de morir

¿Quién como el sabio ¿y quién como el que sabe la declaración de todas las cosas? La sabiduría del hombre ilumina su rostro, y la tosquedad de su semblante se mudará.

Te aconsejo que guardes el mandamiento del rey y las palabras del juramento de Dios.

No te apresures a irte de su presencia, ni en cosa mala persistas; porque él hará todo lo que quiere.

Pues la palabra del rey es con potestad, ¿y quién le dirá: ¿Qué haces?

El que guarda el mandamiento no experimentará mal; y el corazón del sabio discierne el tiempo y el juicio.

Porque para todo lo que quisieres hay tiempo y juicio; porque el mal del hombre es grande sobre él; pues no sabe lo que ha de ser; y el cuándo haya de ser, ¿quién se lo enseñará?

No hay hombre que tenga potestad sobre el espíritu para retener el espíritu, ni potestad sobre el día de la muerte; y no valen armas para esta guerra, ni la impiedad librará al que la posee.

(8:1 a 8)

En el capítulo 3 del ECLESIASTÉS, como ya estuvimos considerando, su autor nos explicita el devenir antropológico de los seres humanos (es decir, su inmanencia) ubicándolo como los diversos momentos histórico-kairóticos que acontecen entre el tiempo de nacer y el tiempo de morir. En este capítulo 16 nos ocuparemos del momento metabiológico de la vida del ser; es decir, de su **tiempo de morir**.

Ese **tiempo de morir** constituye, en el acontecer del devenir existencial, aquel momento de la realidad donde la agonía (lucha) de los hombres alcanza su punto más crítico. Ese momento que pone punto final a la existencia de los seres humanos sobre la Tierra es la causa fundamental que genera la angustia vital y existencial que atenaza la vida de los hombres. La Revelación de Dios enseña que el **miedo a la muerte** es la base fundamental y la etiología (la causa) de todos los demás miedos (fobias).

La muerte tiene un enorme poder sobre la vida de los hombres y les condiciona a devenirse existencialmente como esclavos. Del corazón del hombre (de su esfera de la intimidad) nacen las diversas tendencias instintivas que orientan y regulan su conducta, o manera de vivir; entre estas tendencias se encuentra el **instinto tanático** (o **de la muerte**).

El autor de HEBREOS resume el pensamiento que acabo de exponer en los siguientes términos: *“Así que, por cuanto los hijos (los seres humanos) participaron de carne y de sangre, él (Jesucristo) también participó de lo mismo, para destruir (en gr, reducir a la impotencia) por medio de la muerte al que tenía el imperio (en gr, poder, dominio, trono, soberanía, autoridad y supremacía) de la muerte, esto, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre”¹⁰⁷.*

Recogiendo el pensamiento de Qoheleth, encontramos esta aseveración: *“He aquí, esto he hallado: que **Dios hizo al hombre** (en singular) **recto, pero ellos** (en plural) **buscaron muchas perversiones**”*¹⁰⁸. Resulta evidente que la exégesis y la hermenéutica de este texto nos conduce de nuevo a GÉNESIS, concretamente a lo que allí se nos revela sobre la ontogénesis del hombre y su devenir amártico-existencial¹⁰⁹.

Si siguiéramos la génesis y el devenir humano, a efectos meramente didácticos, teniendo en cuenta las ideas que, sobre el mismo, expresó el gran filósofo, científico y teólogo cristiano Teilhard de Chardin en su denominada CURVA DE CORPUSCULIZACIÓN (con sus tres momentos ontogénéticos: momento de **vitalización**, momento de **hominización** y momento de **cerebralización** o **paso de la reflexión**), y que vienen a coincidir, con lo que se nos revela en el GÉNESIS sobre la aparición de la vida y de los seres humanos sobre la Tierra: el instinto tanático, que informa la realidad de la muerte como hecho metabiológico, se correspondería, en su psicogénesis, con el **momento de cerebralización** (o **del paso a la reflexión**); es decir, con lo que en el capítulo 3 del GÉNESIS se nos revela como el **momento amártico**: la entrada del pecado en el hombre que supuso la desestructuración de su realidad pneumopsico-somática y, por consiguiente, la posibilidad metabiológica de la muerte.

Teniendo en cuenta todo lo dicho anteriormente, consideremos ahora estas palabras de Qoheleth: *“¿Quién como el sabio? y ¿quién como el que sabe la declaración (en heb, interpretación) de las cosas? La sabiduría del hombre ilumina su rostro y la tosquedad de su semblante se mudará”*¹¹⁰. Más adelante escribe: *“... y el corazón del sabio descierne el tiempo (en gr, kairós) y el juicio (en gr, krisis)”*¹¹¹. La BJ lo traduce así: “El corazón del sabio sabe el cuándo y el

cómo. Porque todo asunto tiene su cuándo y su cómo”. (Ecl 8:5b-6^a).

Como consecuencia de la desestructuración amártica de la que venimos hablando –la caída del hombre–, surgió la realidad existencial de la muerte y, como realización biológico-existencial de la misma, la confrontación dialéctica entre el instinto de la vida (en gr, *eros*) y el instinto de la muerte (en gr, *tanatos*). Confrontación, trascendente y trascendental, que nuestro autor expresa de la siguiente manera: *“No hay hombre que tenga potestad sobre el espíritu para retener el espíritu, ni potestad sobre el día de la muerte; y no valen armas en tal guerra, ni la impiedad libraré al que la posee (los que le son adictos, VM)”*¹¹².

En este último texto se compendia toda la realidad existencial y agónica del devenir humano: una vez más, surge la angustia, la ansiedad y el miedo en el corazón del hombre al comprobar sus limitaciones, en el tiempo y en el espacio, y su impotencia e incapacidad para posponer, impedir o derrotar a la muerte. El salmista lo expresa muy bien cuando dice: *“Los que confían en sus bienes, y de la muchedumbre de sus riquezas se jactan, ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano (en el texto masorético; salvarse a sí mismo), ni dar a Dios su rescate (Porque la redención de su vida es de gran precio, y no se logrará jamás), para que viva en adelante para siempre y nunca vea corrupción”*¹¹³.

Volviendo a nuestro texto (8:8), conviene poner de manifiesto que la Septuaginta traduce el vocablo *armas* por el término griego *apostole*, que significa *envío, despacho, expedición* y *apostolado*; otros lo traducen por *licencia*. Asimismo, el término hebreo que se traduce en castellano por *guerra* lo traduce por *polemou*, con el sentido de *guerra, combate, lucha, batalla* y *agonía*.

En definitiva, todo el devenir existencial del hombre se concretiza en una experiencia agónica, como realidad vivencial, resultante de la confrontación dialéctica entre el instinto de la vida y el de la muerte. El ser humano comprueba que la realidad tanática le resulta insoslayable y que, por consiguiente, sus deseos de eternización –o de devenir una vivenciación infinita del tiempo– no pueden ser satisfechos, dado que sus recursos para luchar contra la muerte están abocados al fracaso y a la frustración.

La muerte, además, da al traste con los deseos de eternidad que moran en la esfera de la intimidad del hombre, como ya hemos comentado al considerar 3:11. La verdadera personalidad que **soy yo** trasciende la parte material y biológica de mi persona: yo no soy mi cuerpo, sino que poseo un cuerpo y habito dentro de él. La auténtica esencia del ser antropológico habita en una morada terrestre (en gr, *casa*), o tabernáculo, morada cuyo devenir existencial consiste en volver al polvo de la Tierra. Por el contrario, el estrato psicopneumático –que constituye la esencia de mi personalidad– anhela la trascendencia y se deviene, metafísicamente, **buscando la realización eterna de mi persona**.

Estas realidades antropológicas las plasma de manera magistral el apóstol Pablo: *“Porque sabemos que si nuestra morada terrestre se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial... Porque asimismo, los que vivimos en este tabernáculo (en gr, tienda de campaña) gemimos con angustia (en gr, peso y carga que abrumba y agobia); porque no quisiéramos ser desnudados (en gr, desvestidos), sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida”*¹¹⁴.

En consecuencia, la realización plena del ser humano sólo se puede conseguir mediante la trascendencia metafísica de todos los componentes, o estratos, que lo constituyen: cuerpo, alma y espíritu. Dado que en el momento de la muerte somática o biológica de un ser, sólo su parte espiritual alcanza dicha trascendencia, es necesaria la pneumatización de la materia (cuerpo) para que se produzca una verdadera realización holística –es decir, total–. Así, pues, la trascendencia plena del ser humano sólo se alcanzará en el momento de la resurrección de entre los muertos.

La resurrección es una posibilidad metafísica a devenir, que alcanzará a todos los seres humanos. Ya en el Antiguo Testamento, la Biblia enseña que la

resurrección será un hecho metafísico seguro: *“Y muchos (el sentido del hebreo es todos) de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua”*¹¹⁵. Para alcanzar la realización eterna es imprescindible la fe, o plena confianza en Dios y en sus promesas salvíficas. El salmista dice: *“Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre; Él nos guiará aun más allá de la muerte”*¹¹⁶.

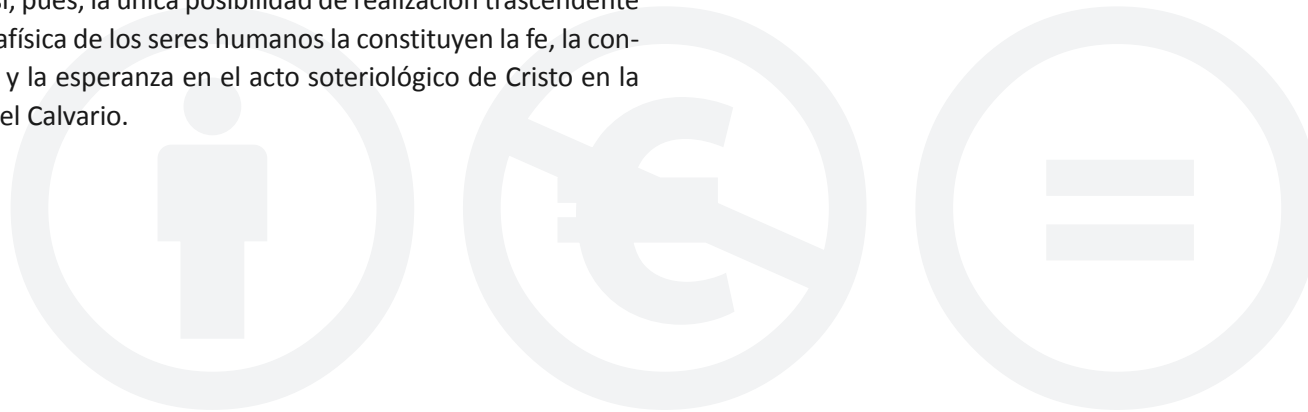
La encarnación del Verbo, el Hijo de Dios, supuso la materialización de la Divinidad; concretizada en la persona histórica de Jesús de Nazaret. Como segundo Adán, Jesucristo vino a reconciliar con Dios todas las cosas que se habían desestructurado por la caída del primero y que, como hemos ya remarcado, no sólo alcanzó al antropos (varón-varona), sino que trascendió, a nivel cósmico, a toda la Creación.

Para vencer a la muerte y poder retener al espíritu¹¹⁷, el hombre necesita la pneumatización (espiritualización) de la parte material de su persona. Sólo el Hijo de Dios, quien es la Resurrección y la Vida en la persona histórica de Jesús de

Nazaret¹¹⁸, logró vencer a la muerte, mediante su propia muerte: *“De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol”*¹¹⁹. Muriendo la muerte de todos los hombres, Jesucristo nos reconcilió con Dios mediante el hecho salvífico de su Resurrección.

El apóstol Pablo confirma esta verdad soteriológica con estas palabras: *“Nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte (en gr, quitó de la muerte su poder) y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el Evangelio”*¹²⁰.

Así, pues, la única posibilidad de realización trascendente y metafísica de los seres humanos la constituyen la fe, la confianza y la esperanza en el acto soteriológico de Cristo en la cruz del Calvario.



Capítulo 17

Las desigualdades de la vida: La injusticia social y la prosperidad de los impíos

Todo esto he visto, y he puesto mi corazón en todo lo que debajo del sol se hace; hay tiempo en que el hombre se enseña del hombre para mal suyo.

Asimismo he visto a los inicuos sepultados con honra; mas los que frecuentaban el lugar santo fueron luego puestos en olvido en la ciudad donde habían actuado con rectitud. Esto también es vanidad.

Por cuanto no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal.

Aunque el pecador haga mal cien veces, y prolongue sus días, con todo yo sé que les irá bien a los que a Dios temen, los que temen ante su presencia;

Y que no le irá bien al impío, ni le serán prolongados los días, que son como sombra; por cuanto no teme delante de la presencia de Dios.

Hay vanidad que se hace sobre la tierra: que hay justos a quienes sucede como si hicieran obras de impíos, y hay impíos a quienes acontece como si hicieran obras de justos. Digo que esto también es vanidad,

Por tanto, alabé yo la alegría; que no tiene el hombre bien debajo del sol, sino que coma y beba y se alegre; y que esto le quede de su trabajo los días de su vida que Dios le concede debajo del sol.

Yo, pues, dedique mi corazón a conocer sabiduría, y a ver la faena que se hace sobre la tierra (porque hay quien ni de noche ni de día ve sueño en sus ojos);

y he visto todas las obras de Dios, que el hombre no puede alcanzar la obra que debajo del sol se hace; por mucho que trabaje el hombre buscándola, no la hallará; aunque diga el sabio que la conoce, no por eso podrá alcanzarla”.

(8:9 a 17)

En este capítulo voy a intentar, siempre a la luz de la Revelación de Dios, exponer mis puntos de vista sobre una cuestión tan espinosa y difícil como la constatación pragmática del aparente triunfo del Mal en el devenir histórico de los seres humanos. Para ello, procuraré realizar un análisis exegético y hermenéutico del pasaje transcrito. Todo cuanto voy a exponer queda contenido y compendiado en el primer verso: “*Todo esto he visto, y he puesto mi corazón en todo lo que debajo del sol se hace; hay tiempo en que el hombre se enseña del hombre para mal*”.

A continuación, Qoheleth se dedica a describirnos, desde el punto de vista social, ético y religioso las realidades que se van deviniendo en la experiencia humana y existencial del hombre debajo del sol; y hemos de entender **religioso** en el sentido que le daba Cicerón: *reléger*¹²¹, cuyo significado es **volver a leer**, que equivale a tomar conciencia de las verdades sobrenaturales y de las cosas divinas; y también en el de Lactancio: *religare*¹²², esto es, **volver a ligar** un vínculo salvífico que relaciona de manera vinculante al hombre con Dios; y en el que le da San Agustín: *religere* –volver a elegir–, que

expresa la reelección de Dios por parte del hombre, de forma voluntaria.

Por su parte, nuestro autor afirma que *“hay vanidad que se hace sobre la tierra: que hay justos a quienes sucede como si hicieran obras de impíos, y hay impíos a quienes acontece como si hicieran obras de justos. Digo que esto*

también es vanidad” (verso 14). A lo largo de toda la Biblia, pero de manera muy especial –y singular– en el Antiguo Testamento, nos encontramos con el tema real e insoslayable de la denominada **prosperidad de los impíos**; y este hecho, constatable sociohistóricamente, ha perturbado siempre e inquietado de manera importante el pensamiento de la mayoría de los creyentes de todos los tiempos.

Para el creyente, tanto del periodo veterotestamentario como del novotestamentario, la aparente impunidad con la que actúan en el mundo todos aquellos que viven al margen de la voluntad de Dios resulta bastante incomprensible y, en ocasiones, puede llegar a tomar –en su pensamiento y en su praxis cotidiana– la dimensión de una piedra de escándalo o de tropiezo.

En la voz del profeta Malaquías (su libro es de, aproximadamente, alrededor del 425 aC), Dios le dice a su pueblo: *“Vuestras palabras contra mí han sido violentas (duras, RVA), dice Jehová. Y dijisteis: ¿Qué hemos hablado contra ti? Habéis dicho: Por demás es servir a Dios. ¿Qué aprovecha que guardemos su ley, y que andemos afligidos (tristes, RVA) en presencia de Jehová de los ejércitos? Decimos, pues ahora: Bienaventurados son los soberbios, y los que hacen impedimento no sólo son prosperados, sino que tentaron a Dios y escaparon”*¹²³.

La filosofía existencial que se puede deducir de esas palabras es aquella que parece postular como consigna ética el antiguo *Comamos y bebamos, porque mañana moriremos*¹²⁴.

En definitiva, para los muchos creyentes que racionalizan el ejercicio de la soberanía de Dios en el mundo, esa filosofía hedonista de la vida sería la más adecuada para alcanzar, en su propio devenir personal, la realización en su dimensión inmanente.

Este tipo de pensamiento no se corresponde con lo que, teológicamente hablando, se conoce como **teología de la retribución**; que se explicita y desarrolla de manera muy clara en los esfuerzos por explicar –desde el punto de vista existencial, moral y espiritual– todos los acontecimientos vivenciales y psicopatológicos que se dan en la vida y en la experiencia de Job. En síntesis, se podría decir que dicha teología considera o tiene en cuenta a Dios como aquel Ser Supremo que premia a los **buenos** (concediéndoles todo tipo de bienestar social, laboral, económico, emocional y espiritual) y castiga a los **malos** (privándoles de todos los beneficios que a los buenos concede).

Teniendo en cuenta lo que venimos diciendo hasta aquí, tendríamos que conceder que el autor del ECLESIASTÉS, cuando realiza su estudio sociohistórico, socioeconómico, sociopolítico y psicosocial de la realidad, apunta a una serie de concepciones y conclusiones teológicas que nos abocarían a lo que podríamos denominar **teología de la indiferencia y de la lejanía de Dios**. En este sentido, Dios constituiría una Realidad Óptica que permanecería ajena, lejana y distante del acontecer sociohistórico, existencial, ético y moral que se da en el devenir de los seres humanos. Por consiguiente, Dios no sería el Señor de la Historia, en el sentido de que ningún acontecer sociohistórico o existencial pudiera quedar fuera de su control, sino que, por el contrario, se trataría de un Supremo Hacedor que, una vez realizada la gran obra de toda la Creación cósmica, la habría dejado, con todos y cada uno de sus

componentes, sujeta a un proceso evolutivo dirigido por las leyes del azar y de la casualidad¹²⁵. Dicho en otros términos: el hombre se constituiría en el único ser, o ente, de la Creación que dispondría de la capacidad de decisión y libertad para modelar su vida y sus circunstancias, el hombre sería el autor y generador de su propio destino.

Estas últimas afirmaciones se podrían desprender de nuestro texto: *“Asimismo he visto a los inicuos sepultados con honra; mas los que frecuentaban el lugar santo fueron puestos en olvido en la ciudad donde habían actuado con rectitud. Esto también es vanidad. Por cuanto no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos (delante de ellos, VM) dispuesto para hacer el mal”*¹²⁶.

Aquí hemos de volver a una cuestión que ya consideramos en otro capítulo; y es que el ser humano, ante la percepción de que sus posibilidades de realización inmanente en un mundo donde comprueba que triunfa la injusticia, y donde vive como impotente para poder transformarla, toma la decisión de utilizar como mecanismo de defensa el **escapismo**: huir de esa situación que le entristece y le sume en la angustia y en la frustración. En tales circunstancias, el hombre busca un medio con el que poder transformar su conciencia y percibirse a sí mismo, y a la realidad peristática en que está inmerso, de una manera más gratificante. Es precisamente esta situación de alienación existencial la que lleva a Qoheleth a afirmar: *“Por tanto, alabé yo la alegría; que no tiene el hombre bien debajo del sol, sino que coma y beba y se alegre; y que esto le quede de su trabajo todos los días de su vida que Dios le concede debajo del sol”*¹²⁷.

Aparte de ese mecanismo de defensa de carácter primitivo, u oral, el hombre pone en marcha otros dos mecanismos –o recursos psicológicos– para intentar superar la experiencia

de vanidad que se deviene a lo largo de su vida. Por una parte, recurre a **la razón** como medio para profundizar en un conocimiento más clarificador de sus circunstancias existenciales: *“Yo, pues, dediqué mi corazón a conocer la sabiduría, y a ver la faena (tarea, Barucq) que se hace sobre la tierra (porque hay quien ni de noche ni de día ve sueño en sus ojos); y he visto todas las obras, que el hombre (género humano, VM) no puede alcanzar (conocer, RV95) la obra que debajo del sol se hace; por mucho que trabaje el hombre buscándola, no la hallará; aunque diga el sabio que la conoce, no por eso podrá alcanzarla”* (versos 16 y 17).

El otro mecanismo de defensa que el hombre creyente utiliza –para darse a sí mismo una explicación convincente, tanto desde el punto de vista racionalista como del salvífico, metafísico o trascendente– es el que se denomina, en términos psicoanalíticos, **la sublimación**. Mediante este mecanismo inconsciente, el hombre intenta superar acontecimientos y realidades sociohistóricas que se vivencian en la esfera de su intimidad como flagrantes injusticias. Estas realidades demandan dos posibilidades de compensación psicoemocional y trascendente. En primer lugar, y desde el punto de vista de su inmanencia, el ser humano necesita aquí y ahora experimentar la convicción de que todas las injusticias que se dan en su perimundo no quedarán impunes; por eso, su pensamiento teológico-trascendente afirma: *“Aunque el pecador haga mal cien veces, y prolongue sus días, con todo yo también sé que les irá bien a los que a Dios temen, los que temen ante su presencia; y que no le irá bien al impío, ni le serán prolongados los días, que son como sombra; por cuanto no teme delante de la presencia de Dios”*¹²⁸.

Si estas palabras de Qoheleth fueran sólo la expresión de una necesidad del corazón humano, no pasarían de constituir

un **mecanismo de compensación** muy pobre. La verdad es que cuando se considera, desde el punto de vista divino, el devenir sociohistórico de la realidad, la Revelación nos constata y afirma que el Ser Supremo es el Señor de la Historia y que ninguna circunstancia puede escaparse a su poder o a su voluntad. Esto quiere decir que, tanto desde el punto de vista inmanente como trascendente, la voluntad de Dios se está realizando en el presente y llegará a su culminación salvífica en el futuro.

En algunos salmos se nos corrobora cuanto acabamos de afirmar: *“No te impacientes a causa de los malignos, ni tengas envidia de los que hacen iniquidad. Porque como hierba serán pronto cortados y como la hierba verde se secarán. Confía en Jehová, y haz el bien; y habitarás en la tierra, y te apacentarás de la verdad. Deleítate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón... no te alteres con motivo del que prospera en su camino, por el hombre que hace maldades”*¹²⁹; y *“En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos. Porque tuve envidia de los arrogantes, viendo la prosperidad de los impíos... He aquí estos impíos, sin ser turbados del mundo, alcanzaron riquezas. Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia; pues he sido azotado todo el día, y castigado por las mañanas”*¹³⁰.

El acontecer socio-político, socioeconómico, moral y espiritual que el creyente vivencia y experimenta en su devenir pneumo-psico-biológico puede desconcertarle, y distorsionar su discernimiento acerca de cómo la soberanía de Dios se ejecuta de manera continua e ininterrumpida en la realización holística del mundo y de la Historia. Para obtener una respuesta homeostática (es decir, equilibradora), el ser humano que ha puesto su confianza en Dios debe de aceptar su volun-

tad, tal como se explicita en su Revelación: *“Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará... Guarda silencio ante Jehová, y espera en él... Pero los que esperan en Jehová heredarán la tierra... Apártate del mal, y haz el bien, y vivirás para siempre. Porque Jehová ama la rectitud y no desampara a sus santos. Para siempre serán guardados... Mira al justo; **porque hay un final dichoso para el hombre de paz**”*¹³¹

El creyente que –para poder asimilar esta realidad dialéctica, o de confrontación, entre el Bien y el Mal en el devenir histórico y existencial de la Humanidad– quiera resolver las contradicciones que se mueven dentro de su propio corazón, necesita seguir el consejo que Asaf nos da en su composición hagiográfica: *“Cuando pensé para saber esto, fue duro trabajo para mí, hasta que entrando en el santuario de Dios comprendí el fin de ellos”*¹³².

La conclusión es obvia: para entender la realización de la voluntad de Dios en el curso de la Historia es necesario entrar en su santuario; o, dicho de otra manera, acercarnos a la misma esencia o interioridad del Creador y Sustentador de todas las cosas. Una vez más, la realización de los hombres depende de la dimensión de su fe.

Capítulo 18

El despotismo divino

Ciertamente he dado mi corazón a todas estas cosas, para declarar todo esto: que los justos y los sabios, y sus obras, están en la mano de Dios; que sea amor o que sea odio, no lo saben los hombres; todo está delante de ellos.

Todo acontece de la misma manera a todos; un mismo suceso ocurre al justo y al impío; al bueno, al limpio y al no limpio; al que sacrifica, y al que no sacrifica; como al bueno, así al que peca; al que jura, como al que teme el juramento.

Este mal hay entre todo lo que se hace debajo del sol, que un mismo suceso acontece a todos, y también que el corazón de los hijos de los hombres está lleno de mal y de insensatez en su corazón durante su vida; y después de esto se van a los muertos.

Aún hay esperanza para todo aquel que está entre los vivos; porque mejor es perro vivo que león muerto.

Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben, ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en olvido.

También su amor y su odio y su envidia fenecieron ya; y nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del sol.

Anda, y come tu pan con gozo, y bebe tu vino con alegre corazón; porque tus obras ya son agradables a Dios.

En todo tiempo sean blancos tus vestidos, y nunca falte unguento sobre tu cabeza.

Goza de la vida con la mujer que amas, todos los días de la vida de tu vanidad que te son dados debajo del sol, todos los días de tu vanidad; porque esta es tu parte en la vida, y en tu trabajo con que te afanas debajo del sol.

Todo lo que te viniera a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría.

Me volví y vi debajo del sol, que ni es de los ligeros la carrera, ni la guerra de los fuertes, ni aun de los sabios el pan, ni de los prudentes las riquezas, ni de los elocuentes el favor; sino que tiempo y ocasión acontecen a todos.

Porque el hombre tampoco conoce su tiempo; como los peces que son presos en la mala red, y como las aves que se enredan en lazo, así son enlazados los hijos de los hombres en el tiempo malo, cuando cae de repente sobre ellos.

También vi esta sabiduría debajo del sol, la cual me parece grande:

una pequeña ciudad y pocos hombres en ella; y viene contra ella un gran rey, y la asedia y levanta contra ella grandes baluartes;

y se halla en ella un hombre pobre, sabio, el cual libra a la ciudad con su sabiduría; y nadie se acordaba de aquel hombre pobre.

Entonces dije yo: Mejor es la sabiduría que la fuerza, aunque la ciencia del pobre sea menospreciada, y no sean escuchadas sus palabras.

Las palabras del sabio escuchadas en quietud, son mejores que el clamor del señor entre los necios.

Mejor es la sabiduría que las armas de guerra; pero un pecador destruye mucho bien”

(9:1 a 18)

En este capítulo 9, Qoheleth nos ofrece unas reflexiones que nos abocan a enjundiosas consideraciones sobre el devenir de la existencia. Dentro de un sistema de pensamiento deísta, el Ser Trascendente al que llamamos Dios puede aparecer ante nosotros como el Soberano Absoluto cuyos designios se plasman en la historia de los hombres de manera verdaderamente insoslayable. Releemos sus primeras palabras: *“Ciertamente he dado mi corazón (lit, en el TM) a todas estas cosas, para declarar (esclarecer, comprobar, comprender, en el TM) todo esto: que los justos y los sabios, y sus obras, están en la mano de Dios: que sea amor o que sea odio, no lo saben los hombres; todo está delante de ellos. Todo acontece (uno el destino en el TM) de la misma manera a todos; un mismo suceso ocurre al justo y al impío; al bueno, al limpio y al no limpio; al que sacrifica, y al que no sacrifica; como al bueno, así al que peca; al que jura, como al que teme el juramento. Este mal hay entre lo que se hace debajo del sol; que un mismo suceso acontece a todos”*¹³³.

A la vista de estas aseveraciones, habría que llegar a la conclusión de que los seres humanos, diferenciados en su ex-

periencia inmanente, son arrastrados por el poder omnímodo de Dios hacia una **no trascendencia única** como destino metafísico. En definitiva, el hombre sería una marioneta en las manos de su Creador: su inmanencia y trascendencia estarían determinadas por el Ser Soberano que impondría, implacablemente, su voluntad y sus leyes a todo lo creado.

En el devenir antropológico-existencial de toda la especie humana se percibe, se otea y se presiente un **único destino**. la muerte como consumación de la realización tanática (el **instinto de muerte** del que ya hemos hablado), cuya infraestructura psicobiológica se ubica en la misma esfera de la intimidad del ser. Ese instinto constituye uno de los componentes del **inconsciente individual y colectivo** y puede imponerse al **yo**, a la **conciencia**, dando al traste con sus deseos de realización metafísica.

En esta parte de su libro, el Predicador nos vuelve a confrontar con la experiencia existencial y frustradora que viven los seres humanos en su devenir debajo del sol: sus **anhelos de eternidad**, de alcanzar la vivencia del tiempo indefinido (léase *emortalidad* o *inmortalidad*) intra y supra-histórico, quedan frustrados por la realidad metahistórica de la muerte psicobiológica como el **fin** del ser. Más allá de esta experiencia tanática sólo existe el vacío y la nada, en el sentido filosófico de todo aquello que no es Dios. Dios es una realidad trascendente que sólo se relaciona con el hombre en su devenir histórico-inmanente; en consecuencia, con la muerte como experiencia existencial y metahistórica del ser, la esperanza de una realización metafísica y trascendente se desvanece y se frustra de manera definitiva.

Un análisis antropológico-existencial y psicosomático de la tectónica de la personalidad nos introduce en la esfera de la intimidad del hombre, y nos ayuda a descubrir los contenidos

de su corazón: “... y también que el corazón de los hijos de los hombres está lleno de mal y de insensatez (It, locura) en su corazón durante su vida; y después de esto se van a los muertos” (verso 3). Ahora bien, el vocablo *corazón* se emplea en la Escritura para designar el centro económico-energético del ser como una realidad psicopneumática (no material) y trascendente del ser humano, metafísicamente hablando. Así, continuamos leyendo: “*aún hay esperanza para todo aquel que está entre los vivos; porque mejor es perro vivo que león muerto. Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben, ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en olvido; también su amor y su odio y su envidia (celos, pasiones) fenecieron ya; y nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del sol*” (versos 4 a 6).

El análisis introspectivo de los estratos más profundos de nuestro ser pone de manifiesto los verdaderos contenidos de nuestro corazón. La esperanza se relaciona con la vida; la consciencia de la realidad nos informa de la muerte como destino definitivo y disolución antropológica del **ser existente**.

Existencialmente hablando, la muerte puede aparecer ante nuestros ojos como una realidad **liberadora** del disestar en que el hombre deviene su existencia. El instinto de la muerte triunfa sobre el de la vida. La confrontación dialéctico-existencial *eros-tanatos* se decanta a favor de este último y, con su triunfo agónico y desestructurador, fenecen las capacidades superiores del hombre: sus pensamientos, sentimientos y pasiones se diluyen en la realidad inaccesible del **no-ser**.

Ante esta constatación tan desesperanzada, el **yo** se revuelve y pone en marcha sus mecanismos de defensa, de los que ya estuvimos tratando más arriba. Entre ellos destaca la posibilidad de encontrarle un sentido a la vida mediante la realización inmanente y hedonística de la misma (Ecl. 9:7-10)

Para alcanzar esta posibilidad es necesario **reprimir** (sacar fuera del Yo, de la Conciencia) el **deseo vehemente por la eternidad** que subyace en los estratos más profundos de nuestro corazón (Ecl. 3:11). Según los versos 7 a 9, en este intento de superar su frustración, el ser humano gratifica sus necesidades **orales, estéticas y psicosexuales**, para terminar constatando que la más elaborada realización inmanente termina vivenciándose como una experiencia frustrante que sume al ser humano en una lucha agónica y estéril para superar su vacío existencial (su inmanencia) y alcanzar la trascendencia que reclama, acuciante su realización yoica desde lo más profundo de la esfera de su intimidad.

Esa experiencia histórico-biográfica devenida en el camino de la vida constriñe al hombre a admitir su finitud. Más allá de cualquier análisis pragmático-existencial, o elucubrativo, termina enfrentándose con una realidad que le desborda. El análisis científico, filosófico y racionalista, como expresión más sublime de sus capacidades superiores, ni le satisface ni es capaz de ayudarlo a despejar los interrogantes más trascendentes y trascendentales de su existencia (verso 12). Los acontecimientos que se dan en la experiencia sociohistórica y psicobiográfica vivida no son explicables por la supuesta **omnipotencia** de su intelecto. Aquel que se encuentra en el vértice de la pirámide filogenética tiene que rendirse a la evidencia de que, más allá de lo científicamente verificable, se da una **realidad** que informa todo devenir existencial antropológico y cósmico; realidad de la que intuye su existencia, pero que no le resulta aprehensible desde sus posibilidades antropológicas. La Biblia afirma que “*lo que se ve fue hecho de lo que no se veía*”¹³⁴. Tras el manto de la corpusculización y la materia, se encuentra la **realidad última** que informa y explica nuestra realidad y el sentido de nuestra existencia.

Finalmente, Qoheleth explica que el sentimiento de frustración no sólo se produce cuando la muerte –como expresión mayestática de la finitud humana– da al traste con los deseos de eternidad, sino que también se plasma en su experiencia existencial devenida a nivel inmanente. La sabiduría del hombre será menospreciada si no va acompañada del poder *anti-Dios* por excelencia, del poder del dios de las riquezas, del poder del dinero. Esta aseveración quedó ratificada radicalmente por las palabras de Jesús de Nazaret en el Sermón de la Montaña: *“Ninguno puede servir a dos señores; porque aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro.. No podéis servir a Dios y a las riquezas”*¹³⁵

En los versos 13 a 18 se presenta, a manera de parábola, una realidad conocida por el autor y que se ha venido manifestando en el suceder histórico de la raza humana. Los privilegios de los pocos, aquellos que constituyen la elite socioeconómica, han prevalecido sobre la miseria y la indigencia de los muchos. La infraestructura de dichos privilegios la informa el dinero, mediante el cual se favorece la adquisición de conocimientos, y éstos permiten el acceso al poder y a escalar a la cúspide de las superestructuras sociopolíticas que lo detentan.

Excepcionalmente, un pobre puede llegar a “ser sabio”, pero difícilmente el mundo atenderá su sabiduría: *“También vi esta sabiduría debajo del sol, la cual me parece grande: una pequeña ciudad, y pocos hombres en ella; y viene contra ella un gran rey, y la asedia (lit, cercó) y levanta contra ella grandes baluartes (lit, torres); y se halla en ella un hombre pobre y sabio, el cual libra a la ciudad con su sabiduría; y nadie se acordaba de aquel hombre pobre”*¹³⁶.

La gran confrontación dialéctica, y última que escatológicamente se está deviniendo en el discurrir de la Historia, está

matizada y explicitada en el corazón del discurso más importante que Jesús de Nazaret haya pronunciado, parte del cual ya hemos transcrito más arriba, y que concluye con la rotunda afirmación: *“No podéis servir a Dios y a las riquezas”*; y subrayamos lo del *No podéis* porque nos parece que, tal vez en un intento más inconsciente que consciente, se suele interpretar como **No debéis**. Jesús no estaba hablando de una **opción**, sino de una **imposibilidad**. Esta es precisamente la realidad que, 2.500 años antes, ya había sido apreciada por el autor del ECLESIASTÉS.

El desfile de ideologías sociopolíticas por la pasarela de la historia humana nos ha colocado como espectadores-actores de esa última confrontación entre Dios y el hombre; o, dicho de otra manera: entre el sistema capitalista (**Mamón**), hoy hegemónico en la Tierra, y Dios. De las entrañas de dicho sistema surgirá un día el **anticristo** que, presentándose al mundo como un *pseudomesías*, ofrecerá a los hombres, a los pueblos y a las naciones la solución de todos los problemas, a cambio de que todos **le reconozcan como Dios**. Será el momento culminante de la gloria humana, cuando el *superhombre* de Nietzsche resucite al Dios del cual declaró su muerte, y proclame que Dios vive y reina porque, ¡al fin!, **el hombre se ha convertido en Dios**.

El hombre que en su orgullo no reconoce sus limitaciones, sus errores y sus pecados, caerá en su propia trampa, y se podrá decir de él lo que se explicita en la última parte del verso 18: *“... pero un solo error destruye mucho bien”*. El hombre que desde la época de los grandes enciclopedistas franceses ha elevado su razón a la categoría de omnisciente, verá una vez más frustrados sus deseos de realización eterna. Su olvido de Dios le impedirá constatar que el deseo de inmortalidad –que, recordémoslo, intenta realizarse ascendiendo a

su conciencia desde los estratos inconscientes de su personalidad— no se realiza por causa de que el Dios que niega o cuestiona con su intelecto permanece ajeno y es extraño a su experiencia devenida en el tiempo y en el espacio. El hombre del siglo XXI necesita humildad y necesita reconocer la sabiduría de **los pobres**, como aquel gran mártir de la fe asesinado por los nazis, Dietrich Bonhoeffer, quien, hablando de la relación Dios-hombre, dijo: “*Dios está ahí* (en el alma del hombre) *y más allá de ella*”¹³⁷.

Existe una esperanza metafísica para el microcosmos (el hombre) y para el macrocosmos (el universo), y esta esperanza nos la ofrecerá Qoheleth en el último capítulo de su libro. Esperanza que es posible aquí y ahora, y para más allá de la muerte. Metafísicamente hablando, al otro lado de esta vida nos espera Aquel de quien se escribió que, con su muerte y resurrección, “*quitó de la muerte su poder y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio*”¹³⁸.

Capítulo 19

La exaltación de la mediocridad como meta

Las moscas muertas hacen heder y dan mal olor al perfume del perfumista; así una pequeña locura, al que es estimado como sabio y honorable.

El corazón del sabio está a su mano derecha, mas el corazón del necio a su mano izquierda.

Y aun mientras va el necio por el camino, le falta cordura, y va diciendo a todos que es necio.

Si el espíritu del príncipe se exaltare contra ti, no dejes tu lugar; porque la mansedumbre hará cesar grandes ofensas.

Hay un mal que he visto debajo del sol, a manera de error emanado del príncipe;

la necesidad está colocada en grandes alturas, y los ricos están sentados en lugar bajo.

Vi siervos a caballo, y príncipes que andaban como siervos sobre la tierra.

El que hiciere hoyo caerá en él; y al que aportillare vallado, le morderá la serpiente.

Quien corta piedras, se hiere con ellas; el que parte leña, en ello peligrá.

Si se embotare el hierro, y su filo no fuere amolado, hay que añadir entonces más fuerza; pero la sabiduría es provechosa para dirigir.

Si muerde la serpiente antes de ser encantada, de nada sirve el encantador.

Las palabras de la boca del sabio son llenas de gracia, mas los labios del necio causan su propia ruina.

El principio de las palabras de su boca es necesidad; y el fin de su charla, nocivo desvarío.

El necio multiplica palabras, aunque no sabe nadie lo que ha de ser; ¿y quién le hará saber lo que después de él será?

El trabajo de los necios los fatiga; porque no saben por dónde ir a la ciudad.

¡Ay de ti, tierra, cuando tu rey es muchacho, y tus príncipes banquetean de mañana!

¡Bienaventurada tú, tierra, cuando tu rey es hijo de nobles, y tus príncipes comen a su hora, para reponer sus fuerzas y no para beber!

Por la pereza se cae la techumbre, y por la flojedad de las manos se llueve la casa.

Por el placer se hace el banquete, y el vino alegra a los vivos; y el dinero sirve para todo.

Ni aun en tu pensamiento digas mal del rey, ni en lo secreto de tu cámara digas mal del rico; porque las aves del cielo llevarán la voz, y las que tienen alas harán saber la palabra.

(10:1 a 20)

Hace mucho tiempo que el gran pensador, filósofo y erudito español Ortega y Gasset¹³⁹ dejó muy claro que en un día no muy lejano, y en función de los avances tecnológicos y de los cambios estructurales de tipo socioeconómico que se vendrían en el mundo occidental, los necios, los mediocres,

ocuparían los lugares de ineludible autoridad y privilegio en la sociedad y en sus superestructuras; como consecuencia, los espíritus más sensibles, nobles, despiertos y depurados —desde el punto de vista ético, cultural y espiritual— se verían sometidos por el sistema dominante y alienante a una tiranía desestructuradora. El Reino de la Mediocridad abocaría a una fosilización del pensamiento y a una hibernación de los sentimientos más nobles y fecundos; y una de las cualidades más sobresalientes del espíritu humano, **la creatividad** (según el doctor J. L. Moreno, creador del psicodrama como método psicoterapéutico), se vería reprimida por la censura implacable de la más crasa y abyecta ignorancia. El burdo mimetismo del materialismo socializado llenaría el vacío que dejaría la falta de ejercicio libre y creador del pensamiento inteligente.

Los dos últimos versos del capítulo anterior del ECLESIÁSTICO conectan con las argumentaciones que se revelan en este capítulo 10: *“Las palabras del sabio escuchadas con quietud son mejores que el clamor del señor (lit, en hebreo capitán) entre los necios. Mejor es la sabiduría que las armas de guerra; pero un pecador (en el TM het: fallo, error o pecado) destruye mucho bien”*¹⁴⁰. La RV77 traduce así la segunda parte de este verso: *“pero un solo error destruye mucho bien”*.

Aparentemente, el contenido de este capítulo 10 parece estar plagado de contradicciones; sin embargo, todo cambia si intentamos hacer una exégesis y una hermenéutica teniendo en cuenta la cuestión de fondo que se debate: los necios (*insensatos, mediocres*) alcanzan las superestructuras de poder desde donde se gobierna a los seres humanos, apoyándose en el poder de la fuerza y del dinero, y en la capacidad depredadora de ambas realidades fácticas.

Quizá todo el capítulo tiene más coherencia interna de lo que a primera vista pudiera parecer, si lo contemplamos desde la perspectiva del que detenta la autoridad, del que gobierna, del príncipe, del rey. Así, leemos en los versos 5 a 7: *“Hay un mal que he visto debajo del sol, a manera de error emanado del príncipe: la necedad (mediocridad) está colocada en grandes alturas, y los ricos (entiendo que en sabiduría: el término hebreo que se utiliza para ricos lo traducen los autores de la Septuaginta por rico, opulento, y abundante) están sentados en lugar bajo. Vi siervos (necios, mediocres) a caballo (es decir, en una situación encumbrada, en la cima del poder); y príncipes (del conocimiento, de la sabiduría) que andaban como siervos (sometidos a las vejaciones de la despótica tiranía de los mediocres) sobre la tierra”*.

Si realizamos un acercamiento exegético al texto hebreo, nos encontramos con que el término *príncipe* de los versos 4 y 5 corresponde al vocablo *hassaalit* (así en el TM), que la Septuaginta traduce por *exousiazontos*, que se relaciona, efectivamente, con el término *exousia*, término que se deriva de otro que, en el griego del Nuevo Testamento, se emplea para designar a las autoridades (*exousia*), y que literalmente significa *poder, potestad y magistratura*. Por consiguiente, el término *príncipe* en estos textos, y en el contexto de todo el capítulo, se refiere a aquel que ejerce el poder de manera autocrática y despótica; de este modo, es la necedad (*mediocridad*), y no la sabiduría, la infraestructura de las leyes con las que ejerce su gobierno.

Las diversas traducciones de estos textos que se pueden hacer —sin faltar al sentido original— arrojan más luz, para ver con mayor claridad y comprender mejor el sentido de lo que venimos argumentando. André Barucq lo traduce así: *“Hay un mal que yo he visto bajo el sol, una suerte de error que*

proviene del entorno de quien ejerce el poder: la necesidad es promovida a las grandes dignidades, mientras que los antiguos y notables se sientan en inferior posición”. Por otro lado, la BCAS lo hace de este modo: “Es puesto *el inepto* en muchos puestos elevados, y *los aptos* se sientan abajo”.

Para quien busca la realización inmanente (¡no digamos ya la trascendente!) en el marco sociohistórico, sociopolítico y socioeconómico en el que se realiza su devenir antropológico, un sentimiento de frustración y de angustia inunda su experiencia existencial, porque las ofertas éticas, morales, sociales y políticas que le ofrece el Sistema en el que vive inmerso no pueden satisfacer, de manera realizadora y gratificante, las demandas que emergen desde los estratos más profundos de su corazón. En definitiva, a la postre, “el hombre que confía en el hombre” y en sus fraudulentas ofertas de **paraísos en la Tierra**, constata que la meta que los que están en eminencia persiguen se concretiza en una fútil realización hedonista, y en una egocéntrica y egolátrica servidumbre a los pies del altar donde se rinde culto a la consumación pleromática del instinto de poder, tal y como nos hubiera dicho el eminente Alfred Adler¹⁴¹.

El autor de este libro expresa estos mismos pensamientos cuando nos exhorta, diciéndonos: “¡Ay de ti, tierra, cuando tu rey es muchacho (entiendo *sin experiencia*) y tus príncipes banquetean de mañana! ¡Bienaventurada tú, tierra, cuando tu rey es hijo de nobles (entiendo *sabios*) y tus príncipes comen a su hora para reponer sus fuerzas y no para beber (lit, *no como borrachos*)”¹⁴².

El efecto alienante y desestructurador de los necios y mediocres en el conjunto de la sociedad que los elige, tolera y sostiene en su rol dirigente, es semejante al de “*las moscas muertas que hacen heder y dan mal olor al perfume del per-*

fumista” o a “*una pequeña locura que desprestigia y desacredita al que es estimado como sabio y honorable*”¹⁴³. El análisis más escrupuloso y detallado de este texto nos pone de relieve que la expresión *moscas muertas* corresponde a la frase hebrea *zebut met*, que debiera de traducirse por *una mosca muerta*; es decir: para que se corrompa lo íntegro, lo sano, lo ético y todo lo que da un buen olor existencial no es necesario que enfermen, mueran y se corrompan muchas o todas las moscas, basta sólo con la descomposición putrefacta de **una** para que la hediondez inunde y contamine todo el vergel de la existencia. De igual manera, “*una pequeña locura*” –*una necesidad* (Silvia Kittim)¹⁴⁴; *un poco de locura* (NBL); *la tontería más ligera* (DHH), *una pequeña insensatez* (VM)– que se desarrolle a nivel de las superestructuras de la sociedad es suficiente para que se contagie a todo el conjunto de los individuos que integran el cuerpo social, con la consiguiente disfuncionalidad y alienación que esto conlleva a todos los niveles en los que se deviene existencialmente el ser humano. En lugar de favorecer la pneumatización, o espiritualización, de la materia, se va deviniendo la materialización del espíritu. Los valores supremos a los que se aspira consisten en que **tenemos más** y no en que **seamos mejores**. El teólogo L. M. Schökel lo expresó claramente al traducir nuestro texto de la siguiente manera: “Moscas moribundas hacen que huelga mal, que fermente el óleo del perfumista; un poco de necesidad es de más peso que la sabiduría, que el honor”¹⁴⁵; o dicho de otra manera: *Tanto tienes, tanto vales, o Poderoso caballero es Don Dinero*.

La solución a la situación de frustración y disestor generalizado que embarga a toda la sociedad, no se vislumbra con claridad cuando la mirada escrutadora del que la padece percibe un horizonte donde la necesidad, la insensatez y la

mediocridad constituyen los únicos referentes ético-morales como suprema posibilidad de realización inmanente y trascendente. La sociedad ha llegado a vaciar su inconsciente colectivo de valores que autentiquen la existencia, y le abran al ser humano una ventana a la posibilidad de su plena realización. Cuando el sentimiento de esperanza no se vivencia en la esfera de nuestra intimidad, la vida carece de dimensión metafísica; entonces, la **escatología de la esperanza** queda reducida a una esperanza sin escatología. Falta la respuesta gratificadora a las ansias de realización trascendente que anidan y palpitan en el centro de nuestro corazón. El insensato, el necio, el mediocre, no tiene conciencia de su mismidad y, mientras transita por la vida, va manifestando abiertamente su propia alienación existencial. Así, leemos en el verso 3: “y aun mientras va el necio por el camino, le falta cordura (lit, su corazón es deficiente) y va diciendo a todos que es necio (insensato, VM)”. La RV77 lo traduce así: “y mientras va el necio por el camino, le falta cordura, y va diciendo a todos que los necios son ellos”.

Toda la experiencia sociohistórica que puede ocupar el campo de nuestra conciencia –individual o colectiva– en una sociedad donde la mediocridad reina, se explicita en el pensamiento filosófico-materialista que se recoge en el verso 19: “Por el placer se hace banquete (realización hedonística y epícurista) y el vino (realización dionisiaca, desestructuradora de la convivencia y liberadora de los instintos homicidas, incestuosos y fanáticos) *alegra a los vivos*; y el dinero (plata, dinero, en la Septuaginta) *sirve para todo*”.

Volviendo a nuestro análisis exegético, el teólogo Podechard¹⁴⁶ piensa que los versos 16 y 17 deberían ir seguidos del 19. Si esto fuera así, se tendría que llegar a la conclusión de que los que detentan el poder se entregan a los placeres a

costa del erario público. Pero cuando la sociedad ha sido alienada por el Sistema, carece de capacidad de análisis para esclarecer la verdad. Las autoridades, los gobernantes y todos aquellos que están en puestos de eminencia se constituyen en ideotipos, o figuras idealizables, con los cuales las masas tienden a identificarse, consciente o inconscientemente; con la consiguiente aceptación e introyección de las mismas y de todos sus principios y contradicciones.

Retomando el énfasis del verso 3, nos encontramos con que al necio, mientras va por el camino *le falta la cordura*; como ya hemos dicho, *su corazón es deficiente*, según la Septuaginta. El corazón es, tanto desde el punto de vista somático como psicopneumático, el centro energético-dinámico de nuestra economía psicosomática en cuanto seres que devenimos nuestra existencia en el aquí y ahora. El vocablo *deficiente* significa *llegar demasiado tarde, retrasarse, llegar después, carecer de, faltar*.

Resulta evidente que el seguimiento de la filosofía existencial hedonística y materialista de los necios (mediocres) no nos conducirá al destino de realización inmanente y trascendente que tanto deseamos. Decía Séneca: “Los necios hablan como viven”¹⁴⁷. La sabiduría del pragmatismo no es garantía suficiente para elaborar una tesis, una antítesis y concluir con una síntesis enriquecedora que dé un soporte homeostático y realizador al sentido de nuestra vida. La sabiduría de la mediocridad carece de contenidos que la avalen; es, en el mejor de los casos, una sabiduría falsa, es decir, una pseudosabiduría.

Los versos 8 al 15 ponen de manifiesto la crisis agónica a la que nos conduce el saber y la gestión de los mediocres. En definitiva, se trataría de gobernantes que no hacen prevención de los problemas: no previenen la enfermedad, sólo tratan de

repararla. Les falta el programa adecuado para que su acción taumatúrgica sea liberadora, y además carecen de voluntad para cumplirlo. El fracaso de su gestión queda puesto de manifiesto en el verso 11: *“Si muerde la serpiente antes de ser encantada, de nada sirve el encantador”*.

Cuando Schökel analiza este pasaje (versos 8 a 11), llega a la conclusión de que no se puede confiar ciegamente en la pericia personal; y dice: *“La pericia no excluye el fracaso”*¹⁴⁸. Es necesario que la experiencia de la realidad que aprendemos en la praxis de nuestra existencia sea iluminada por aquella sabiduría que desciende de lo Alto, como diría Santiago¹⁴⁹, del Padre de las luces, para que ilumine los recovecos más profundos y sombríos de la esfera de nuestra intimidad. La filosofía de los necios, de los mediocres, margina a Dios de su experiencia existencial y, al entrar en confrontación dialéctica con Él, queda huérfana de toda esperanza metafísica.

Jesús de Nazaret habló de esa confrontación dialéctica entre los necios y Dios cuando, en el Sermón del Monte, afirmaba la imposibilidad de servir a dos señores. Pero los necios, los mediocres y todos aquellos que se consideran sabios en su propia opinión, terminarán cayendo en su propia trampa y siendo víctimas de su propia filosofía; al final, el desconcierto y la desorientación noética constituyen otros tantos ingredientes de sus contenidos anímicos y existenciales. La realización a nivel primitivo, a nivel oral (comer y beber), se presentan ante sus propios ojos como supremas e inefables posibilidades para superar y trascender sus sentimientos de angustia y frustración, olvidándose de que *“todo el trabajo del hombre es para su boca, y con todo eso su deseo* (en hebreo *nephesp*, que significa *alma*) *no se sacia”*, (Ecl. 6:7).

Ante la pujante demanda que asciende desde el fondo del ser al Yo (campo de la conciencia), el necio siente la necesidad

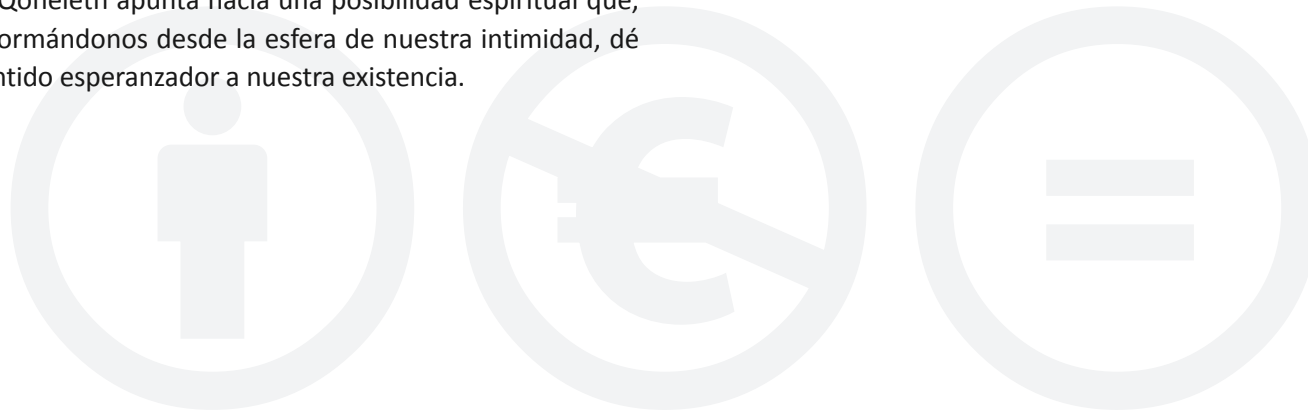
apremiante de buscarse **un dios** que satisfaga sus necesidades más insatisfechas. Es así como la imagen reprimida de la DEIDAD que todos llevamos esculpida en el **SÍ MISMO** –según C. G. Jung y San Pablo–, es decir, en los estratos más profundos de nuestro corazón, la proyectamos fuera de nosotros y convertimos al dinero en dios, adjudicándole cualidades omnipotentes que le permitan dar respuesta gratificante a todas nuestras necesidades. Estas realidades que venimos tratando las explicita perfectamente nuestro autor en el verso 19: *“Por el placer (lit, la risa) se hace el banquete, y el vino alegre a los vivos, y el dinero sirve para todo”*.

Las experiencias de rendir culto y pleitesía al “becerro de oro” vuelven a ser elementos importantes y consustanciales a nuestra manera de ser y estar en el mundo, y, por consiguiente, están fuertemente enraizados en nuestra manera de vivir la realidad. *Mamón* es un dios que exige sacrificios humanos y que, además, se presenta como alternativa al verdadero Dios. Pero este Dios, tan presente y cercano, se ha devenido históricamente desde distancias mileniales. *Meandro* decía: *“la plata y el oro, éstos son en mi opinión los dioses más útiles; si éstos tienen lugar en la casa, desea lo que quieras y todo será tuyo”*¹⁵⁰. Y asimismo *Horacio* afirmaba que *“es claro que la mujer con dote y el crédito, los amigos y el linaje, y la belleza los otorga la reina PECUNIA”*¹⁵¹.

He aquí, pues, dos ejemplos de una clara apología del dios de las riquezas. Por el contrario, San Pablo escribió, sobre el año 63 de nuestra era, que *“raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciándolo algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados (lit, acribillados) de muchos dolores”*¹⁵². El devenir de la humanidad en el decurso de la Historia nos ha llevado a la constatación de que 4.500 millones de personas, de los más de 6.000 que hoy pueblan la Tierra, viven en

la más execrable explotación, en la marginación y en la miseria. Casi cada décima de segundo una vida humana es inmolada en el altar del dios de las riquezas.

Si la mediocridad sigue rigiendo y orientando el destino de los seres humanos, entonces tendríamos que decir que **la esperanza ha muerto**, como exclamaban aquellos yonkis hace algunas décadas. Pero los que creemos que hay un Ser Supremo que es Señor de la Vida y de la Historia tenemos mejores perspectivas, tanto para nuestra realización inmanente como trascendente. Como veremos en el capítulo 11 de su libro, Qoheleth apunta hacia una posibilidad espiritual que, transformándonos desde la esfera de nuestra intimidad, dé un sentido esperanzador a nuestra existencia.



Capítulo 20

La certidumbre de lo incierto (1)

Echa tu pan sobre las aguas; porque después de muchos días lo hallarás.

Reparte a siete, y aun a ocho; porque no sabes el mal que vendrá sobre la tierra.

Si las nubes fueren llenas de agua, sobre la tierra la derramarán; y si el árbol cayere al sur, o al norte, en el lugar que el árbol cayere, allí quedará.

El que al viento observa, no sembrará; y el que mira a las nubes, no segará.

Como tú no sabes cuál es el camino del viento, o cómo crecen los huesos en el vientre de la mujer encinta, así ignoras la obra de Dios, el cual hace todas las cosas.

Por la mañana siembra tu semilla, y a la tarde no dejes reposar tu mano; porque no sabes cuál es lo mejor, si esto o aquello, o si lo uno y lo otro es igualmente bueno.

(11:1 a 6)

Los primeros seis versos de este capítulo constituyen un fiel exponente de la contradicción implícita en este enunciado. La vida de los seres humanos debajo del sol se manifiesta como un conjunto de inquietudes e incertidumbres que, a manera de jalones, o finsos, enmarcan la existencia de todo

ser. Esos textos vienen a constatar que las realidades intrap-síquicas y peristáticas en las que el hombre deviene su existencia le sumergen, de una manera ineludible e insoslayable, en el ámbito de lo incierto. Tal vivenciación de la existencia puede constituir el elemento primordial que genere, a nivel consciente e inconsciente, sentimientos de frustración que, a su vez, constituyan la infraestructura de la que brote el manantial del que mana esa angustia de la que venimos hablando, y que convierte al ser humano en un esclavo de su propia finitud, de sus propias circunstancias y limitaciones.

Estas palabras de Qoheleth invitan a sentirse seguro en un mundo de inseguridades, confiado en una sociedad donde la desconfianza mediatiza las relaciones interpersonales, esperanzado en una época de desesperanza quasi –apocalíptica; en una palabra: se trata de conseguir superar todas las contradicciones que se dan en el devenir histórico de los seres humanos, alcanzando **la certidumbre de lo incierto**.

Para ilustrar esta realidad contradictoria, vamos a recordar un acontecimiento sobresaliente en la vida de Jesús de Nazaret. Se trata de uno de sus actos taumatúrgicos más relevantes. El hecho está recogido por los tres evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas). Reproducimos el texto de Marcos, por parecernos el más completo y esclarecedor:

“Cuando llegó a donde estaban los discípulos, vio una gran multitud alrededor de ellos, y escribas que disputaban con ellos. Y enseguida toda la gente, viéndole, se asombró, y corriendo a él, le saludaron. Él les preguntó ¿Qué disputáis con ellos? Y respondiendo uno de la multitud, le dijo: Maestro, traje a mi hijo que tiene un espíritu mudo (en gr, un espíritu que no le deja hablar), el cual, donde quiera que le toma, le sacude (en gr lit, golpea con los pies, o pateo); y echa espumarajos, y cruje los dientes, y se va secando; y dije a tus

*discípulos que lo echasen fuera y no pudieron (en gr, no tuvieron fuerzas). Y respondiendo él, les dijo: ¡Oh, generación incrédula! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo. Y se lo trajeron; y cuando el espíritu vio a Jesús, sacudió con violencia al muchacho, quien cayendo en tierra se revolcaba, echando espumarajos. Jesús preguntó al padre: ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? Y él dijo: Desde niño. Y muchas veces le echa en el fuego y en el agua, para matarle; pero si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos. Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible. E inmediatamente el padre del muchacho clamó y dijo: **Creo, ayuda mi incredulidad.** Y cuando Jesús vio que la multitud se agolpaba reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu inmundo y sordo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él. Entonces el espíritu, clamando y sacudiéndole con violencia, salió, y él quedó como muerto, de modo que muchos decían: Está muerto. Pero Jesús, tomándole de la mano, le enderezó, y se levantó”¹⁵³.*

Deseo que nos fijemos y concentremos en la personalidad, actitud y comportamiento del padre del muchacho enfermo. La enfermedad de su hijo le crea una situación de ansiedad, angustia y frustración. Él desconoce sus causas, y tampoco sabe su remedio. Su ansiedad expectante le lleva a intentar todas las posibilidades, por heterodoxas que éstas sean, con la finalidad de devolver la salud al hijo que ama. Sin duda alguna que oyó hablar de los “hechos y dichos” de Jesús y de sus discípulos. Un rayo tenue de esperanza penetra en el atardecer de un día, quizá triste y aciago, por una rendija de la celosía de su corazón. Conoce el lugar donde Jesús se encuentra con sus apóstoles. Se encamina hacia él, y cuando llega se encuentra en medio de una gran multitud que también demanda de Jesús de Nazaret la resolución de sus pro-

blemas. Busca al maestro con una mirada anhelante y escrutadora, pero no le encuentra. No obstante, allí están sus discípulos. ¿Por qué no probar suerte con ellos? La acción tau-matúrgica de los apóstoles fracasa, y la inseguridad y la incertidumbre de este padre angustiado se incrementa.

De repente, el Galileo, el Nazareno, irrumpe en medio de una escena de crispación dialéctica, donde seguramente se podría estar discutiendo sobre el porqué y el sentido del mal en el mundo. De nuevo otro rayo de esperanza penetra y estimula los estratos más profundos de la esfera psicoafectiva y psicoemocional de este padre desolado. En medio de una multitud sorprendida y emocionada por la llegada del amigo de todos los parias y sufrientes de la tierra, deja oír su voz, decepcionado por el fracaso de los discípulos del Señor: “Dije a tus discípulos que lo echarán fuera y no pudieron”. La respuesta de Jesús supone un aldabonazo a la conciencia todavía racionalista de este padre acongojado: “¡Oh, generación incrédula!”.

Aquí radica la causa fundamental que, según el Profeta de Nazaret de Galilea, justifica el fracaso terapéutico de los discípulos: la incredulidad, o la falta de fe (en su sentido de *confianza plena*) del padre del muchacho enfermo.

El significado etimológico del término *incrédula* implica una situación interna apística; es decir, de falta de fe. La Revelación de Dios enseña que “sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios, crea que le hay y que es galardonador de los que le buscan”¹⁵⁴.

Pero sigamos analizando el pasaje. El médico divino, Jesucristo, realiza una anamnesis clínica al contemplar la sintomatología neuropsiquiátrica que padece el muchacho. Al relatar la fenomenología patológica que manifiesta su hijo, el padre le hace a Jesús una petición casi agónica: “pero si

puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos". Al borde de la desesperación, este padre conmovido y acongojado recurre a movilizar afectivamente las mismas entrañas de Dios. La respuesta del Mesías es reveladora: *"Si puedes creer, al que cree todo le es posible"*. Jesús, que conoce los contenidos e intenciones del corazón de los seres humanos, sabía que **la duda y la certeza, la confianza y la desconfianza, la certidumbre y la incertidumbre** libraban una gran batalla emocional y espiritual en la esfera de la intimidad de este padre que busca anhelante la curación de su hijo. La respuesta del padre ¡es extraordinaria! Cuando un ser doliente se coloca en la actitud de este padre, se encuentra en la mejor situación para resolver y superar sus contradicciones. El relato bíblico nos dice que *"inmediatamente el padre del muchacho clamó y dijo: Creo, ayuda mi incredulidad"*.

Se había llegado al momento dialéctico necesario para que este padre, con la ayuda del Espíritu de Dios, pudiera superar sus angustias y experimentar en lo más profundo de su ser **la certidumbre de lo incierto**. La fe como posibilidad, que viene dada por la gracia y la misericordia de Dios, nació en su corazón y, desde el mismo centro de su personalidad, irradió su luz clarificadora a toda la esfera de su intimidad. ¡El milagro estaba hecho! La *"luz verdadera que alumbra a todo hombre y vino a este mundo"*¹⁵⁵ despejaba las tinieblas de la duda y de la incertidumbre que anidaban en los recovecos más oscuros y profundos de su corazón. Esta vez, la acción taumatúrgica de Jesús obtuvo un gran éxito. Su hijo recuperó la salud integral que tanto necesitaba.

Todos y cada uno de estos seis primeros versos del capítulo 11 nos invitan a adoptar una actitud de **abandono total** de nuestras necesidades inmanentes y trascendentes en manos de lo que unos llamarían **el destino**, otros **la providen-**

cia y algunos **el azar, la necesidad o la casualidad**. Los cristianos depositamos nuestra confianza, presente y futura, en la realidad que denominamos Dios, haciendo referencia al Ser Supremo y Trascendente, al Creador de todas las cosas, a aquel que, siendo la Luz y la Vida, es también el único que tiene inmortalidad y **existencia** por sí mismo.

Entiendo que para muchos resulte difícil asumir una actitud que parece ir en contra de los dictados más elementales de la razón. El texto bíblico dice: *"Echa tu pan sobre las aguas, porque después de muchos días (lit, en muchos días) lo hallarás"*. ¿Cómo se puede tener confianza en semejante promesa?

A lo largo de la Historia, los seres humanos hemos venido formulándonos esta pregunta: **¿Qué es el hombre?** Las respuestas dadas han sido variadas y, algunas, muy interesantes; ya dejamos constancia de este hecho en otra parte de esta obra. De todas las respuestas elaboradas por distintos autores, vamos a recordar una que viene a la sazón de lo que estamos comentando: Se ha dicho que el hombre es **un ser pensante**: quizá teniendo en cuenta la visión antropológica y existencial del gran filósofo francés Descartes cuando, para clarificar la conciencia de su mismidad, afirmó: "Pienso, luego existo"¹⁵⁶. Los enciclopedistas (Diderot, Rosseau, D'Alambert, etc.) elevarán la Razón a la categoría de omnisciente.

Para quienes siguen pensando de esta manera, al no ser Dios una realidad tangible, verificable, organolépticamente demostrable por el método científico –para que pueda ser comprendida por el intelecto humano–, no les resulta posible aceptar su existencia. En esta disyuntiva, la Fe y la Razón se nos presentan como dos opuestos incompatibles. Muchos han cometido lo que el psicoanálisis denomina **un acto fallido** al identificar Razón con Ciencia y Fe con Religión. Tal es el caso

de Bertrand Russell¹⁵⁷. La deducción racional es obvia: al ser la Ciencia y la Religión esos **dos opuestos** irreconciliables, el hombre, que no quiere devenir su vida en una contradicción permanente, **debe de** optar por una de estas dos posibilidades. Si se decanta por la Fe, se queda sin el conocimiento de la Ciencia; y se supone que tendría que someter su razón a un riguroso proceso represivo, encontrándose su **yo** (como espacio psíquico consciente) vacío de los contenidos y recursos indispensables para poder disponer de elementos de juicio válidos que le permitan interpretar de forma adecuada la realidad, y su realidad, en el tiempo y en el espacio. Si, por el contrario, opta por la Razón, entonces se encuentra carente de argumentos irrefutables (¿fiabiles?) para dar respuesta a los interrogantes existenciales que siempre han estado palpitando en el fondo de su alma: ¿De dónde venimos? ¿Quiénes somos? ¿A dónde vamos?

Concediéndoles a la Razón y a la Ciencia la posibilidad de dar respuestas satisfactorias, gratificantes y realizadoras en cuanto a nuestra inmanencia –¡lo que ya es mucho conceder!–, no podemos soslayar el hecho de que no se encuentran en condiciones de dar soluciones válidas y vicariantes a las necesidades demandadas desde la esfera de la intimidad de los seres humanos; es decir –y necesitamos enfatizarlo de nuevo–, a los deseos de eternidad, o de **vivencia de tiempo indefinido**, que brotan de nuestro corazón. Por consiguiente, la Ciencia no está en condiciones de aportarnos soluciones homeostáticas e integradoras a la problemática metafísica de la trascendencia.

Un análisis racionalista de los primeros seis versos de este capítulo nos llevaría a la conclusión de que, lo que se supone que es una porción de la Palabra de Dios revelada a los hombres –y, por consiguiente, infalible–, no contiene más que con-

tradiciones, inexactitudes y crasos errores, fruto de la ignorancia científica del autor. Sin embargo, si la exégesis se realiza libre de prejuicios pseudocientíficos, desde una perspectiva teológica, la aportación de conocimiento que nos suministra resulta más que esclarecedora. Para ejemplificarlo, vamos a realizar un estudio exegético y hermenéutico de los versos 1 y 2, dejando los otros cuatro para el próximo capítulo

La invitación de Qoheleth es a que depositemos nuestra confianza plena y sin condicionamientos en las promesas de Dios; dicho de otra manera: se nos invita a **aceptar lo inverosímil como norma**. Lo inverosímil, lo incierto y la norma es la Fe. La concepción de la fe como un asentimiento ciego a “**creer lo que no vemos**” constituye una argumentación apologética intrascendente, superficial y simplista acerca de lo que en la Palabra de Dios se nos revela como la esencia de la misma fe.

En HEBREOS leemos que “*es, pues, la fe la certeza (en gr, hypóstasis) de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve*”¹⁵⁸. Este término griego se debe traducir por *sustancia, materia y realidad*. El autor de esa carta lo emplea también para decir que Jesucristo, el Hijo de Dios, es, en relación con la suprema Deidad, “*la imagen de su sustancia*” (*hypóstasis*)¹⁵⁹; es decir, que, en la medida en que Dios es el Espíritu y el Hijo de Dios también, la Encarnación de este (su *hypóstasis*) supone *la materialización del Espíritu, la divinización (pneumatización) de la materia, la presentación real y sustancial del Dios inaccesible*; o dicho a la manera del apóstol Juan en su evangelio: la encarnación del Verbo supone la misma exégesis (explicación) de la Divinidad en el mundo (Juan 1:18). De la misma manera que “*el Verbo hecho carne*” (la “*hypóstasis* de Dios) es *el Camino, la Verdad y la Vida, así la fe es la certeza (la sustancia, la realidad; lit, la evidencia) concreta de lo que se*

espera, la convicción de lo que no se ve (lit, de realidades –pruebas convincentes– que no se ven). La fe como don de Dios, como fruto del Espíritu, no constituye una hipótesis **incierto**, sino **una certeza, una convicción o una demostración** de la realidad inefable del Dios inaccesible a los ojos de la carne, pero que se hace vivenciable en los estratos más profundos de la esfera de nuestra intimidad.

Volviendo a nuestro análisis exegético de los dos primeros versos de nuestro texto, vamos a recordar alguna de las interpretaciones que se han dado sobre estas palabras. Para O. G. Gillis tienen el sentido de “dar ayuda a los necesitados, sin investigar demasiado si la merecen o no”¹⁶⁰. Para otros, el verso 2 instaría a “no poner tu capital en una sola empresa”¹⁶¹. La aseveración de O. G. Gillis de que se trata de “la práctica de la beneficencia” queda descartada, porque en Qoheleth no se trata la doctrina **de la retribución de Dios al hombre** en función de los méritos obtenidos por la práctica de sus buenas obras. Su invitación “al ejercicio del comercio a través del mar” (así opina la BAC) no guarda coherencia con el verso 2; y es evidente que en estos versos se nos está presentando, con imágenes simbólicas distintas, la misma realidad experiencial.

Para terminar con el análisis de estos textos es conveniente recordar que, para algunos autores, estas palabras citarían un proverbio fenicio (F. Piotti)¹⁶² o griego (J. de Sarignac)¹⁶³, por su parecido con la expresión *teognis*: sembrar en el mar. En este sentido, podemos aportar la opinión de Jamieson, Fauset y Brown, que explican que “había una costumbre de echar la semilla (que representaría el *pan*) desde botes sobre las aguas desbordadas del Nilo o en zonas pantanosas, y que, tras el reflujó de las aguas, el grano brotaba del aluvión”¹⁶⁴. Esta última apreciación nos ayudaría a entender,

tanto desde el punto de vista biológico (científico) como simbólico (parabólico-analógico) que, en la fe, es posible que se convierta en realidad **la certidumbre de lo incierto**.

Capítulo 21

La certidumbre de lo incierto (2)

En este capítulo vamos a proceder al análisis de los versos 5 y 6. Como repito una y otra vez, un acercamiento superficial, sin la profundización teológica necesaria, al verso 5 nos dejaría la impresión de que las taxativas afirmaciones del autor ponen en evidencia una falta de conocimiento científico sobre los fenómenos que analiza. El estudio exegético riguroso nos demostrará que esto no es así.

Qoheleth afirma: *“Como tú no sabes cuál es camino del viento...”*. Es evidente que en su época no existían los conocimientos astronómicos y astrofísicos de que disponemos en la actualidad. En aquel tiempo “se oía y se sentía el sonido de los vientos”; pero, rememorando unas palabras de Jesús de Nazaret al maestro fariseo Nicodemo. *“el viento sopla de donde quiere y oyes su sonido (en gr, su voz); mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va”*¹⁶⁵.

Hoy existen medios para intentar conocer el origen, la gestación, la dinámica, la orientación y hasta el recorrido y el agotamiento de los vientos; pero ¿alguien se atrevería a afirmar que los actuales especialistas en meteorología conocen mejor los *fenómenos eólicos* que los sabios sumerios, caldeos, egipcios o persas? No sería yo quien tal afirmación hiciera. Pero es necesario no olvidar que muchos de los descubrimientos científicos que se consideran modernos, o contemporáneos,

solo han puesto al descubierto fenómenos y realidades de las que ya tenían conciencia los sabios de la antigüedad. Tal es el caso del descubrimiento de nuestro sistema solar, de los métodos de reanimación boca a boca, de la circulación sanguínea, de la conservación incorruptible (embalsamamiento) del cuerpo, o el de la complicada urdimbre psicológica que regula las relaciones humanas. Copérnico, Galileo Galilei, Miguel Servet, Halley y Sigmund Freud fueron geniales en sus aportaciones científicas y produjeron una auténtica revolución en el conocimiento de la realidad, pero, en el fondo, se limitaron a realizar una exégesis y una hermenéutica científica más depurada de lo que ya en parte conocían y en parte intuían los caldeos, los egipcios, los hebreos, los griegos o los medos y los persas.

Pero, dejando a un lado mis consideraciones epistemológicas al respecto, el análisis exegético del verso 5 nos aporta una nueva posibilidad interpretativa. El término *viento* corresponde al vocablo hebreo *ruah*, y se puede traducir por *viento*, *espíritu* y *aliento* indistintamente y según el contexto en el que se encuentre enmarcado. En el caso que nos ocupa, *ruah* se podría traducir por *espíritu*. Para probar esta posibilidad es necesario que sigamos nuestra exégesis.

En su segunda parte, nuestro verso dice: *“o cómo crecen los huesos de la mujer encinta”*. Sabemos que los conocimientos del desarrollo embrionario en la época de nuestro escritor distaban mucho respecto de lo que hoy sabemos sobre el desarrollo intrauterino del embrión y del feto. No obstante, ya el rey David –padre de Qoheleth– dejó plasmado en sus versos cuando escribió el Salmo 139 no sólo palabras de una belleza literaria incomparable, sino que usó vocablos hebreos cuyo significado alcanza a revelarnos los descubrimientos más avanzados de la embriología y de la genética en materia del

desarrollo fetal. Pero este aspecto tan relevante de la Revelación de Dios, y su análisis pormenorizado, lo dejaremos para más adelante. Volvamos ahora a la exégesis más incisiva de nuestro verso.

Para profundizar mejor en el posible sentido y la más enjundiosa enseñanza de este texto, tenemos que volver a recordar que el mismo término *ruah* no se utiliza sólo una vez, sino dos. Apreciaremos en nuestra lengua esta notoriedad lingüística y teológica si dejamos constancia de otras posibles traducciones. Así, la BAC lo hace de este modo: “como no sabes por qué camino *el espíritu entra* en los huesos en el seno maternal”; y L. A. Schökel aporta una traducción también muy significativa: “si no entiendes cómo *un aliento entra* en los miembros en un seno preñado”.

Si recomponemos 11:5 según las matizaciones apuntadas, yo me atrevo a sugerir la siguiente traducción integral: “Como tú no sabes cuál es el camino del espíritu o como no sabes por qué camino el espíritu entra en los huesos en el seno maternal, así ignoras la obra de Dios, el cual hace todas las cosas”. Con esta traducción se despejarían muchos malos entendidos y diversas e importantes incógnitas. El texto no nos estaría hablando del movimiento del viento, ni de los diversos procesos tróficos (los nutritivos y alimentarios) que se devienen bioquímicamente en el seno uterino para que se lleve a buen término el desarrollo biológico del nuevo ser; antes bien, estaríamos ante la presentación, extraordinaria, de dos cuestiones pendientes de resolución en el campo de la antropología, de las ciencias del espíritu y de la ontogénesis del ser. Hasta el día de hoy, **nadie** puede presumir de conocer los movimientos, sobre todo los inconscientes, del espíritu humano. Ya el profeta Jeremías, en el siglo VI aC, hablando del espíritu del hombre y de sus mo-

vimientos y contenidos, escribía: “*Engañoso es el corazón (esa esfera de la intimidad a la que me refiero continuamente) más que todas las cosas, y perverso (lit, desesperadamente malo, VM), ¿quién lo conocerá? (¿quién podrá conocerlo?, VM)*”¹⁶⁶

Por otro lado, esta segunda parte del verso nos lleva nada menos que a enfrentarnos con la espinosa y complicadísima problemática de las relaciones alma-cuerpo; nos aproxima, por no decir que nos aboca o que nos introduce de lleno, en la confrontación dialéctica más importante que se da en el campo de la bioética. Hoy se discute en los foros científicos más prestigiosos cuál es el momento antropológico en el curso del desarrollo embrionario en que un conglomerado de células, llamadas primero *mórula* y después *embrión*, se pneumatizan (es decir, se convierten en habitación, o tienda, del espíritu), y, por consiguiente, al nuevo ser ya se le puede considerar humano. A partir de ahí, se producen debates científicos, filosóficos y teológicos que tienen una relación vinculante con la problemática ético-biológica de la inseminación artificial, de la fecundación in vitro, la clonación, el embarazo no deseado, el aborto y el infanticidio, así como con las cuestiones metafísicas de la inmanencia y la trascendencia del ser.

Ante estas realidades que venimos comentando, no puede dejar de sorprendernos cómo la Biblia sigue teniendo una actualidad palpitante y correlacionada con los descubrimientos científicos más recientes.

En relación con la concepción del ser humano como **una unidad psicosomática** y la cuestión ontológica de la relación **alma-cuerpo**, habíamos dejado pendiente la exégesis y hermenéutica de algunos textos del Salmo 139. Ha llegado el momento de ocuparnos de esta cuestión. En él, David manifiesta

su experiencia de la realidad en cuanto a la relación que el ser humano mantiene con Dios, tal y como la experimenta. Merece la pena reproducir algunos de los textos:

Oh Jehová, tú me has examinado y conocido.

Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos.

Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos.

Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda.

Detrás y delante me rodeaste, y sobre mí pusiste tu mano.

Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; alto es, no lo puedo comprender.

¿A dónde me iré de tu Espíritu?

¿Y a dónde huiré de tu presencia?

Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás.

Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra.

Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán; aun la noche resplandecerá alrededor de mí.

Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz.

Porque tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre.

Te alabaré; porque formidables son tus obras; estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien.

No fue encubierto de ti mi cuerpo, bien que en oculto fui formado, y entretejido en lo más profundo de la tierra.

Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas”¹⁶⁷

Apreciamos que en esta excelsa composición poética se considera la omnisciencia, la omnipresencia y la omnipotencia de Dios como realidades del Ser Supremo que se devienen imbricadas e interrelacionadas, constituyéndose en la **realidad trascendente y actuante**. A este respecto, nos ocuparemos de manera especial de una traducción más exacta y teológicamente más productiva de los versos 13 al 16: “*Porque tú formaste mis entrañas* (en heb, **riñones**, como sede de afectos y emociones). *Tú me hiciste* (en heb *tejiste*: formación de los tejidos de un ser) *en el vientre de mi madre. Te alabaré, porque formidables maravillas son tus obras. Estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien* (te alabaré porque asombrosamente y maravillosamente he sido hecho, maravillosas son tus obras, VLA; o, en algunas versiones antiguas, *te alabaré porque asombroso y maravilloso eres tú*). *No fue encubierto de ti mi cuerpo* (lit, *mis huesos*), *bien que en oculto fui formado y entretejido* (lit, *bordado con la mayor habilidad*, implicando la creación de venas, músculos, tendones y nervios) *en lo más profundo de la tierra. Mi embrión* (en heb, *golām*, que sólo se encuentra aquí en el Antiguo Testamento, y que significa *el ser inacabado*; en Éx 2:22 se designa al feto con el término normal para niño *yetadine*, y en 2 R 2:8 se emplea para *embrión* el mismo término que se utiliza para la expresión *enrollar el manto*: el sentido en cuanto al embrión sería el del enrollamiento de las tres hojas blastodérmicas que lo constituyen) *vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas sin faltar una de ellas”*.

El término que se utiliza en el original para *embrión* lo traduce la VM por *imperfección*, y lo relaciona con un libro “*en el que estaban escritas todas aquellas cosas que luego fueron formadas, sin faltar una de ellas”*. En mi criterio; David nos está hablando nada menos que del **código genético** del ser

humano. En nuestros días, y muy recientemente, los científicos que trabajan en el campo de la genética terminan de secuenciar el código genético de diversos seres vivos ¡y del hombre! Se ha avanzado de forma impresionante y admirable, y en un período de tiempo muy breve, en el conocimiento de los 80/100.000 genes que constituyen nuestra dotación genética. Hoy sabemos que muchas enfermedades advienen, y se devienen patológicamente, en relación con la alteración de *uno* o *varios* genes. Dicho en otras palabras: desde el primer momento de la concepción de un ser humano, su código genético *ya está alterado*. Considero que estas alteraciones en nuestro código genético, primarias y primitivas, son las que el salmista David denomina, cuando se refiere al estado embrionario, con el término *gōlam*, que literalmente significa *imperfección*.

Resulta obvio que, hoy, la Ciencia sabe que nuestro código genético **no es perfecto**, que en algún momento de su devenir histórico-biológico, el **homo sapiens** sufrió una desestructuración que explica, en parte, la imperfección que hoy observamos en el mismo. Hasta ahí llega el conocimiento científico: hasta constatar la imperfección (o alteración) de nuestra dotación genética. Hoy sabemos que nuestro código genético constituye el llamado *Libro de la Vida* y que, tal como afirma el salmista, en él *están escritas todas las cosas que luego serán formadas, sin faltar una de ellas*. En ese código está escrita **la esencia de la vida**, pero también la posibilidad irrevocable de la muerte. Todos los procesos de desarrollo psicosomático del **antropos** serán informados y dirigidos por la dotación genética de que dispone desde el primer momento de su concepción.

Como hemos dicho, la Ciencia conoce nuestra desestructuración, o imperfección genética, aunque desconoce

el momento histórico-biológico en que ocurrió y, sobre todo, desconoce **la causa** que la originó. Sólo la Teología, o, si queremos, la Revelación de Dios, está en condiciones de respondernos y aportarnos datos para comprender **esa desestructuración amártica** de nuestro código genético.

Con mis últimas consideraciones no deseo introducir concepciones de tipo racionalista o científico, como aportaciones que nos ayuden o conduzcan a confiar en Dios a través de la fe. Se trata tan sólo de intentar ayudar un poco a entender que la pretendida dicotomía radical entre las aseveraciones de la Ciencia y los contenidos de la Revelación de Dios no es tan clara como algunos pretenden, y, lo que es más importante, no ha sido jamás demostrada. La Biblia afirma que la Sabiduría (así, con mayúscula) emana de Dios, y que entre ésta y la verdadera Ciencia de los hombres no tiene por qué haber contradicción alguna. El hombre —como diría Teilhard de Chardin¹⁶⁸—, inclinado sobre la materia, podría dar “el paso de la reflexión” y llegar a tomar auténtica conciencia del Ser inefable que denominamos Dios.

Pero no quiero desviarme del propósito que se desprende del enunciado de estos dos capítulos: **La certidumbre de lo incierto**: La fe, tal y como se la presenta en las Sagradas Escrituras, supone **la certidumbre de lo incierto**; y, en mi experiencia personal, la superación y la resolución de la contradicción que implica **lo cierto y lo incierto** no se consigue por vía intelectual, sino por un proceso espiritual y psicológico informado y dirigido por el Espíritu de Dios interiorizado, que favorece el ascenso desde los estratos más profundos de la esfera de la intimidad (esfera inconsciente) hasta el campo de nuestro *yo*, (esfera consciente) de la imagen arquetípica de Dios que el ser humano tiene reprimida. Esta percepción yoica en nuestro corazón como **una realidad que vive en mí y que**

me trasciende, es la única posibilidad de que se realice en mi vida la certidumbre de lo incierto. La conversión (la experiencia de la fe) consiste, esencialmente, en hacer consciente lo inconsciente; en que lo inefable e inaccesible, aquello que se escapa a cualquier capacidad racional, alcance el campo de mi conciencia (mi yo) y, desde ahí, trascienda todo mi ser.

Para finalizar este capítulo, retrocederemos unos milenios para acudir a la fuente de donde emana, desde el punto de vista humano, la esencia de la fe. Hemos de remontarnos a la ciudad de Ur de los Caldeos (hace unos 6.000 años), y encontrarnos con un hombre llamado Abraham. La Biblia afirma que este patriarca fue un hombre de fe y que, además, *“es el padre (en cuanto a la experiencia de la fe se refiere) de todos los creyentes”*¹⁶⁹. Él recibió la promesa de Dios de que, en su descendencia —la cual es Cristo—, serían bendecidas (obtenerían reconciliación con Dios mediante la fe) todas las familias, o naciones, de la Tierra¹⁷⁰.

Si nos preguntamos si la fe de Abraham —que constituye el prototipo de toda fe— fue racional, hemos de responder que no lo fue en absoluto. Recordemos lo que, al respecto, nos dice de ella el Nuevo Testamento: *“Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía a su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado (en gr lit, en parábola), también lo volvió a recibir”*¹⁷¹.

En consecuencia, Abraham creyó las promesas de Dios, no por la razón; antes bien al contrario; en contra de ella. La recepción y confianza en la Palabra de Dios generó la fe que le justificaba, obrando el Espíritu Santo en su propio corazón. El fundador del existencialismo, Sorèn Kierkegaard, hombre de fe probada, en una de sus obras más ilustres y preciadas

habla del patriarca, de su experiencia existencial y de su fe, y, al considerar las circunstancias en las que Abraham creyó, define esa experiencia trascendental y trascendente del hombre de Ur con estas palabras: **“La fe empieza donde la razón termina”**¹⁷².

He aquí, en mi humilde criterio, la única posibilidad de alcanzar, durante nuestro devenir inmanente, la seguridad de la trascendencia; o, dicho de otra manera: la posibilidad de conseguir **la certidumbre de lo incierto**

Capítulo 22

El destino del hombre

Suave ciertamente es la luz; y agradable a los ojos ver el sol;

pero aunque un hombre viva muchos años, y en todos ellos tenga gozo, acuérdesse sin embargo que los días de las tinieblas serán muchos.

Todo cuanto viene es vanidad.

Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia; y anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos; pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios.

Quita, pues, de tu corazón el enojo, y aparta de tu carne el mal; porque la adolescencia y la juventud son vanidad.

Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años en los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento;

antes que se oscurezca el sol, y la luz, y la luna y las estrellas, y vuelvan las nubes tras la lluvia;

cuando temblarán los guardas de la casa, y se encorvarán los hombres fuertes, y cesarán las mue-

las porque han disminuido, y se oscurecerán los que mirán por las ventanas;

y las puertas de afuera se cerrarán, por lo bajo del ruido de la muela; cuando se levantará a la voz del ave, y todas las hijas del canto serán abatidas;

cuando también temerán de lo que es alto, y habrá terrores en el camino; y florecerá el almendro, y la langosta será una carga, y se perderá el apetito; porque el hombre va a su morada eterna, y los endechadores andarán alrededor por las calles;

antes que la cadena de plata se quiebre, y se rompa el cuenco de oro, y el cántaro se quiebre junto a la fuente, y la rueda sea rota sobre el pozo; y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio.

(11:7 a 12:7)

Cabe repetir de nuevo que ECLESIASTÉS es un libro único en la literatura bíblica; y, sin duda, también en la sapiencial, en cualquier ámbito o cultura en que ésta se haya dado. Fue el gran poeta Antonio Machado quien escribió aquella sentencia lapidaria: “Caminante, no hay camino; se hace camino al andar”. Las aseveraciones de un poeta están fundamentadas en dos pilares básicos: la experiencia vivida y la inspiración; dicho de otra manera, “de la abundancia del corazón habla la boca”¹⁷³. La esfera de la intimidad de cualquier ser humano se encuentra llena de contenidos que empiezan a formarse en los primeros estadios de la vida intrauterina. El código genético que recibimos de nuestros progenitores nos aporta todos los contenidos de nuestro inconsciente **colectivo**, y también aquellos que corresponden a nuestro inconsciente **étnico**; además,

durante nuestra permanencia en el seno materno recogemos en nuestro corazón pensamientos, sentimientos, emociones y vivencias que nos transmite nuestra madre. Así se va llenando el **fondo** de nuestro ser de las **realidades arquetípicas** que constituirán la infraestructura psicodinámica de nuestra conducta. Esta realidad antropológica y existencial es devenida histórico-biográficamente por cada ser humano.

El pasaje que vamos a considerar en este capítulo trata de las vivencias, emociones, conductas, sentimientos y pensamientos que se manifiestan a lo largo de la vida humana, y, de una forma más concreta, desde la adolescencia hasta la senectud.

Si realizamos una exégesis de los versos 7 a 9 del capítulo 11, nos encontramos con dos importantes consideraciones en cuanto a la realidad existencial que el ser humano vive a lo largo de su periplo vital. Por un lado, hay una exhortación a que el hombre devenga su existencia **alegremente**: *“si el hombre vive muchos años, alégrese en todos ellos”*.

La alegría es un estado de ánimo que se genera en la esfera de nuestra intimidad y que, trascendiendo los estratos inconscientes de nuestro corazón, asciende al campo de nuestra conciencia, de nuestro **yo**, llenando todo nuestro ser de exultante gozo. El sentimiento de alegría nace de nuestra esfera afectiva, o timopática, pero coadyuvan a su génesis los factores peristáticos en los que los seres humanos vivimos inmersos.. Así, leemos en el verso 7: *“Suave ciertamente es la luz, y agradable a los ojos ver el sol”*; una traducción más literal diría: *“dulce ciertamente es la vida, y agradable a los ojos ver el sol”*. Aquí se relaciona la realización existencial de una persona, que hace que su experiencia sea dulce y gratificadora, con el grado de luminosidad del medio ambiente en el que se ubica su existencia.

El sistema planetario en el que vivimos es heliocéntrico; es decir: nuestro sistema solar constituye la fuente de energía calorífica y luminosa indispensable para que la vida en la Tierra sea una esplendorosa, gozosa y extraordinaria realidad.

Está demostrado que el estado afectivo de las personas se influencia y condiciona por las circunstancias de su perimundo. El grado de luminosidad –en definitiva, la intensidad de las radiaciones solares– es captado por las terminaciones nerviosas de nuestra piel y, desde ella, estos estímulos sensitivos-sensoriales son transmitidos en forma de impulsos eléctricos a determinados centros de nuestro cerebro (el tálamo), donde se transforman en sensaciones que nos permiten tomar consciencia de nosotros mismos y de nuestra realidad peristática. La corteza cerebral, que ha sido informada desde dichos centros del grado de luminosidad existente, actúa a su vez sobre nuestro cerebro límbico, o emocional (el cerebro medio), y éste nos permite vivenciar nuestro **ser y estar en el mundo** como una situación de placer o displacer, de bienestar o malestar, de alegría o de tristeza.

El verso 8 nos presenta la posibilidad de vivir una larga vida, y además de vivirla con gozo. No obstante, también nos advierte de que es conveniente mantener vivo el recuerdo de que en toda experiencia existencial se darán *“días de tinieblas”*, tanto a nivel inmanente como trascendente. La pérdida de contacto con esta realidad nos abocaría a una experiencia de extrañamiento y alienación que desestructuraría la integración yoica de nuestra personalidad. Tendríamos que recordar aquí las enseñanzas contenidas en 3:1 a 11: La vida del hombre constituye la vivenciación de un discurrir existencial lleno de contradicciones, que termina desembocando en la experiencia frustradora de la muerte. La resolución o no del gran interrogante metafísico, de la incógnita

de la **trascendencia del ser**, dará su sentido realizador o frustrador a nuestra vida.

En definitiva, los versos 7 y 8 nos vienen a enseñar que el gozo experimentado en su dimensión inmanente puede ser una fuente de alegría, bienestar y realización siempre que pueda proyectarse metafísicamente, para alcanzar una trascendencia inefable y eterna.

Siguiendo con nuestro análisis, nos encontramos con los contenidos explicitados en los versos 9 y 10, que nos hablan de la juventud y de la adolescencia, y de la profunda y complicada problemática que se presenta en estas etapas de la vida.

En el verso 9 se equiparan la juventud y la adolescencia; aunque desde el punto de vista psicológico y psicodinámico no constituyen dos momentos idénticos en el desarrollo de la personalidad, lo que es indudable es que son periodos consecutivos de la existencia durante los cuales tiene que definirse, definitivamente, el **sentido de identidad** del ser como persona. Desde la valoración de una perspectiva psicoanalítica, en la adolescencia se vuelve a revivir, a nivel inconsciente, un proceso primario ocurrido **subliminalmente** entre los 3 y los 5 años de edad. Si en la infancia se resolvió bien este proceso, tiene muchas posibilidades de que también ocurra lo mismo en la pubertad.

Definir el **sentido de identidad** implica la posibilidad de clarificar la orientación psicosexual de una persona. Esta definición somática, psicológica y noético-pneumática constituye el fundamento sobre el que se asentarán las bases de una vida futura homeostásica y equilibrada en todos los ámbitos de la existencia.

Creo que Qoheleth conocía que la vida de todo ser humano se deviene en la confrontación dialéctica entre esos dos

principios que ya hemos considerado en otro lugar: el **del placer** y el de **la realidad**; y de cómo el joven adolescente vivencia su realidad dialéctica, a nivel intrapsíquico, se habla precisamente en los versos 9 y 10.

Hoy se considera que la adolescencia se ha alargado muchísimo, particularmente en el mundo occidental; sin duda, en función de la propia prolongación de la vida. La adolescencia correspondería al periplo existencial que va desde la pubertad hasta los 20 o 23 años.

El despertar físico, hormonal, emocional, intelectual, psicológico y espiritual de la adolescencia pone de manifiesto la gran confrontación dialéctica –que impregna toda la existencia del hombre– entre los dos principios mencionados. Quizá por eso Qoheleth le dice al joven adolescente: *“Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia; y anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos; pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios”*.

Nuestro autor emplea un tiempo imperativo para exhortar al joven a vivir **una vida con sentido** y que traiga alegría a su experiencia existencial. La adolescencia y la juventud son periodos de la vida donde el ser humano puede experimentar y vivenciar importantes gratificaciones realizadoras en la esfera de su intimidad; realizaciones que quedarán esculpidas, con el cincel de **la experiencia vivida**, en los estratos más profundos de su corazón. Pero en la adolescencia no sólo se generan sentimientos placenteros y pensamientos ilusionantes, sino que el púber –que despierta a **una nueva realidad**– empieza a descubrir la vida tal y como es. El pensamiento emocional y prelógico propio de la infancia es invadido, y en parte relegado, por el pensamiento lógico y racional: **el principio del placer tiene que enfrentarse, de forma consciente, con el duro y nada gratificante principio de la realidad**.

Los mecanismos de defensa frente a la angustia que el niño intentaba superar mediante la idealización o sublimación –ya sea **del otro** o de **la realidad**– se menoscaban, dando entonces prioridad a otros, tales como la intelectualización, la racionalización y la represión de los conflictos intrapsíquicos. El **yo** se siente atrapado por la angustia y sufre, hasta el extremo de intentar huir de esa realidad anímica y existencial mediante la elaboración de mecanismos de defensa psicopatológicos, tales como las fobias (miedos), las obsesiones, la conversión de conflictos inconscientes en somatizaciones y crisis de angustia y ansiedad, que le afectan integralmente. Este falso escapismo puede llevarle a la peligrosa situación de ser invadido por los sentimientos de la tristeza y la melancolía, hasta el hecho de llegar a acariciar la autólisis, la realización tanática: el suicidio como la única salida liberadora de su malestar existencial.

Todo este proceso se produce porque el adolescente, para proseguir el curso de **maduración de su personalidad**, tiene que proceder a realizar un doloroso esfuerzo de desmitificación de la realidad, y de **su realidad**. La desidealización y desmitificación de las figuras parentales supone un fuerte shock en la esfera de la intimidad del joven adolescente, y aunque sabe que para hacerse mayor, para seguir creciendo emocionalmente, ese proceso desmitificador es insoslayable, también siente que en lo más profundo de su alma se generan resistencias que se oponen al mismo

En todo este proceso psicodinámico del desarrollo de la personalidad, la relación del adolescente con su padre biológico juega un papel fundamental. Freud y otros psicoanalistas llegaron a afirmar que la imagen de Dios como Padre no era otra cosa que la proyección de las cualidades que el niño y el adolescente adjudican a su padre natural y biológico, y que luego extrapolan y proyectan metafísicamente, dando lugar a

la creación de un Ser Trascendente que es omnisciente, omnipresente y omnipotente. Yo pienso que, realmente, ocurre lo contrario; es decir, que el niño inviste a la figura de su padre carnal con las cualidades atribuidas al Ser Supremo y Padre sobrenatural, porque recibe de sus progenitores contenidos arquetípicos que forman parte de su inconsciente colectivo, y que están esculpidos en el corazón del hombre desde el momento de su creación a imagen y semejanza de Dios. Recordemos de nuevo que el **inconsciente colectivo** es una entidad psíquica común a todos los seres humanos.

En la adolescencia, al producirse el proceso de desmitificación de la figura paterna, **se corre el riesgo de que también este proceso desmitificador afecte a la imagen de Dios como Padre**. Por eso, cuando el adolescente tiene una buena relación con su padre biológico, tiene también grandes posibilidades de tener una buena relación con Dios. En esa etapa de la vida se pone **en crisis** toda la vida emocional, anímica y espiritual del joven, y, en el ámbito de esa conmoción –profunda y generalizada–, se vivencia una crisis de **lo Trascendente**, una crisis metafísica de gran calado, que sume al adolescente en una situación de desorientación, desconcierto y desamparo existencial. Muchos padres **creyentes** no comprenden la **crisis de fe** de sus hijos, y no se dan cuenta de que la infraestructura que la informa suele estar fundamentada en una mala relación paterno-filial. Por eso se hace necesario insistir en que el rechazo de los padres naturales puede ser proyectado –metafísicamente– con el consiguiente rechazo de Dios.

La rebelión contra el padre biológico puede convertirse en una rebelión contra el Padre que está en los Cielos, porque Dios puede aparecer ante los ojos del adolescente como una figura punitiva y represora, de la cual hay que liberarse para tener la posibilidad de **vivir en libertad**. Recogiendo el

significado psicológico y teológico de la relación padres-hijos, el psicoanalista Erich Fromm –analizando precisamente el capítulo 3 del GÉNESIS– decía que la rebelión del ser humano contra su Padre celestial, es decir contra Dios, constituyó *el primer acto de libertad y liberación de la historia del hombre sobre la Tierra*¹⁷⁴.

La verdad es que al rebelarse el hombre contra su Creador, obedeciendo el consejo del diablo –“no moriréis, sino que sabe Dios que el día que comáis de él (del árbol de la Ciencia del Bien y del Mal) serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, conociendo el bien y el mal”¹⁷⁵–, transgredió los límites del equilibrio psicoemocional y espiritual en los que había sido colocado: cayó en la trampa que se le tendía, y se alienó. Su deseo de *ser como Dios* supuso su desestructuración yoica, la escisión de su propio yo, el extrañamiento de sí mismo y, por consiguiente, su **alienación integral**.

Es exactamente lo mismo que se constata hoy, en el campo de la psicopatología, cuando un ser humano **se convierte en otro** al ser invadido el campo de su conciencia, de su **yo**, por contenidos reprimidos en la esfera inconsciente de su mente. Así, podríamos decir que el hombre actual –y de manera más evidente en nuestro mundo occidental– vive alienado porque, en su rebeldía contra Dios, ha reprimido la imagen de su Creador¹⁷⁶ y decretado su muerte, anunciando el nacimiento del Superhombre¹⁷⁷; es decir, anunciando su propia desestructuración anímica, su **conversión en el Otro**, y, en definitiva, su enajenación universal. De la **Religión** como **neurosis universal** (Sigmund Freud) y como **opio del pueblo** (Carlos Marx), se ha pasado a devenir la realidad existencial del ser humano como una experiencia de **locura colectiva**, que puede abocarle teológicamente a una posibilidad de realización autolítica; es decir, de desestructuración tanática de sí mismo.

Es por todo esto que el autor del ECLESIASTÉS exhorta al joven adolescente de la siguiente manera: “*Quita, pues, de tu corazón el enojo y aparta de tu carne el mal; porque la adolescencia y la juventud son vanidad*”. Quitar del corazón el enojo supone la posibilidad de superar los sentimientos de angustia existencial que vivencia el adolescente en su crisis puberal. El término hebreo que se emplea para *enojo* significa *pena y tristeza*. La Revelación de Dios nos está hablando aquí de **la melancolía de la adolescencia**, y la relaciona con la realización de todas las tendencias instintivas que, desde la esfera inconsciente, tienden a ascender al campo de la conciencia para realizarse hedonísticamente. De ahí la recomendación “*aparta de tu carne el mal*”. El vocablo *carne* que aquí se utiliza hace referencia **al yo en su expresión corporal**; por consiguiente, Qoheleth demuestra tener un profundo conocimiento de las intrincadas y complejas relaciones psicósomáticas que informan, regulan y condicionan la conducta humana; y, además, añade una argumentación existencial incontrovertible cuando dice “*porque la adolescencia y la juventud son vanidad*”.

Los términos *adolescencia* y *juventud* corresponden a un solo vocablo hebreo, *shaharut*, que debe traducirse por una de estas dos expresiones: *la aurora de la vida* o *el tiempo del pelo negro*. El término *vanidad* significa, como ya dijimos en otra parte del libro, *variedad, vacío, frustración*, y también podría traducirse por *efímero*. Con estas afirmaciones de nuestro autor, entramos en el abordaje del devenir existencial del hombre.

En los versos 1 al 7 del capítulo 12 se nos describe el ocurrir de la vida humana, su brevedad y el proceso de envejecimiento que nos conduce a la experiencia insoslayable de la muerte, y a la confrontación con las posibilidades de **la trascendencia metafísica del ser**.

Epílogo

La revolución pendiente

(Una reflexión después de dos mil años de cristianismo)

Durante el reinado de Herodes el Grande (año 4 aC), en Belén de Judea nació un niño en el seno de una familia humilde. Sus padres eran descendientes del rey David¹⁷⁸ y, como tantos otros israelitas, esperaban expectantes la llegada del Mesías¹⁷⁹. Habían transcurrido unos cuatrocientos años desde que la voz poderosa del profeta Malaquías denunciara la falta de fidelidad y compromiso del pueblo de Israel con su Dios, Padre y Señor¹⁸⁰, al mismo tiempo que les transmitía un mensaje escatológico de esperanza: *“Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá Salvación. He aquí yo os envío al profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera a la tierra con maldición”*¹⁸¹.

Más allá del desarrollo de la historia humana se devenía, en el mismo corazón de Dios, el Plan Económico de la Salvación para *“reconciliar con Dios todas las cosas, así las que están en la tierra, como las que están en los cielos”*¹⁸². La Historia de la Salvación se insertó en la historia humana cuando el Verbo (el Hijo de Dios: Dios mismo en su esencia pneumática, o espiritual) se hizo carne¹⁸³.

La humanización, o antropologización de Dios tenía —y tiene— como finalidad metafísica, metahistórica y transhistórica nada menos que la divinización del hombre¹⁸⁴. Esta Creación, según afirmaba certeramente Teilhard de Chardin, está en un continuo devenir, un devenir que se verifica, intrahistóricamente, impulsado por el poder dinámico del acto soteriológico (salvífico) de Cristo en la Cruz del Calvario.

Siguiendo a Teilhard de Chardin, el Cristo, hijo de David e *hypóstasis* de Dios —es decir: su sustancia, materia y realidad—, *“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”* (Hebreos 1:1-3). El Punto Alfa irá transformando la Realidad (espiritual, moral, material, humana y cósmica), desde la misma interioridad del Mundo, hasta culminar en el Punto Omega¹⁸⁵, en el Cristo Cósmico; Punto supremo de la acción salvífica de Dios que coincide, en el tiempo y en el espacio, con la creación de *“cielos nuevos y tierra nueva, en las cuales morará la justicia”*¹⁸⁶.

En la actualidad, ya sumergidos en el tercer milenio de la era cristiana, vivimos **ya** —como diría Oscar Cullman— en **los últimos tiempos**, en los tiempos escatológicos que, teológicamente, se definen como **mesiánicos**¹⁸⁷. Esta realidad salvífica se asienta en el hecho trascendente e incontrovertible de que Jesucristo —el último hombre, el segundo Adán, el **hombre nuevo**— nació, vivió y murió en el decurso de la historia

humana¹⁸⁸, para que el Plan salvífico de Dios pudiera realizarse con alcance antropológico y dimensión cósmica.

Aquel niño indefenso, de condición humilde, hijo de una mujer virtuosa y sencilla y –“según se creía”– de un carpintero llamado José, que vio la luz de este mundo por vez primera en los soportales de un mesón, era el resultado del proceso *kenótico* de Dios¹⁸⁹; es decir, en Él, el Hijo de Dios (*la forma de Dios, la realidad en manifestación*) se había hecho Hombre.

En el transcurrir de su infancia, adolescencia, juventud y adultez sufrió un proceso de interiorización de su propio sentido de identidad, mediante el cual fue elaborando **su conciencia mesiánica**: tomó plena conciencia de quién era y, cuando tenía 30 años, abrió sus labios para anunciar al mundo –desde la sinagoga de Nazaret– que Él era el Cristo, Emmanuel, el mismo Dios manifestado en carne. Desde ese momento de su devenir histórico-salvífico comenzó la proclamación del Evangelio del Reino de Dios.

La esperanza de todos los seres humanos se devenía ahora, existencialmente, en este infinitesimal punto del Universo llamado Tierra. Los pobres y marginados, los presos por causa de la justicia, los humillados y ofendidos, los ultrajados, los explotados y expoliados, y, en definitiva, los proletarios y todos los parias de la Tierra ya tenían quien, desde la proclamación de la Verdad, había tomado la decisión de ponerse a su lado y defenderlos para siempre. Él fue el amparo de los desamparados, el agua de los sedientos, el pan de los famélicos, el derecho de los desposeídos, la voz de los sin voz, la salud de los enfermos, la vida de los muertos, el consolador de los desconsolados, el descanso de todos los trabajados y cargados, el compañero de los solitarios y la libertad, la vida y la liberación de todos los oprimidos de esta Tierra¹⁹⁰.

Jesucristo es el fundador del cristianismo y Cabeza de la Iglesia, “*la cual es su cuerpo y la plenitud de Aquel que lo llena todo en todo*”¹⁹¹. Cristo y su Iglesia constituyen **un solo hombre nuevo**; es decir, **una persona colectiva**¹⁹². A esta Iglesia, de la cual formamos parte –como miembros del Cuerpo de Cristo¹⁹³– todos aquellos que hemos experimentado el nuevo nacimiento¹⁹⁴ y recibido el Espíritu Santo en la esfera de nuestra intimidad¹⁹⁵, le ha encargado Cristo una misión suprema: la proclamación del Reino de Dios a todas las personas, etnias y naciones de la Tierra¹⁹⁶ hasta que Él vuelva¹⁹⁷.

¿Han estado las iglesias cristianas a la altura de la vocación a que han sido llamadas? Sinceramente, creo que no. A mediados del siglo I aparece el primer documento novotestamentario, que, con toda probabilidad, fue manejado por las iglesias de la época. Se trata de la denominada EPÍSTOLA DE SANTIAGO. En ella, su autor (hermano de madre del Maestro) pone de manifiesto que, sólo veinte años después de la ascensión de Cristo a los Cielos desde el Monte de los Olivos, las iglesias cristianas **estaban traicionando, adulterando y manipulando los contenidos auténticos del verdadero Evangelio del Reino de Dios**. El Sermón de la Montaña, mensaje central del ministerio de Jesucristo, se estaba olvidando, soslayando o reprimiendo en la medida que “*otras enseñanzas*”, impartidas por maestros “*conforme a las filosofías y sutilezas de este mundo*”, iban ocupando su lugar en las conciencias de los creyentes.

La alienación que esta realidad catequética conllevaba, estaba creando la infraestructura que serviría de base y apoyo para que las iglesias cristianas dejasen de ser organismos vivos y se fueran transformando en entidades religiosas muertas. Así, a través del paso de los siglos, el cristianismo se fue deviniendo como **un movimiento religioso**, y no como aquella

realidad trascendente con dimensión ética, pneumática, social, económica, política y humana que tendría como fin primordial la proclamación kerygmática de los verdaderos contenidos del Reino de Dios: nacidos del corazón mismo de la Deidad y, por consiguiente, **únicos y suficientes** para dar satisfacción y respuesta realizadora a las demandas que emergen desde la esfera de la intimidad de los hombres¹⁹⁸.

La desideologización cristológica –cristocéntrica– y la consiguiente despersonalización del cristianismo, llevó a éste a entablar relaciones peligrosas con el Sistema que gobierna este mundo y con sus superestructuras. Primero, las iglesias cristianas se fueron alejando del modelo que fluía de las fuentes inspiradas del Nuevo Testamento; después, hicieron dejación de su compromiso de denuncia profética, guardando silencio ante las injusticias que dentro del Sistema se producían; más adelante, se politizaron, introyectando en el corazón del cristianismo y de los cristianos el sistema psicosocial, socioeconómico y sociopolítico imperante, barnizándolo –o biblizándolo– ja imagen y semejanza de los sepulcros blanqueados de los escribas y fariseos! En definitiva, bendiciéndolo y cristianizándolo.

A lo largo de estos dos milenios, la historia del cristianismo ha estado llena de luces y de sombras. Desde mi punto de vista, las sombras han sido tan densas que casi se han convertido en tinieblas, en oscuridades que apenas han permitido percibir unas tímidas lucecitas, a la manera de pequeñas estrellas que brillaban en el firmamento de la larga noche de la Historia: insignificantes focos de luz en el inmenso mar cósmico de tantos agujeros negros.

A tanta distancia histórica, social y moral del nacimiento de la primera iglesia cristiana en la ciudad de Jerusalén, se impone una reflexión múltiple que nos vincula a todos los cristianos.

¿Es el cristianismo actual el cristianismo de Cristo?

El modelo de Iglesia cristiana, local o universal, y su funcionamiento interno y gobierno, ¿se corresponde con aquel que se nos explicita en las páginas del Nuevo Testamento?

El Evangelio que se predica –en su fondo, forma y contenido– ¿implica el Evangelio del Reino de Dios que proclamó Jesucristo?

El profeta Jeremías transmitió al pueblo de Israel este mensaje de parte de Dios: *“Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma”*¹⁹⁹.

Dos mil años después de haber traicionado nuestra vocación cristiana ¡de tantas maneras!, ¿no es tiempo ya de *pararnos*, para reflexionar sobre nuestro devenir histórico; de *mirar*, para vernos tal y como somos, en el espejo de la Palabra; de ser humildes y *preguntar* por la verdadera causa de nuestro fracaso, a fin de poder caminar por la senda que se conforme a la voluntad de Dios?

Para quien esto escribe, **ser progresista**, en el mejor de los sentidos y desde la perspectiva de la Revelación de Dios, es **volver a las fuentes del cristianismo**, volver a la Revelación contenida en las páginas del Nuevo Testamento. Si nuestras iglesias fuesen verdaderamente novotestamentarias, tendrían que cambiar su fondo y su forma, revisar sus dogmas (esa *“letra que mata”*), destruir sus tradiciones, permitir que el Espíritu de Dios las poseyese y que todos sus miembros, hombres y mujeres, ejercieran los dones que han recibido del Señor, sin más limitaciones que aquellas que la Palabra de Dios impone.

Si esto ocurriera, **la revolución pendiente** se iría implantando en este mundo como una esplendorosa e inefable realidad. Como diría Bonhoeffer, “el evangelio de la gracia barata” dejaría de ser el enemigo mortal de nuestras Iglesias.

RELACIÓN DE LAS DIVERSAS VERSIONES DE LA BIBLIA UTILIZADAS

- AT** Antiguo Testamento (Biblia hebrea compuesta por 39 libros que los judíos consideran de inspiración divina).
- BAC** Comentario de la Biblia
Año 1967
Biblioteca Autores Cristianos
Idem BCAS
- BCAS:** Biblia Católica Autores de Salamanca
Año 1967
Idem BCPS
- BCPS:** Biblia comentada de los Profesores de Salamanca.
Año 1967
Editorial Católica S.A.
Biblioteca de Autores Cristianos
Madrid
- BJ:** Biblia de Jerusalén.
Año 1971
Editorial Española Desclee de Broker
Bilbao
- DHH:** Versión Popular Dios habla Hoy.
Año 1979.
Sociedad Bíblica Americana
- NBE:** Nueva Biblia Española.
Año 1976
Traducción hecha bajo la dirección de Luis Alonso Schökel y Juan Mateos
- NBL:** La Nueva Biblia Latinoamericana
Año 1976
Ediciones Paulinas Verbo Divino
Madrid
- NC:** Versión de la Biblia de Nacar Colunga
Año 1964
La Editorial Católica S.A.
Madrid
1ª Edición 1944
- NM:** Versión de la Biblia denominada “Nuevo Mundo”
Año 1970
Publicaciones Watch Tower Bible and Tract Society of New York,
INC. Brooklyn, New York, USA.
- NT:** Nuevo Testamento compuesto por 27 libros.
(La Biblia cristiana contiene los libros del Nuevo Testamento y los aceptados en la Biblia Hebrea como canónicos, pero sin los libros apócrifos).
- RV60:** Versión Reina-Valera, de 1960 de la que se toma el texto básico utilizado y que se acompaña con cada capítulo de esta obra.
Revisión publicada ese año de la clásica traducción de Casiodoro de Reina (**Biblia del Oso, 1569**), revisada posteriormente por Cipriano de Valera (1602), y sujeta luego a múltiples revisiones. Las más conocidas de las publicadas por la Sociedad Bíblica son las de 1909, 1960 y 1995.
Editorial Vida 1980
Miami, Florida, 33167
EEUU.
- RV77:** Versión Reina-Valera de 1977
Editorial CLIE- Terrassa
Barcelona
España

- RV95:** Versión Reina-Valera de 1995.
Sociedades Bíblicas Unidas.
- RVA:** Versión Reina-Valera Actualizada
Año 1989
Editorial Mundo Hispano
Riera de San Miguel, 9
08006 Barcelona
España
- TJ:** Traducción y Comentarios por profesores de la Compañía de Jesús. Dirigida por Juan Leal.
Año 1967
- VLA:** Biblia Latino Americana
Año 1972
- VM:** Versión Moderna del año 1967.
Sociedades Bíblicas de América Latina

TEXTOS BÍBLICOS EN LOS IDIOMAS ORIGINALES

LA MISNÁ:

Término hebreo que significa “enseñanza, doctrina”. Hacia el año 200 d.C. el rabino Yehuda Ha-Nâsî fijó por escrito TODAS LAS TRADICIONES extrabíblicas halladas en los registros privados de sus antecesores. Es su obra escrita en lengua neohebraica la que lleva el nombre de MISNÁ. Después de la muerte de su autor se sintió la necesidad de completar y explicar LA MISNÁ. Los dos comentarios de los Doctores de las Escuelas Rabínicas de Palestina y Babilonia recibieron el nombre de GEMARÁS y fueron redactados en arameo. LA MISNÁ y las GEMARÁS constituyen el TALMUD. El término TALMUD significa también “enseñanza, doctrina” y es una basta RECOPIACIÓN DE TRADUCCIONES JUDÍAS relativas al Antiguo Testamento, y a todas las ramas de la vida civil, moral filosófica, jurídica y médica, así como religiosa del Judaísmo. Su antigüedad se remonta al siglo IV d.C. Se le llegó a conceder tanta autoridad o más que a la misma Revelación de Dios (La Biblia).

SEPTUAGINTA:

Primera versión de la Biblia Hebrea al griego popular (Koiné) realizada en la ciudad de Alejandría por 72 sabios y eruditos judíos; fue comenzada durante el reinado de Ptolomeo Filadelfo (285 – 247 a.C) y terminada sobre el año 150 a.C. De esta traducción dice FILON en su obra “Vida de Moisés”, lo siguiente: “cuando los hebreos que han aprendido griego, o los griegos que han aprendido hebreo leen los dos textos (A.T.), se quedan admirados ante estas ediciones, y las veneran como

dos hermanas o incluso como una sola persona”. Hay edición de la Sociedad Bíblica Alemana y de la Sociedad Bíblica Griega, 1935 y 1979.

TM:

Texto hebreo, supuestamente original, denominado “Texto Masorético” de mediados del primer milenio d.C. para algunos y cristalizado totalmente alrededor del año 99 d.C. para otros.

Masoretical Text,
Jewish Publication Society of America,
Philadelphia, 1955.

RELACIÓN Y SIGNIFICADO DE NOMBRES Y TÉRMINOS PROPIOS O TÉCNICOS USADOS EN ESTA OBRA

ALFA: Primera letra del alfabeto griego.

ANTROPOLÓGICO: relativo al “hombre” y se expresa por el término griego “Antropos” que incluye al varón y a la mujer; es decir, a la dimensión masculina y femenina del HOMBRE (hebreo Adán).

ARQUETIPOS: los tipos psicológicos (complejos, contenidos e idénticos) más antiguos que alberga el inconsciente colectivo.

CARNE: término que en el Nuevo Testamento significa: carne de un ser vivo, persona y sobretodo la “condición en la que quedó el hombre” (varón –varona) después de su caída y que informa la conducta de los seres humanos para no obrar la voluntad de Dios (El Bien).

CONSCIENTE: la parte de la mente que corresponde al YO, es decir la CONCIENCIA (en el sentido de tomar consciencia de la realidad y adquirir un conocimiento de la misma).

COSMOS: Mundo. Toda la Creación. El Universo. También, según su contexto, en el Nuevo Testamento, puede hacer referencia a un estilo de vida o conducta.

CURVA DE CORPUSCULIZACIÓN: Esquema gráfico en el que se plasman las ideas evolucionistas-teistas de Teilhard de Chardin con sus tres momentos de inflexión: momento de vitalización, momento de hominización y momento de cerebralización o el paso de la reflexión.

EDÉN: Lugar posiblemente ubicado en una zona del actual territorio de IRAQ llamado ERIDÚ. “Edén” es un término de origen persa que corresponde al hebreo “GAN”. En la LXX se traduce por “Paraíso”.

EMORTALIDAD: término que hace referencia a “vivir” una vida de cientos de años. Esta posibilidad, desde el punto de vista científico se fundamenta en las esperanzas que alientan los avances de la investigación genética y las consecuencias que se derivarían de la aplicación de los mismos a la estructura genética (manipulación genética) de los seres humanos u otros seres vivos.

EPICUREISTA: se refiere al sistema filosófico enseñado por EPICURO, filósofo ateniense del siglo IV a.C. Busca el placer exento de todo dolor.

EPISTEMOLOGÍA: Doctrina de los fundamentos y métodos del conocimiento científico. Es el conocimiento del conocimiento.

EROS: instinto fundamental que se relaciona con la VIDA y el AMOR y que se contrapone al instinto de la muerte (TANATOS).

ESCAPISMO: mecanismo de defensa que utilizamos para huir de la realidad que nos angustia.

EXISTENCIAL: perteneciente o relativo al acto de existir y/o vivenciar la existencia de un ser humano.

FENÓMENOS EÓLICOS: producidos o accionados por los vientos.

FRUSTRACIÓN: “Privar a alguien de lo que esperaba”. “Malogrado un intento”. “Dejar sin efecto un propósito contra la intención de quien procuraba realizarlo”.

HEDONÍSTICO: se refiere a la doctrina que proclama el placer como fin supremo de la vida.

HELIOCÉNTRICO: se dice de medidas y lugares astronómicos referidos al centro del Sol. La palabra griega “Helio” significa “sol”.

HOLÍSTICO: se refiere a la doctrina que propugna la concepción de cada realidad como UN TODO distinto de la suma de las partes que la componen.

INCONSCIENTE COLECTIVO: parte de la esfera inconsciente de la mente que contiene elementos arquetípicos comunes a todos los seres humanos y que posiblemente se transmiten de una generación a otra mediante el código genético.

INCONSCIENTE ÉTNICO: idem que el concepto de inconsciente colectivo, pero perteneciente a una SOLA ETNIA.

INCONSCIENTE INDIVIDUAL: instancia psíquica que alberga contenidos inconscientes, de la mente, propios (idiosincrásicos) del individuo.

INEFABLE: que no se puede explicar con palabras.

INMANENTE: del latín “inmanere” que significa: permanecer. Hace referencia a todo lo vivenciado entre el momento de nacer y el momento de morir. Es el aquí y ahora, del devenir histórico-biográfico del ser humano.

KENÓTICO: concepto teológico que hace referencia al proceso que en la Encarnación del Hijo de Dios, en la persona histórica de Jesús de Nazaret, supuso la materialización del Espíritu o la antropologización de Dios. El término griego significa “vaciar”.

KERYGMÁTICO: término griego transliterado que hace referencia a la PROCLAMACIÓN DEL EVANGELIO del Reino de Dios con todos sus contenidos. PROCLAMACIÓN INTEGRAL DEL EVANGELIO.

LA LEY DEL PECADO Y DE LA MUERTE: concepto teológico que expresa una LEY UNIVERSAL que afecta a todo lo que tiene vida orgánica e inorgánica; es decir, afecta al COSMOS, a toda la creación y es una consecuencia de la “caída del Hombre”.

MESÍAS: transliteración del término hebreo que se traduce al griego por Cristo.

METAFÍSICA: parte de la filosofía que trata del ser en cuanto tal y de sus propiedades, principios y causas primeras. Se refiere a realidades que trascienden lo tanático (la muerte).

OMEGA: última letra del alfabeto griego.

ONTOLOGÍA: relativo a la génesis del ser en general y de sus propiedades trascendentales. Término perteneciente al campo de la metafísica.

PECADO: sustantivo correspondiente al término griego “amartía” y que significa pecado (infracción de la Ley de Dios), fracaso y frustración.

PERÍSTÁTICO: lo relativo a nuestro entorno psicosocial, que nos condiciona, y en el cual vivimos inmersos.

PLAN ECONÓMICO DE LA SALVACIÓN o ECONOMÍA DIVINA: conjunto de recursos que Dios utilizó y utiliza para reconciliar al Mundo (Cosmos) con Él. Esta reconciliación incluye al ser humano y a toda la creación (Universo).

PRAGMÁTICO: lo relativo al movimiento filosófico iniciado en los EEUU por C. S. Peirce y W. James a fines del siglo XIX, que busca las consecuencias prácticas del pensamiento y que pone el criterio de la verdad en su eficacia y valor para la vida.

SATÁN: uno de los seres angélicos más excelsos creados por Dios y que se reveló contra Él. También llamado Diablo, Príncipe de este mundo, etc.

SEOL: término hebreo que se traduce al griego por el vocablo Hades y que se refiere al sepulcro o al lugar a donde va el alma-espíritu de aquellos que han muerto.

SER TRASCENDENTE: se refiere al SER que los filósofos designan con mayúscula y que en teología se denomina DIOS.

TANÁTICO: relativo al instinto de muerte que todos tenemos arraigado y funcionalmente vivo en la esfera inconsciente de nuestra mente.

TAUMATÚRGICO: relativo al poder curativo de los actos terapéuticos en relación a padecimientos o enfermedades de los seres humanos. Como ejemplo paradigmático tenemos los milagros realizados por Jesús de Nazaret.

TRASCENDENTE: que trasciende. Que está más allá de los límites de cualquier conocimiento posible. (Kant). Desde el punto de vista teológico hace referencia a la trascendencia metafísica del alma-espíritu de los seres humanos.

UNIDAD PSICOSOMÁTICA: descripción científica del ser humano.

UR DE LOS CALDEOS: ciudad de Mesopotamia en la que vivían Abraham y sus familiares y de la que salió para ir a la tierra de Palestina.

VANIDAD: En esta obra se emplea en el sentido de “caducidad de las cosas de este mundo” o “ficción de la fantasía”.

NOTAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**Introducción: LA FRUSTRACIÓN HUMANA**

1. ROF CARBALLO; *“El cansancio de la vida”*.
2. Sal 8:4; Job 7:17-18.
3. Gn 1:26-27.
4. DIETRICH BONHOEFFER: *“Sociología de la Iglesia”*. ORWELL, “1984”
5. Gn 1:26-27; 5:1-2; Ecl 7:29.
6. ERIC FROMM: *“La Revolución de la Esperanza”*.
7. He 11:1.
8. OSCAR CULLMAN: *“Cristo y el tiempo”*.
9. F. ENGELS: *“El papel de trabajo en la transformación del mono en hombre”*.
10. MIGUEL DELIBES: *“Un mundo que agoniza”*.
11. CARLOS MARX: *“Manuscritos económicos y filosóficos”* de 1844. (Aunque ese término ya había sido empleado por HEGEL y FEUERBACH.)
12. Mt 6:24.
13. 1:14.
14. 3:11.
15. MIGUEL DELIBES: *“Un mundo que agoniza”*.
16. Gn 2:9; 3:1-3.

LAS RAÍCES DE LA ANGUSTIA

17. SORËN KIERKEGAARD: *“El concepto de la angustia”*.
18. MIGUEL DE UNAMUNO: *“Del sentimiento trágico de la vida”*.
19. FEDERICO NIETZSCHE: *“El nacimiento de la tragedia”*
OTTO RANK, *“El trauma del nacimiento”*
20. Job 3:1-26.
21. Job 5:7.

22. Ecl. 3:11.
23. Gn 2:23.
24. Gn 3:16.
25. Ro 8:20-21.

Capítulo 1: ECLESIASTÉS: Argumento y sentido teológico del libro

26. Lc 24:44.
27. 1:2 y otros.
28. 1:14.
29. 1:13 y 14.
30. Para profundizar en el concepto de “Economía de Dios” que yo defiendo, recomiendo la lectura del *“Comentario Exegético y Hermeneútico de la epístola a los Efesios”* de J.M. González Campa
31. 1:1 y 12.
32. 1:9; 3:11; 3:18-20; 7:20 y 29; 12:5 y 7.

Capítulo 2: VANIDAD DE VANIDADES

33. Éx 30:10.
34. Sal 72:5.
35. 3:19; 6:12; 7:15; 9:9 y 11:10.
- 2ª Macabeos 7:28 de la versión Nacar Colunga de la Biblia.
36. Ro 5:12.
37. Ro 8:2.
38. 2:13.

Capítulo 3: TEOLOGÍA, CIENCIA Y REVELACIÓN

39. 12:9-11.
40. Stg 3:13.
41. ANDRÉ BARUCQ: *“ECLESIASTÉS – QOHELETH”*

- 42. Esd 7:10.
- 43. Lc 1:1-4.
- 44. 12:12-14.

Capítulo 4: EL SENTIDO DE LA VIDA

- 45. H. W. HERTZBERG: *“DER PREDIGER— —2, CITADO POR ANDRÉ BARUCQ EN SU COMENTARIO A ECLESIASTÉS.*
- 46. R. GORDIS: *“QOHELETH: El hombre y su mundo”,* citado por André Barucq.
- 47. 2:22.
- 48. 2:23 (Reina-Valera Actualizada) R.V.A.
- 49. 2:24.
- 50. J. F. BROWN: *“COMENTARIO EXEGÉTICO Y EXPLICATIVO DE LA BIBLIA - TOMO I - EL ANTIGUO TESTAMENTO*

Capítulo 5: NADA NUEVO DEBAJO DEL SOL

- 51. 1:9.
- 52. 1:10.

Capítulo 6: PARAÍSO ARTIFICIALES

- 53. Mr 7:15-23.
- 54. C.G. JUNG: *“FORMACIONES DE LO INCONSCIENTE” “AION”. “CONTRIBUCIÓN A LOS SIMBOLISMOS DEL SI MISMO” “SIMBOLOGÍA DEL ESPÍRITU” “ARQUETIPOS E INCONSCIENTE COLECTIVO”. “EL HOMBRE Y SUS SÍMBOLOS”.*
- 55. 2:3-6, 10.
- 56. JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ CAMPA: *“Economía de la muerte”.*
- 57. 2:2.
- 58. 4:2.

Capítulo 7: EL TIEMPO, DIOS Y EL HOMBRE

- 59. MIGUEL DE UNAMUNO: *“Del sentimiento trágico de la vida”. “Agonía del cristianismo”.*
- 60. MAO TSÉ TUNG: *“CUATRO TESIS FILOSÓFICAS”*

Capítulo 8: INMANENCIA Y TRASCENDENCIA DEL HOMBRE

- 61. Para verificarlo, basta con relacionar 3:16 con 1:2-3; 1:14-15; 2:1; 2:19; 2:21.
- 62. VILCHEZ: *“ECLESIASTÉS O QOHELETH”*
- 63. R. GORDIS: *“QOHELETH: El hombre y su mundo”,* citado por André Barucq
- 64. Gn 2:7.
- 65. Gn 2:19.
- 66. Gn 2.7.
- 67. Gn 7:22.
- 68. Gn 1:1, 21 y 27.
- 69. 3:21.
- 70. 8:8.
- 71. 12:7.
- 72. 12:5.
- 73. ANDRÉ BARUCQ: *“Eclesiastés – QOHELETH”*

Capítulo 9: SOCIOLOGÍA DE LA REALIDAD

- 74. 4:1.
- 75. JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ CAMPA: *“El comunismo bíblico”.*
- 76. Ef 2:10.
- 77. 4:2-3.
- 78. Is 11:4.
- 79. Jn 14:3.
- 80. OSCAR CULLMAN: *“CRISTO Y EL TIEMPO”.*

Capítulo 10: EL TRABAJO COMO MEDIO DE REALIZACIÓN DEL SER HUMANO

- 81. 4:4.
- 82. 4:5 a 8.
- 83. 4:9 a 12.
- 84. 4:1.
- 85. Lc 4:16-21.

Capítulo 11: LA GRACIA BARATA

- 86. Lc 9:23.
- 87. Ro 1:18.
- 88. DIETRICH BONHOEFFER: *“El precio de la gracia”*.
- 89. 3:11.
- 90. VICTOR FRANK: *“LA PRESENCIA IGNORADA DE DIOS”*.

Capítulo 12: DIOS Y LAS RIQUEZAS

- 91. 1 Ti 6:9 y 10.
- 92. JUAN CALVINO: *“INSTITUCIÓN DE LA RELIGIÓN CRISTIANA”*.

Capítulo 13: DIOS Y LA ESFERA DE LA INTIMIDAD

- 93. Pr 4:23; 12:18 y 25; 14:30; 15:13 y 23; 16:9,24 y 26; 20:9 y 27; 22:15; 25:20 y 25; 27:19.
- 94. Mr 7:20 a 23. Ver también Mt 15:17 a 20.
- 95. 1 Ts 5:23. Ver también Ro 7.14 a 25 y Fil 1:23.
- 96. 6: 2, 3, 7, 10 y 12.
- 97. Jer 17:9 y 10.

Capítulo 14: DIOS Y EL PROBLEMA DEL BIEN Y DEL MAL (1)

- 98. 2 P 2:1.

Capítulo 15: DIOS Y EL PROBLEMA DEL BIEN Y DEL MAL (2)

- 99. Job 1:6. Ver también 2:1.
- 100. Ez 28:12 a 18.
- 101. 7:13 y 14.
- 102. Is 46:9 y 10.
- 103. Is 45: 5 a 7.
- 104. 7:1 a 4.
- 105. 7:12.
- 106. Ro 12:21.

Capítulo 16: TIEMPO DE MORIR

- 107. He 2:14 y 15.
- 108. 7:29.
- 109. Gn 1:26 y 27; 3:1 a 19; 5: 1 y 2.
- 110. TEILHARD DE CHARDIN: *“Le phénomène humain”* (El fenómeno del hombre). *“L’apparition de L’homme”* (La aparición del hombre). *“L’avenir de L’homme”* (El porvenir del hombre). *“Ciencia y Cristo”*.
- 111. 8:1.
- 112. 8:6.
- 113. 8:8.
- 114. Sal 49:6 a 9.
- 115. 2 Co 5:1 a 4.
- 116. Dn 12:2.
- 117. Sal 48:14
- 118. 8:8.
- 119. Jn 11:25.
- 120. Os 13:14.
- 121. 2 Ti 1:10.

**Capítulo 17: LAS DESIGUALDADES DE LA VIDA:
LA INJUSTICIA SOCIAL Y LA PROSPERIDAD DE LOS IMPÍOS**

122. NO CITAR
 123. LACTANCIO: *“Divinarum Institutionum Libri Septem”*.
 124. Mal 3:12 a 15.
 125. Is 22:13.
 126. JACQUES MONOD: *“El azar y la necesidad”* 8:10 y 11.
 127. 8:10 y 11.
 128. 8:15
 129. 8:12 y 13.
 130. Sal 37:1 a 4 y 7.
 131. Sal 73:2-3 y 14..
 132. Sal 37:1-4, 7, 9, 27-28, 37
 133. Sal 73:16.

Capítulo 18: EL DESPOTISMO DIVINO

134. 9:1, 2 y 3.
 135. He 11:3.
 136. Mt 6:24.
 137. 9:13 a 15.:
 138. DIETRICH BONHOEFFER: *“SOCIOLOGÍA DE LA IGLESIA”*..
 139. 2 Ti 1:10

**Capítulo 19: LA EXALTACIÓN DE LA MEDIOCRIDAD COMO
META**

140. ORTEGA Y GASSET: *La rebelión de las masas*.
 141. 9:17 y 18
 142. ALFRED ADLER: *“TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA PSICOLOGÍA
INDIVIDUAL”*. *“EL CONOCIMIENTO DE LA
NATURALEZA HUMANA”*.
 143. 10:16 y 17.
 144. 10:1.

145. SILVIA KITTIM: *“Eclesiastés – Un mensaje para hoy”*
 146. JOSÉ VILCHEZ: *“Eclesiastés o QOHELETH 146”*
 147. PODECHARD: citado por André Barucq en su comentario
del Eclesiastés
 148. SÉNECA: CITADO POR OTROS COMENTARISTAS DEL ECLE-
SIASTÉS (ANDRÉ BARUCQ, ZIMMERLI, PODECHARD, ETC)
 149. VILCHEZ: *“Eclesiastés o QOHELETH”*
 150. Stg 3:17 y Stg 1:17 :
 151. MEANDRO: CITADO POR JOSÉ VILCHEZ EN SU COMEN-
TARIO AL ECLESIASTÉS
 152. HORACIO: citado por José Vilchez en su comentario al
Eclesiastés .
 153. 1 Ti 6:10

Capítulo 20: LA CERTIDUMBRE DE LO INCIERTO (1)

154. Mr 9:14 a 27.
 155. He 11:6.
 156. Jn 1:9.
 157. DESCARTES: *“Discours de la Méthode”* BERTRAND RU-
SELL.
 158. BERTRAND RUSSELL: *“Ciencia y Religión”*
 159. He 11:1.
 160. He 1:3.
 161. O.G. GILLIS: *“HISTORIA Y LITERATURA DE LA BIBLIA-
TOMOV”*
 162. F. PIOTTI: *“La lingua”*
 163. J. DE SARIGNAC: *“La sagesse”*
 164. JAMIESON, FAUSET Y BROWN: COMENTARIO EXEGÉTICO
Y EXPLICATIVO DE LA BIBLIA
TOMO I- EL ANTIGUO TESTAMENTO

Capítulo 21: LA CERTIDUMBRE DE LO INCIERTO (2)

165. Jn 3:8.
 166. Jer 17:9.
 167. Sal 139:1 a 16.
 168. CHARLES DE CHARDIN: *“Ciencia y Cristo”*
 169. Ro 4:16.
 170. Gá 3: 6-7 y Gn 12:1-3.
 171. He 11:17 a 19.
 172. SÖREN KIERKEGAARD: *Con temor y temblor.*
190. Lc 7:18 a 23.
 191. Ef 1:19 a 23.
 192. Ef 4:11 a 13.
 193. 1 Co 12:27.
 194. Jn 3:3.
 195. Jn 3:5 a 8; Ro 8:11 y 26-27.
 196. Mt 28:18 a 20.
 197. 1 Co 11:26.
 198. Ecl 3:11.
 199. Jer 6:16.

Capítulo 22. EL DESTINO DEL HOMBRE

173. Lc 6:45.
 174. ERICH FROMM: *El miedo a la libertad.*
 175. Gn 3:4 y 5.
 176. Ro 1:18 y siguientes.
 177. FEDERICO NIETZSCHE: *“Also sprach Zarathustra” (Así habló Zaratrusta)*

Epílogo: LA REVOLUCIÓN PENDIENTE

178. Lc 2:1 a 7.
 179. Lc 3:15.
 180. Mal 1:2-3 y 6-7; 2:11-15; 3:7-9 y 13-15.
 181. Mal 4:2, 5 y 6.
 182. Col 1:20.
 183. Jn 1:14.
 184. 2 P 1:3 y 4; 1 Co 15:22 a 28.
 185. Ap 21:6.
 186. Ap 1:8; 21:1, 2 P 3:13; Is 65:17 a 25.
 187. 1 Jn 2:18 a 20; 1 Co 15:45 a 48; Hch 2:16 a 21; 1ª Pedro 1:18-20
 188. Ef 2:14 a 16.
 189. Fil 2:5 a 8.

OTRA BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

- R. GORDIS: *Qoheleth; the Man and his World*, New York, 2ª ed. 1955
- E. PODECHARD: *L'Éclésiaste*, col. Etudes bibliques, París 1912
- D. BUZY: *L'Éclésiaste*, París 1941
- J. J. WEBER: *Job et L'Éclésiaste*, Desclée, 1947
- R. PAUTREL: *L'Éclésiaste*, 3ª ed. París 1958
- E. GLASSER: *Le procès du bonheur par Qohélet*, col. Lectio divina, nº 61, París 1970
- D. LATTES: *Il Qoheleth o L'Éclésiaste*, Roma 1964
- R. B.Y. SCOTT: *Proverb – Éclésiaste in The Anchor Bible*, New York 1965
- LORENZO DI FONZO: *Ecclesiastes*, en *La Sacra Biblia*, Marietti 1967
- H. LUSEAU: *L'Éclésiaste*, en *Initiation à la Bible*, Desclée, 2ª ed. Tomo I, 1959
- J. STEINMANN: *Ainsi parlait Qohéleth*, col. Témoins de Dieu, París 1955
- A.M. DUBARLE: *Qoheleth ou les deceptions de l'expérience*, en *Les Sages d'Israël*, París 1946
- H. L. GINSBERG: *The Structure and Contents of the Book of Kohelet*, 1955
- H. P. MÜLLER: *Wie sprach Qohäläth von Gott?* 1968
- A. FERNÁNDEZ: *¿Es el Ecclesiastés una versión?* 1922
- G. PÉREZ RODRÍGUEZ: *Ecclesiastés* en *Biblia comentada* (BAC). Madrid 1962.
- A. M. FIGUERAS: *Ecclesiastés*. Enciclopedia de la Biblia, Barcelona 1964.
- J. CANTÓ RUBIO: *Sapienciales y Midrás*. Madrid. Ed. Euramericana 1966.
- J. J. SERRANO: *Qoheleth o Ecclesiastés*. Antiguo Testamento (BAC) Madrid 1969.
- CLARKE, ADAM: *Comentario de la Santa Biblia, tomo II*. Casa Nazarena de Publicaciones. Kansas City, Missouri 1974.
- EATON, MICHAEL A.: *Ecclesiastés: An Introduction and Commentary*, Illinois, 1983.
- JERÓNIMO, SAN: *Commentarius in Ecclesiasten*.
- DELITZSCH, F.: *Kohelet*. Leipzig 1875.
- LOHFINK, N.: *Kohelet*. Stuttgart 1980.
- LUTERO, M.: *Annot. in Ecclesiasten*.
- CELADA, B.: *Pensamiento radical en un libro sagrado. El Qohélet o Ecclesiastés*, 1966.
- JASPER, F. N.: *Ecclesiastés: A Note for Our Time*.
- MURPHY, R. E.: *The "Pensées" of Kohelet*.
- RAD, G. von: *Teología del Antiguo Testamento*. Salamanca 1972.
- WILLIAMS, N.D.: *A Biblical Theology of Ecclesiastés*. Dallas 1984.